ALFAGUARA

Inés Fernández Moreno

No te hagas ilusiones

Narrativa Hispánica

Inés Fernández Moreno

No te hagas ilusiones

ALFAGUARA

Impar

Llegó agotada de Madrid. Le había tocado el asiento del medio de una hilera de tres, la peor situación. Al menos sus dos vecinas habían resultado mujeres amables, pero aún así, casi no había dormido. Se había debatido toda la noche buscando una posición posible, una batalla inútil contra el cuerpo: nunca había podido dormir sentada. Así que la llegada fue una bendición. Ahora espera su valija en la sala de equipajes. Deben haber aterrizado varios aviones juntos porque la sala está repleta y la gente se agolpa impaciente alrededor de las cintas. La suya es la número siete, su número preferido. El siete, según dicen, simboliza la reflexión, el perfeccionismo y la espiritualidad. Pero ella lejos está de ser reflexiva y perfeccionista. Julia se reconoce más bien impulsiva y vive luchando contra su propensión al desorden. Hizo la valija a las apuradas y compró los regalos a último momento. El libro que le había pedido su colega Santiago, algunas chalinas para sus amigas y una camisa para Fernando. Siente una punzada de culpa, seguro que no acertó con el talle, y tampoco la camisa es nada del otro mundo, más bien un regalo de compromiso. Pero hace tanto que él no le regala nada a ella, se defiende, tanto que no… Mejor no se enrolla en esos pensamientos resentidos y se concentra en su valija. Desde la segunda fila en la que está no alcanza a ver todo el recorrido de la cinta. Mira con ansiedad hacia el hueco de donde va saliendo el equipaje, detrás de una cortina de flecos de goma. Todos comparten la misma expectación y la ligera angustia del extravío: una parte de uno puede fragmentarse, quedar impar, disolverse en la nada. En cambio, qué alivio, qué contento sobrevienen cuando el yo y el equipaje se reconocen y se completan. (Será por eso de que el cuerpo llega primero y el alma después, siendo el equipaje un eslabón necesario). Se ve en el gesto de conquista con que cada uno se inclina para atrapar su valija, arrancarla del idiotismo de la cinta, y calzarla en su carrito.

Pero pasan los minutos y ella todavía no ha sido tocada por esa gracia. Sigue alerta. Y entonces, inesperadamente, ve aparecer la bota: una bota alta y sola, doblada sobre sí misma, como si quisiera ocultarse a la mirada filosa de los otros. ¿Qué hace una bota ahí? Se habrá salido de una valija mal cerrada, o rota. Muchas veces se rompen valijas en los traqueteos del traslado. Gente se rompe, también. La bota, recostada junto a una valija estampada, sigue su avance y Julia siente un malestar, eso que se llama vergüenza ajena. Mira a su alrededor. ¿De quién será? Qué mal momento, piensa, para su dueña verla ahí, desnuda, solitaria, mostrando su miseria. Pero nadie se acerca a recogerla. Junto a ella hay una pareja elegante con aspecto europeo, un grupo de adolescentes con remeras altisonantes, una mujer vestida de riguroso gris y negro —probablemente una religiosa—, algunos hombres solos y maduros; frente a ella, del otro lado de la cinta, una familia con varios chicos, más hombres y mujeres. Todos le echan una mirada curiosa a la bota que se va alejando hacia el otro extremo del circuito hasta desaparecer. La atención se concentra otra vez en la cinta que ahora se detiene, dejando a todos anhelantes. Después de unos segundos vuelve a arrancar, da paso a un nuevo flujo de valijas que se asoman y caen una tras otra en cualquier posición, patas arriba, o en diagonal, como cuerpos que se derrumban, pero la cinta las va disciplinando y desfilan, de distintos colores y texturas, con sus tiernos moños o lazos de colores para identificarlas más rápido, algunas humanizadas, con camiseta. Tampoco en esta tanda está la de ella. No lleva los anteojos puestos, pero a esa distancia tiene que reconocerla, es una valija bastante baqueteada y de un color azul notable. En eso la bota reaparece con su impronta de absurdo, medio oculta ahora por un embalaje enorme lleno de sellos que dicen “Frágil”, tal vez unos esquís o un instrumento musical, piensa Julia. Esta vez se la ve más caída, mostrando la suela y el taco gastado. Uno de los chicos de la familia numerosa le tironea del saco a la hermana y se la señala, los dos cuchichean y miran alrededor con curiosidad, esperando alguna revelación. Pero la bota sigue abandonada y otra vez siente ella el mismo sobresalto, el mismo malestar. Un atentado contra el número siete del perfeccionismo. Un paraguas, un libro, un objeto menos personal hubiera sido tolerable. Pero una bota es algo más íntimo. La

presencia de una anomalía. Una anomalía minúscula, una pelusa, un resorte, una tuerca fuera de lugar que parece conmover otros órdenes: aviones y radares, cintas y equipajes, pasajeros y migraciones. Y su valija, piensa Julia, envuelta en el vértigo de estas elucubraciones, tal vez haya sido ganada por el mismo caos y sigue sin aparecer. Se puede imaginar la sonrisa irónica de Fernando ante su manía de sacar tantas conclusiones de las cosas más nimias. Los adolescentes ruidosos acaban de levantar el embalaje enorme con los sellos de Frágil, dejando la bota más desvalida. Alguno la señala, hace un chiste, y todos se alejan riendo hacia la aduana. Varios de los hombres de aspecto ejecutivo ya no están, y la pareja elegante también desaparece con un juego de equipaje de marca vistosa. Pero todavía hay bastantes pasajeros a la espera. Por fin, cuando ya empieza a inquietarse, ve asomar la nariz azul de su valija. Un sobresalto feliz. Espera que se vaya acercando, empieza a calcular cómo la va a atajar, cuando nota que algo no está del todo bien. A medida que se aproxima a su campo de visión advierte que la valija está abollada en un costado, asegurada por un fleje metálico que desconoce. ¿Qué pasó?, ¿un accidente?, ¿habrán querido robarla, violarla?, recuerda entonces la impaciencia con que la había cerrado, cómo la había llenado hasta el tope aplastando zapatos y libros y regalos, cómo había forzado los cierres. Le sube un calor ardiente por la columna y se echa sobre su valija. Maniobra con las manos inseguras, pero lo más rápido posible, la calza sobre su carrito y le echa encima su impermeable, su bolso de mano, hay que cubrirla pronto de esa especie de desnudez, y ahora qué, piensa, tiene que ir a reclamar, tramitar, qué engorro, pero dónde, mira alrededor y, al mismo tiempo, ve la bota que sigue su baile solitario. Como un rayo le cae la revelación: ¡aquella es su bota! Su bota negra que se habrá escapado de su valija destrozada. El calor que le subía por la columna se redobla y se derrama ahora por sus mejillas, sus orejas, su frente, toda ella una tea ardiente que la clava en su lugar. La cinta da varias vueltas más y ella sigue en su estado de estupor. ¿Cómo no la reconoció antes? Se mira las manos, los pies, sabe que son suyos y también su campera y sus zapatillas. Pero aquella bota no, no la reconoció, como si fuera ajena, como un pie dormido, amputado, la ignoró como a una parte odiosa de sí misma, ¿la va a

dejar que siga girando en su noria? Podría recogerla con un movimiento rápido, esconderla en su bolso de mano. Pero hay demasiada gente todavía. Imposible una maniobra disimulada. ¿Podría confiarse a alguien? Gente apurada, mujeres elegantes, hombres indiferentes. No, la tarea es indelegable. Si al menos hubiera estado con su amiga Laila, o con Graciela, se habrían reído hasta desternillarse, pero allí, en soledad, en el estado de vacilante precariedad en que te deja un viaje, no le queda más que hundirse y hundirse. Vuelve a mirar alrededor: quedarán unos veinte pasajeros. Solo el chico y su hermanita parecen seguir el destino de la bota con curiosidad manifiesta. Pero no se va a dejar amedrentar, nadie puede saber que es de ella. Cada uno está atento a lo suyo, ninguno parece mirarla. Apenas piensa esto, le parece percibir que la mujer de gris, la que tiene aspecto de monja, le echa una mirada furtiva. Se queda allí inmovilizada. Recuerda esas botas. Se las había comprado años atrás, cuando conoció a Fernando. Un recuerdo brumoso va dibujando sus contornos: Fernando besándole precisamente aquellas botas, en el primer encuentro en su casa, y subiendo hasta sus rodillas, “me dan miedo tus rodillas”, le había dicho riéndose, y a ella eso le había parecido tan seductor. Después se las había sacado de un tirón para empezar a desnudarla, porque claro, sin duda prefería sus partes más acolchadas. Recuerda también las caminatas abrazados, las corridas para encontrarse, las comidas en restaurantes románticos, las piernas enlazadas bajo la mesa. ¿Cuántos años haría de eso?, ¿cinco?, ¿seis?, ¿tan rápido se había gastado ese amor? La cinta sigue girando y ella vuelve a ver, en cada pasada, su bota a quien ahora nadie besaría. ¿Por qué se las llevó de viaje? ¿Por qué no las tiró a tiempo? ¿No vio acaso que estaban exhaustas, con las puntas arrugadas, los tacos torcidos, revelando los vicios de los pies? Tal vez aparece ahora así, brutalmente expuesta, para recordarle eso. Que lo que está gastado y terminado no tiene marcha atrás. El destino no hace más que ponerle delante de la nariz sus errores. De pronto ve al chico de la familia numerosa que se desprende del grupo y encara a una pasajera, después corre hacia la siguiente. ¿Qué hace? Un breve intercambio de palabras con cada mujer, parece. Y ahora viene hacia aquí. Siente un ramalazo de terror. El chico se planta frente a ella, tiene unos grandes ojos

castaños, pestañas notables. ¿Es suya la bota?, pregunta a quemarropa. Julia niega con la cabeza. Quiere decir algo más. Hacerle una pregunta simpática, tipo ¿qué hacés?, ¿una encuesta?, o algo así, algo propio de un adulto, pero no le sale la voz. En eso la madre lo llama con un gesto perentorio. El pibe levanta los hombros y vuelve saltando a su grupo, le habla en secreto a la hermana. ¿Qué le estará diciendo?, ¿habrán hecho una apuesta? Después la mira desde lejos, con la cruda sabiduría de los chicos. Y sigue secreteando con la hermana. A ella se le aflojan las rodillas. Se siente herida en carne viva. Pero se recupera, nadie puede saber que es "su bota", ese es su secreto. Puede irse tranquilamente y dejarla allí abandonada. Nadie lo sabría nunca. Sin embargo, no puede moverse, no se anima. Piensa en los mutilados, en su dolor fantasma, en la otra bota que quedará para siempre impar. Al mismo tiempo, la idea de agacharse a recogerla la espeluzna.

La bota sigue su danza obscena, y la ve desaparecer otra vez por el hueco de los flecos negros. Ojalá desapareciera para siempre, como sucede en una cremación, lo ha visto hace poco: el cajón avanza por su cinta hacia una puertita y desaparece. Después los deudos redoblan el llanto, se besan, y en minutos todo el mundo a su casa. Allí no había flecos de goma, o tiras de plástico como en una carnicería, había dos puertitas de bronce que se abrían y se cerraban con estudiada lentitud, labradas con algún motivo alusivo que no recuerda, algún barniz berreta de trascendencia. Sin embargo, detrás de ellas no hay gloria, no hay cielo ni infierno, solo unos empleados rudos que recogen el cajón y lo ponen en lista de espera para entrar al horno. Aquí es distinto: estos pequeños ataúdes, valijas, bolsos o una bota impar no desaparecen, se van por el hueco, pero vuelven. Como muertos vivos. Aleja estos pensamientos fúnebres y alucinados de su cabeza. Aunque los aeropuertos, los arribos, las partidas, piensa Julia, tocan algún borde peligroso de la vida. De pronto le parece que alguien la observa. Vaya a saber qué cara tiene. Pero tampoco una cara puede decir tanto, piensa. Sin embargo, siente que las lágrimas están ahí a la espera, apretadas contra sus ojos, y se indigna. Aquello es una estúpida y minúscula adversidad, no ve por qué tiene que angustiarse tanto. Alrededor todo es normal. La familia con sus hijos acaba de reunir su equipaje y se va. El chico de las pestañas la saluda desde lejos. Otros

siguen esperando, enfrascados en lo suyo, caminan impacientes alrededor de la cinta. A ellos solo les interesa su equipaje y están todos agotados. Se deben haber acostumbrado incluso a la bota viajera. Tal vez sea la mujer de gris, quien la ha mirado otra vez. Es sospechoso que ella siga allí, anclada. Sin embargo, bien puede ser que esté esperando una segunda valija. Recuerda la impunidad de los primeros minutos, cuando no sabía aún que la bota era suya, cómo podía apenarse de la vergüenza de otra. Ella era entonces la mujer afortunada que volvía de un viaje, que conocía el mundo, que sabía idiomas, una mujer todavía joven y completa que esperaba confiada su equipaje, no esta, la que es ahora, una mujer despanzurrada como su valija, mutilada del pie derecho, a donde pertenece la bota, una mujer que se va quedando sin amor. Si pudiera fugarse de su cuerpo, sin dejar rastros… Pero allí está su bota a lo lejos, iniciando la enésima vuelta, y ahora junto a ella hay una valija oscura, brillante y sólida, dios mismo, se diría. Ve cómo la mujer con aspecto de monja avanza hacia ella, la saca de la cinta y la calza en su carro. A continuación, hace algo increíble: levanta con decisión su bota y la pone sobre la valija negra. Por un instante Julia siente que tambalea, que la realidad se desdobla, ¿entonces todo ha sido un error?, ¿al final, no es suya aquella bota? La mujer de gris ordena su equipaje, maniobra con unas bolsas de regalo y mete la bota negra dentro de alguna que ha dejado vacía. Julia la mira perpleja. Ahora se dirige hacia donde ella permanece varada desde hace un tiempo que le parece una eternidad. La ve llegar como en cámara lenta, detener su carro paralelo al de ella y con un movimiento rápido y directo, entregarle una bolsa. Me parece que esto es suyo, dice, y le sonríe, con la sonrisa más discreta y comprensiva que Julia ha visto en su vida. Después, sin esperar respuesta, se encamina hacia la salida. Ella tiene un impulso, como de mover la cabeza para llamarla, como si fuera a decir que no, que no es de ella, negar su bota una vez más, como Judas, pero el impulso se interrumpe antes de alcanzar el menor movimiento. Julia sigue paralizada, anonadada ahora por este acto ¿de piedad?, trata de entender, está un poco indignada, sí, ¿por qué esa intrusión?, pero también agradecida, libre al fin, ahora puede levantar el ancla, dejar atrás aquel incidente estúpido, aunque le pesa la cabeza y le duelen los

ojos por la presión de tantas lágrimas retenidas. Reacciona de a poco y empieza a caminar. Mira hacia atrás y ve que la cinta se ha detenido, también ella libre de todo su peso y a la espera del próximo vuelo. Julia empuja su carro, pasa por la aduana con luz verde, atraviesa las puertas vidriadas y llega al gran hall de los arribos. Un chico corre y salta al cuello de su abuelo, una pareja se abraza llorando, dos amigos se palmean, menean la cabeza contentos, se ríen, desde todos los rincones hombres y mujeres agitan las manos, se reconocen, se abrazan, se reencuentran, y entonces Julia deja que las lágrimas que mantenía apretadas rueden libres por sus mejillas, que se confundan con la emoción de la llegada. Aunque a ella nadie la esté esperando.

Deriva

Se levanta esa mañana con un propósito firme: repintar la cómoda de la cocina. De azul. Hace mucho que está descascarada. Exhibe una enorme isla de vieja pintura gris. Cada vez que la ve, siente que cae en un pozo que la lleva al pasado. Por eso la ha cubierto con un mantel. Pero sabe lo que hay debajo y eso la perturba. Así que en cuanto se levanta y termina de desayunar, va al cuartito de herramientas a buscar un pincel y la pintura. Sacude el tarro que le devuelve un sonido oleoso, prometedor. Lo apoya sobre la mesada y lo abre con la punta de un cuchillo (la tapa se resiste). Ve entonces sobre un plato la pastilla alargada que se olvidó de tomar por la noche. (Es importante que respete la toma de las pastillas, dice su hija, dice el médico, se dice a sí misma). Deja la pintura y corre a buscar agua a la heladera. En cuanto la abre, la envuelve el olor espinoso del pescado. Lo va a cocinar hoy mismo porque su hija va ir a almorzar. Entretanto, mejor echarle un buen chorro de limón. Saca la bandeja y la deposita junto al tarro de pintura abierto, después busca un limón. Caramba, se le han acabado los limones. Tendrá que salir al patio a cortar uno del limonero, que en esa época del año está cargado de frutos. Le da un regocijo de abundancia cada vez que lo ve, y también cierta desazón. ¿Qué puede hacer con tantos limones? ¿No se equivoca la naturaleza con tanta prodigalidad? (¿O está pensando en los millones de hormigas que pululan por ahí?). Y así, medio avariciosa, medio enamorada de su limonero, se queda vacilando entre un limón y otro (tal vez el amarillito ese, o aquel que ya tiene el tamaño de un pomelo), entonces descubre, precisamente, la procesión de hormigas que suben por el tronco hacia las hojas más altas del arbolito. Baja la mirada y sigue el camino inverso para encontrar el hormiguero. Lo encuentra junto a la parrilla. Un montículo granuloso de tierra. Tiene que echar en esa boca un poco de Hortal antes de que, pobrecitas, las

hormigas sigan destrozando sus plantas. (¿Todo para qué? ¿Para alimentar a la hormiga reina, para que ella viva veinte años, se vuelva una reina vieja y caprichosa, mientras ellas, las obreras, solo vivirán dos o tres, reventadas las espaldas de tanto ir y venir cargando las hojas de su limonero?). Vuelve a la cocina con el limón elegido y lo deja en la mesada junto al pescado y el tarro de pintura para ir a buscar el Hortal. Tiene un súbito ataque de sed y abre la canilla para tomar agua. Entonces suena el teléfono. Corre a atender. Es su amiga Laila, que empieza a contarle un largo y oscuro trámite en su obra social (una de sigla innoble: Osecac). Antes Laila era chispeante y audaz (entre otras cosas, era una campeona de la danza del vientre) y ahora... Deja el pensamiento sin terminar y se distrae con el sobre de Telecom que está sobre la mesita del teléfono. Sostiene el tubo entre la cabeza y el hueco del hombro y lo abre. No tiene los anteojos de leer pero alcanza a ver que es el reclamo de una deuda, la amenaza de un corte en letras rojas. Despide a su amiga y su trámite y va hacia el escritorio donde tiene los anteojos y la computadora. Abre la notebook que la saluda con su reclamo musical y aparece en pantalla una escena de *Los siete samuráis*, que ha estado viendo la noche anterior. Una tremenda batalla bajo la lluvia: furia, sangre, barro. Trata de recordar el argumento, pero Pola, su perra, suma a los gritos guerreros sus propios ladridos. Después la tironea del pantalón y le lame las manos. Anoche no la ha sacado a hacer su paseo y ahora reclama al menos una vuelta a la manzana. Deja a los samuráis debatiéndose en el barro. Busca el collar y la correa de Pola. Eso es fácil, Pola siempre sabe dónde están su comida, sus correas, su hueso de plástico. Descuelga la correa del perchero y cuando se agacha para ponérsela ve en un rincón polvoriento el botón de su impermeable, perdido hace unos días. Se agacha y lo recoge. Debería coserlo inmediatamente para no perderlo. Empieza a buscar el costurero. Pola, arrastrando su correa, la sigue por toda la casa. ¿Dónde estará el maldito costurero? Mira sobre la mesa de trabajo de su cuarto, sobre su mesa de luz; evita la otra, sobre todo el cajón donde podría encontrar sus objetos desquiciados; ah, pero allí ve su costurero, sobre el televisor. Lo abre: un alegre caos de cintas, cierres, hilos enredados y agujas pinchadas como un vudú sobre una muñequita. Pesca una y se acerca a la ventana. Intenta cumplir con la

ancestral proeza: hacer coincidir el extremo del hilo con el mezquino ojo de la aguja. Casi tan difícil como hacer pasar por allí un camello. Mientras lo hace ve el dorso de su mano en brutal primer plano (esa mano envejecida más que una crema necesita un milagro), pero ahora está justo lográndolo, inserta la hebra y no alcanza a celebrarlo cuando suena el timbre. Debe ser Isidro, el hombre sin trabajo que cada dos o tres días viene a pedirle algo: plata, alimentos, ropa. Últimamente, siempre le da ropa. Prendas de él que saca a mansalva de su placard, les echa un último vistazo, tal vez las retenga un instante más de lo necesario contra el pecho, pero al fin las mete en una bolsa negra y la anuda. Tiene dos o tres ya preparadas a los pies de la cama. (Fantasmas nocturnos que debe esquivar cada noche cuando se levanta para ir al baño). Deja la aguja pinchada en el cubrecamas y sale a atender. Pola va tras ella. Se asoma a la puerta, pero Isidro ya no está. Corre hacia la esquina, ¿por qué se ha ido? Si sigue sus huellas tal vez lo alcance. Y si lo alcanza, tal vez la pintura azul, la pastilla alargada, el pescado, el limón elegido, el veneno para las hormigas, la canilla abierta, el sobre de Telecom, *Los siete samuráis*, su perra Pola, el botón de su impermeable, la aguja enhebrada y una bolsa negra llena de ropa alcancen también su destino.

Preguntas raras

El Gato lleva ocho perros atados al cinturón y camina apurado hacia la plaza. Le gusta sentirse en el centro rodeado por los perros, él, el centro de gravedad, el macho alfa de la manada. Busca con cierto desasosiego hasta que descubre a su amigo Nico sentado junto a un árbol.

—Hola, campeón.

Nico es más grande que él, debe tener cerca de cuarenta, una edad un poco avanzada para seguir paseando perros.

—¡Hey, Gato! ¡Qué tarde llegás hoy!

Sin moverse de su lugar, Nico extiende un puño para que él se lo golpee en señal de saludo. Hay alrededor de él unos seis perros a los que se suman ahora los recién llegados.

—¿Te pasó algo?

—Si te cuento… —dice el Gato. Se muere, en realidad, de ganas de contarle.

Antes de sentarse junto a su amigo, suelta a dos golden y a un ovejero negro, que salen trotando a olisquear a los otros. Hay un revuelo canino.

—Tranquilos, que acá ya se conocen todos, eh —advierte el Gato. Después se saca el cinturón donde mantiene atados a los otros perros y lo fija a la pata de un banco vecino.

—¿Te encontraste con alguien?

—Adiviná.

—¿Con la flaca del pomerania?

—No. La dueña de Triana —dice—. Me la garché.

Se desmorona en el pasto junto a su amigo. Está aliviado, por fin se lo larga a alguien. Tal vez ahora también él pueda creérselo: esa mina darle bola a él.

—Dale, no jodas, sabés cuántas veces escuché esa historia.

—Pero esta es verdad, boludo. ¡No sabés lo que es! —dice y suspira —. Tendrá unos treinta y cinco, cuarenta años…

—Una veterana como yo, pibe. Podría ser tu vieja.

—Por suerte no era mi vieja. Y está re buena. —El Gato levanta las cejas y deja ver unos ojos claros chispeantes, todavía infantiles. De ahí le viene el sobrenombre.

Un Jack Russell empieza a mordisquearle la punta de la zapatilla.

—¡Quieto, Ricky! —dice Nico.

—¿Este es nuevo? —pregunta el Gato dándole pataditas cariñosas al Russell.

—Sí. Es de una pareja gay que lo malcría. No sabés lo rompebolas que son: que Ricky no se acerque a la basura, que lo lleve lejos del ovejero, que me fije cuántas veces hace caca. Andá a saber las cosas que ve el perrito, o qué le hacen, ¿eh, Ricota? Bueno, seguí con lo de la mina, dale. ¿Cómo fue?

El Gato mueve las manos y entrecierra los ojos, la recuerda, sí, pero una cosa son las palabras y otra el peso del cuerpo sobre su cuerpo, los muslos fuertes, exigentes, el pelo de ella en la cara y las tetas tremendas y esa manera desesperada…

—Es la dueña de Triana, te dije, boludo. Y se le parece un poco, medio rubita, elegante…

—¿La conocés hace mucho?

—Hace seis meses, más o menos. Siempre muy correcta la mina.

Pero en la cama no, en la cama era una sacada.

—Yo iba todos los días. Le tocaba el timbre y me abría el portón de la reja —dice el Gato—. Después esperaba en el jardincito de adelante hasta que alguien me la alcanzaba a Triana. A veces la que limpia, pero por lo general ella. Bien maquillada y vestida a full, trajecito, tacos altos, rodete...

—Onda ejecutiva —aporta Nico.

El Gato se queda pensando.

—Sí, siempre con cara de ojete. Salvo el primer día, cuando le dije que me llamaban Gato. Ahí se rio un poco, pero si no...

—Tendrías que ponerlo de eslogan eso. En tu tarjeta: “El único Gato que se lleva bien con los perros”.

—Muy bueno. ¡Che, che, Patrón, dejala tranquila a Lola! Este es el

gede del grupo, siempre se quiere montar a alguna.

Una locura una mina así en la cama, nada que ver con las pibas que él se había cogido hasta ahora. Aunque tampoco se había cogido a tantas, piensa.

—¡Y vos, Walter!, ¡acá! Largá esa pelota que no es tuya, largá —dice Nico.

Después le saca la pelota de entre los dientes y la guarda en su mochila. El perro se queda gruñendo bajito. El Gato mueve la cabeza, se olvida por un instante de la mina, parece que va a decir algo, pero se calla. Piensa que su amigo no sabe manejar bien a los perros. Que sería hora de que se buscara otro trabajo.

—Bueno, ¿y? Hacémela corta, flaco.

—Cuestión que hace unos días me deja un mensajito, que no la busque a Triana, que iba a estar unos días afuera. Te vuelvo a llamar, decía. Pasan unos diez, doce días y anoche me llega un uasap: Te espero mañana.

Y así habían llegado a esta mañana épica: ¡mirá si se lo iba a imaginar!

—¿Y vos por qué llorás, Bandido? No seas chiquilín. Ah, pará, pará, se te enredó la pata, si serás boludo. —El Gato manipula las correas, abrocha y desabrocha, suelta al que se llama Bandido y a un schnauzer negro y vuelve a sentarse—. Se quedan por acá, ¿eh?

—Dale, seguí —lo apura Nico.

—Y, hoy flasheé, ¡qué mina!, dios mío.

Le había volado la cabeza. Esa mina era algo distinto. Parecía capaz de hacer cualquier locura, como tirarse a un pozo o matar a alguien. Pero de pronto se volvía dulce, serena. Esos besos en la nuca, recordó, y se le erizó la piel. Algo difícil de entender y menos de explicarle a Nico.

—Pero ¿qué? ¿Te atendió en bolas, así de movida?

—Primero me tuvo un buen rato esperando en el jardincito delantero. Y cuando abrió, estaba con la bata medio abierta, se le veían las tetas.

—¿Buenas tetas?

—Muy buenas.

Nico hace gestos redondos con las manos:

—¿Melones?, ¿pomelos?

—Eso tenés que hacer, Nico, ¿por qué no ponés una verdulería?

Nico era así, no le daba, era medio bruto, pensó el Gato. ¿Para qué le contaba? Pero no podía parar de hablar.

—Ponele —dijo—. Cuestión que me las mostraba.

Y estaba rara la mina, los pelos revueltos, los ojos medio hinchados.

Ah, sos vos, le había dicho en la entrada, como si se hubiera olvidado que le tocaba pasear a Triana.

—Imaginate, yo siempre la veía pipicucú.

—Estaría escabiada, o medio puesta.

—Eso pensé primero. O se había peleado con algún tipo y quería revancha.

Se había quedado quieta en la puerta, como si se hubiera olvidado de qué hacía ahí, o de quién era. Y lo miraba con unos ojos borrosos que a él lo hicieron retroceder. Hasta que de pronto reaccionó y como si ahí mismo se le hubiera ocurrido la idea, lo agarró de la mano y le dijo que entrara.

—¡Indio, no tironiés! Bancá que les doy un poco de agua.

Nico saca de la mochila una botella y un tacho que llena de agua y les ofrece a los perros.

—Vamos, chicos, de a poco.

Se oyen lengüetazos desesperados.

—Che, estaban cagados de sed los tuyos, mirá. ¿Y entonces?

—Por qué no pasás, me dice. Yo me quedé duro, imaginate, estaba con todos los perros. ¿Y los perros?, le digo para ganar tiempo. Los dejamos afuera, me dice ella. Entonces me mandé, los até a todos en el jardincito delantero y entré. Me llevó directo al cuarto.

Él iba a los tropezones detrás de ella. No se le borra esa imagen. Y tampoco el perfume un poco dulce y un poco ahumado que a ella le salía del pelo y que lo arrastraba, como si fuera una correa, y él, un perro.

—No sabés lo que es el cuarto de la mina. Grande como mi casa. Cuadros por las paredes, un bar, chimenea y un espejo de pared a pared…

Él se había quedado frente al espejo, mirándose de reojo. Una cara de boludo… Encima estaba sucio, traspirado, con olor a perro. Nunca

lo habían encarado así. Y de pronto, sin mirarlo, ella había empezado a desvestirse para que él la viera a través del espejo. No tenía mucho que sacarse: la bata, una especie de camiseta medio transparente, una bombacha negra. Enseguida se quedó desnuda, con una desnudez que lo deslumbró, como si fuera la primera vez que veía de verdad a una mujer desnuda.

Fue otra vez ella la que avanzó. Dios mío, qué idiota.

—¿Entonces?

—Entonces... —Iba a decir "me la garché", pero le dio vergüenza—. Entonces garchamos.

Ella le había sacado toda la ropa, ella lo había tendido sobre la cama, ella se había echado sobre él.

—¿Así nomás?

—Así nomás.

Lento lo había acariciado, con los pezones duros surcándole la piel. Después, de cuclillas sobre él, se había acariciado sola, mirándolo pero sin verlo, como si aquellas caricias fueran solo para ella. Recién entonces él reaccionó. Se le pasó el miedo. La abrazó y quiso besarla, pero ella corrió la boca, se apretó en su oído, no te lo esperabas, ¿no?, le había dicho, y le metió fuerte la lengua en el oído. Él sintió un rugido apagado, como el que te llega del fondo de un caracol, y apenas levantó los hombros. Yo tampoco, dijo ella separándose de él, uno nunca se lo espera. Y después lanzó algo que podía ser una risa, una especie de gemido. Y de golpe saltó de la cama y trajo una botella de whisky.

—Bueno, así nomás no, boludo. La verdad es que hizo cada cosa, digo, para ser una mina.

—Contá, maricón.

—Por ejemplo, me tiró whisky todo por acá. —Se señaló el pecho y se olió un poco, buscando los rastros del whisky.

—Uh, ¡la catarata! ¡Qué grande!

—¿Y eso?

—Eso decía mi tío Lucho.

—¿La cata-rata? No ves que sos del año del pedo.

—¿Y qué más?

El Gato se quedó callado. Se sintió un traidor.

Pero no le dijo a Nico cómo ella se había quedado mirándole los pies. Cómo le había dicho que eran suaves y perfectos, y le había mordido los talones hasta hacerlo gritar. Ni cómo, después, le pidió que le buscara a ella lo que le pareciera más perfecto de su cuerpo. ¿A él? ¡Todo! Las tetas, el culo, las caderas, el cuello, las pestañas. Sos perfecta, le había dicho. Y ella se había reído. Es que vos no ves bien, mi amor, le había dicho, no ves "todo". El cuerpo es traicionero. Y lo había dicho de una manera que. Después había empezado con esas preguntas tan raras. Si tuvieras que renunciar a alguna parte de tu cuerpo, ¿a cuál renunciarías? ¿Y si te faltara una mano?, ¿igual cogerías conmigo con una sola mano?, ¿y si a mí me faltara algo? Él estaba tan caliente que contestaba cualquiera.

—Uh, pará, ¿dónde se metió Patrón, boludo? —Nico lanzó un silbido agudísimo y Patrón vino al trote con un palo entre los dientes —. Mirá hasta dónde se había ido el guacho.

Después le pegó unas palmadas amistosas a su amigo en la espalda.

—Sos un tipo con suerte, Gato. ¿Sabés que pasa? Las minas grandes son menos volteretas. No te histeriquean tanto.

Tres veces habían cogido, las tres veces sin forro, él, apurado, sin poder contenerse, desbordado cada vez por la calentura. Pero a ella no parecía importarle, cogía con él y a él le pareció que también cogía con otros, con todos los hombres del planeta, con el cuerpo tenso y rabioso o vencida contra el colchón, gimiendo. O llorando, vaya a saber.

—¿Sabés, Nico? En un momento, me pareció que lloraba…

—Sí, a veces se emocionan las minas —dice Nico—, cuando se calientan demasiado.

El Gato se queda mirándolo.

—Las minas siempre se toman las cosas muy a la tremenda —insiste Nico.

—Encima, los perros también lloraban afuera —dice el Gato—. Triana y Bandido estaban descontrolados.

—¿Será que se daban cuenta, Gato? ¿Vos creés que los perros se dan cuenta cuando uno garcha?

—No, boludo, para los perros garchar es normal, es como cagar, no hacen diferencia.

—Pero a los pobres no les toca nunca, Gato. Si es de raza, porai lo cruzan, pero garchar, lo que se dice garchar de verdad…

—Y qué se yo… ¿por qué no les preguntás?

—A ver: ¿vos garchás, Bandido? Y vos que sos fachero, ¿la ponés alguna vez, Walter?

Nico se levanta de hombros.

—Parece que no. Así que seguí con la historia.

—Bueno, no hay mucho más.

Pero algo más había, aunque él no lo entendiera.

—Ahí vas a poder seguir comiendo, Gato, qué suerte, boludo.

—No sé, la mina está re loca.

Ella, de pronto, había mirado la hora y entonces fue como si volviera a ser ella, la de antes. Me viene a buscar un taxi, le había dicho, bancame diez minutos y salimos juntos. Él se vistió y, mientras ella se duchaba, estuvo curioseando aquí y allá. Encendió el televisor que ocupaba media pared y lo apagó enseguida. Se tomó un trago de whisky. Miró el quilombo de cosas sobre la mesa: unas revistas de moda, un cenicero colmado de puchos, varios sobres de un laboratorio, un bolso deportivo a medio preparar…

—Pero ¿te despachó así nomás, o te dijo algo?

—Nada, desaté a los perros y me fui.

En cinco minutos ella había salido del baño hecha una reina, como siempre. Que iba a estar unos días afuera, le dijo, que la llevara a Triana a lo de su hermana, y le anotó la dirección en una tarjetita. Después agarró la cartera, terminó de cerrar el bolso de gimnasia que andaba por ahí y salieron juntos.

—¿Y ella?

—¿Ella? Nada, se fue.

Pero ella lo había abrazado antes de meterse en el taxi. Fuerte. Y él, escondido contra su hombro, casi sin quererlo, se lo había preguntado. Eso que le había dado vueltas en la cabeza todo el tiempo. ¿Por qué una mina como ella le daba bola a un pibe como él? Ella había sacudido la cabeza, después se había reído.

Había tirado el bolso dentro del taxi y antes de subirse le había dicho qué importa, y le pareció, a él, que los ojos se le llenaban de lágrimas. Después se metió por fin en el taxi y se fue. Él se había

quedado parado y solo, con un agujero en el estómago, un sentimiento de catástrofe.

Había mirado hacia una esquina y hacia la otra, como perdido. Los perros jadeaban, expectantes, lo tironeaban. Pasaron unos minutos hasta que pudo arrancar. Vamos, Rosca; vamos, Triana, Patrón. Avanzó dudoso, pero de a poco fue pisando más fuerte, otra vez él en el centro, él, el macho alfa, caminando apurado, decidido, hacia la plaza donde iba a contarle todo a Nico.

El valor de un beso

Hay besos que se dan con la memoria.
GABRIELA MISTRAL

Teníamos apenas doce años pero sabíamos que te metían la lengua en la boca y que la revolvían ahí adentro, como si estuvieran buscando algo. Parecía un poco asqueroso, sin embargo, las chicas más grandes hablaban de besos como de algo extraordinario, como de una posesión privilegiada. Algunas ensayaban con su propia mano, pasando la lengua entre los dedos, otras con un pañuelo. Las más osadas probaban entre ellas, aunque corrían el riesgo de que les dijeran tortilleras. Una pregunta acuciante era qué debía hacer una: ¿dejar la propia lengua quieta, o tratar también de meterla y removerla dentro de la boca de él? Un lío. ¿Y si justo tenías un chicle, o una muela floja? ¿Y si se chocaban las narices, los dientes? El beso perfecto, decían las entendidas, debía durar diez segundos y el más difícil era el beso tornillo: había que contorsionar la lengua como si uno tratara de enroscarse alrededor de la del otro. Eso ya era un arte circense. (El beso remolino, decían, era más fácil). Por el momento todas eran preguntas, pero todavía no habíamos experimentado nada. En las películas de entonces, las que podíamos ver —mucha comedia romántica, mucho Doris Day o Debbie Reynolds—, los besos estaban camuflados, imposible penetrar en la intimidad entre esas dos bocas, siempre chocabas con una cabeza ladeada, un peinado batido, un perfil. Solo veíamos la versión Hollywood de un beso. Besos recortados, como las figuritas abrillantadas que coleccionábamos. Es que también el cuerpo estaba recortado. No asociábamos lo de arriba con lo de abajo, lo de afuera con lo de adentro. Aunque la lengua siempre había sido un órgano singular, algo perturbador: “Una

señorita muy aseñorada, que siempre va en coche y siempre va mojada". La única parte del cuerpo que podía asomarse hacia afuera, aunque permaneciera anclada en la boca: sacar la lengua, tocarse la nariz, chupar un helado. La única capaz de mezclar el adentro de uno con el adentro del otro: una exploradora valiente, sin duda. Los ojos eran otra cosa, también húmedos, parte viva del cerebro, pero solo receptivos. La vulva, por entonces, no existía. No pueden besarse los huesos, ni la sangre ni los riñones, pero sí las lenguas.

De igual manera, ahora que pienso en mi primer beso, también son los alrededores lo que mejor recuerdo: la atmósfera ventosa, húmeda, el olor del río, la caminata sobre el muelle de madera, el mirador que lo remataba… ¿Pero del beso mismo? Apenas un vago escalofrío, la sorpresa de una intromisión, algo movedizo que penetraba dentro de mi boca. Sin embargo, es un recuerdo congelado, hecho de palabras. No es un recuerdo de saliva, de roces de piel contra piel, de frío o calor, de humedad o temblores, es la idea prefabricada de algo que entraba en mi boca y la idea de que "eso" era un beso. Una penetración que anticipaba o sugería otras. Por entonces no lo veíamos así. Pensábamos el cuerpo como partes separadas, igual que el vestuario que se pegaba con tiritas a la figura de una muñeca: en la cabeza iban los sombreros; en el torso, las blusas; en la cintura, la falda; en los pies, los zapatos. Cada prenda formaba parte de una familia diferente. Las conexiones se nos escapaban. Solo entendí, mucho más adelante, aquello que decía Susana, la tía liberal de la familia: "Cuando se calienta lo de arriba, se calienta lo de abajo".

Recuerdo, entonces, el camino hacia aquel beso. El muelle que se internaba en el río y que culminaba en una casilla como un mirador rodeado por una baranda de seguridad. Allí nos sentamos de cara contra el río, esa imagen es clara, los pies colgando al vacío, el viento que nos daba de frente, la soledad absoluta. No era fácil entonces encontrar la circunstancia precisa para el beso.

¿El chico? Mi primer novio de los trece o catorce años. Novios porque íbamos de la mano, porque me derretía cuando lo veía revolear el jopo rubio muy lacio hacia atrás. Cuando lo hacía, se podía ver el

fogonazo de sus ojos verdes, y cuando se reía mostraba unos dientes blancos parejos y una voz que ya no vacilaba entre la niñez y la adolescencia, una voz de varón. Yo esperaba con ansiedad el vagón del subte donde viajaba cada mañana para ir al colegio. De tanto que lo había mirado, él me había descubierto un día y entonces hizo sus avances. Después de que se "declaró", ya podíamos caminar por la calle tomados de la mano. Y hasta podía pasarme el brazo por los hombros en la oscuridad del cine. Pero, sobre todo, me llevaba a ver partidos de rugby.

¿Y el regreso desde el río?, ¿también totalmente olvidado?, ¿tanto más poderosa es la expectativa? El peso de lo sucedido, su carga de decepción, calentura, vergüenza, indiferencia, exaltación ¿qué? ¿Y el propio punto final del beso? ¿Había sido tornillo? ¿Había durado diez segundos? ¿Y qué se hacía después? ¿Ni una miguita de recuerdo?

Ese mismo pibe, cuarenta años más tarde, me dio el beso de los mil dólares.

Están muy quietos sentados a la mesa de un bar. Sin embargo, se merodean.

Ramalazos de curiosidad que hay que administrar.

Hace cuarenta años que no se ven. Cada uno busca en el otro las huellas de su recuerdo. Vestigios que permitan fundir la nueva imagen con la de antes. Él, por ejemplo, tenía una manchita más clara en uno de sus ojos verdes. Como otro ojo dentro del ojo que a ella la intrigaba. También tenía aquel jopo rubio. ¿Y ella? ¿Qué buscaría él en ella que hubiera tenido y ya no?

A veces se hace un silencio incómodo. Ella mira su saco jaspeado gris, su camisa celeste apenas abierta, ese morral indígena que lleva en bandolera.

—No es fácil mirarse, ¿no? —dice con valentía.

—Es que es tan… —dice él y deja la palabra imposible planear en el aire.

—¿Qué tengo?, ¿monos en la cara? Así decíamos cuando éramos chicos, ¿te acordás? —Lo dice y se arrepiente casi al mismo tiempo.

Para rescatarla, él agrega:

—¿Qué hay?, ¿confites? Eso decíamos también.

Por fin se ríen.

—Tenías el pelo más lacio y pesado del mundo —dice él.

Un resabio de vanidad la anima por un instante. Ahora tampoco está tan mal su pelo. Pero el recuerdo sensual deriva a un comentario sobre su hija Carolina, su pelo enrulado y sus pecas. ¿Qué podían interesarle a ella las pecas de la hija?

Y vos tenías un jopo matador, estuvo por decirle, pero podía sonar ofensivo ante el zarpazo evidente de su pelada. Como venganza, manda otra frase de compromiso que conduce inevitablemente a otras.

Desde que se encontraron, están en ese vaivén: no bien la conversación se entibia, él vuelve a hundirla en temas que podrían ser interesantes, pero no ahora. Ah, el difícil arte de la conversación. Una tortura en la adolescencia. Fulanito no tiene tema, decían de alguno y paf, eso lo hundía. Él, por aquel entonces, tenía tema. Le hablaba de rugby, del juego de química que le había regalado su padre, de tocar la armónica, de su hermana. Ahora habla de su laboratorio, su vida académica, su hija hermosa. Y poco de lo que en verdad interesa. ¿Tiene que ser ella la que abra la otra puerta?

¿A dónde se había metido aquel que le decía en sus mails “Esta noche, un poco triste, me consuela tu voz. Porque tu voz yo la oigo, aunque solo me escribas…”, o “Cada vez que llega un mail tuyo, la pantalla se ilumina más, o eso me parece a mí, y el corazón se me vuelve más elástico”?

Cosas preciosas en su medida justa.

Hacía casi un año que habían empezado a escribirse. Parecía que siempre seguirían así, en aquel limbo inocuo de las palabras. Palabras y frases que se abrazaban sin ataduras con otras y que parecían concertar algún tipo de música, de encantamiento. Era fácil dejarse flotar allí, era saludable.

Hasta que un día él anunció que viajaría a Buenos Aires. Su laboratorio tenía un acuerdo con uno argentino, y avanzaban juntos en el desarrollo de una medicación. Tenía que intercambiar documentos y cobrar un dinero.

(De todo esto él le habló demasiado durante el encuentro, ella se distraía y solo le quedaban palabras sueltas como protocolos, doble

ciego, ósmosis inversa).

Había estado enamorada de él desde los trece hasta los dieciséis años, de esa manera terca y engañosa en que uno se enamora a esa edad. ¿Qué le había visto o, más bien, con qué materiales había levantado la ilusión amorosa? (Ilusión sí, pero signos físicos imperiosos: corazón que se desboca, rodillas que se aflojan, anonadamiento de los sentidos). La forma un poco altanera que tenía de caminar, de echarse hacia atrás el jopo (una coreografía practicada sin duda ante el espejo, y que repetía siempre con la misma cadencia), una forma súbita de reírse, con una risa grave, un poco ostentosa, los ojos verdes, la manchita clara, su desparpajo (forzado desparpajo, pero eso lo vería después, mucho después).

Ahora ya han masticado durante varias horas la materia un poco sosa de sus vidas y el precioso edificio de las palabras se agrieta, se caen las molduras, aparecen manchas de humedad.

Ella que había pensado que, encuentra en cambio a este hombre sin vestigio de jopo, con ojillos opacos, sin manchita luminosa donde entrar y caer como Alicia en alguna maravilla, este hombre de gestos lentos y un poco solemnes. ¿Y el corazón elástico qué?

Él le habla de los efectos de la carragenina, proveniente de las algas rojas de una costa irlandesa. Por más que recuerde los temblores, las rodillas bobas, el primer beso, él la enreda en algas viscosas y otros excipientes.

Se levantan de la mesa y siguen su caminata. Se habían encontrado a las diez de la mañana porque él quería recorrer la ciudad. Una ciudad que reconocía con aire condescendiente, encontraba las veredas muy rotas, las calles muy sucias. “Esto”, dijo, “me ofende”. Lo ofendía en inglés. Sus acciones cayeron en picada. Ella había pasado en forma intermitente de materia dispuesta a bostezo contenido (cuando no a desdén). Él se ofendía en inglés por nuestras vereditas vainilla cachadas, pero tan tiernas y llenas de nuestros pasos de infancia. Pero andá, estúpido, desamorado, yankee go home. Ahora que lo pensaba, él siempre había tenido ese aire enfático que lindaba con la ridiculez. Seguía caminando a grandes zancadas prepotentes.

Ya habían ido a la Plaza de Mayo y la Plaza del Congreso, a Corrientes y las librerías, habían entrado a las Cuartetas a comer una

pizza chorreando aceite que lejos de ofenderlo lo deleitó, después tomaron la avenida Santa Fe, recontaron sus galerías en decadencia, y siguieron rodando por Callao hacia el bajo, pero sin luna ni balada. Y a ella ya le dolían los pies y había empezado a traspirar...

A las cinco de la tarde, decide ceder a la decepción, renunciar.

Algo habrá percibido él de tantas horas dilapidadas, de sus silencios, porque de pronto se detiene en medio de la calle y le dice que tiene una idea. ¿Una idea? ¿Ideas? No parece un buen camino el de las ideas. Sin embargo, lo escucha.

Le propone buscar la cancha de rugby a donde la llevaba a los quince años.

Ah, el rugby era su deporte. Le explicaba con pasión el juego: la pelota ovalada (un misterio), la prohibición de pasar el balón hacia delante (juego retrógrado, lógica de cangrejos), el tackle traidor y el scrum, reglas de trogloditas, pero ella decía ah, ah, aunque no entendía nada, lo único importante era estar sentada al lado de él, respirar su entusiasmo y su Old Spice, saborear esa libertad nueva que le abría el pecho, por momentos le parecía que se ahogaba, estar solos los dos, como dos adultos, lejos de cualquier mirada. Lo que pasaba afuera, sobre la cancha, ni punto de comparación con lo que le pasaba por dentro. Porque además, después del partido, al atardecer, aprovechaban para caminar de la mano, alejados del mundo restrictivo de entonces, de las miradas de censura por cosas tan nimias como abrazarse o llevarse de la mano.

Era cerca del hipódromo, de los puentes del ferrocarril, no se acuerda con precisión, dice él. Pero pueden buscarla.

La idea de buscar la vieja cancha de rugby los reanima, como si encontrar el territorio preciso del pasado garantizara algo de este encuentro que viene a los tumbos.

Sí, por qué no van hacia los bosques de Palermo, el Planetario, el rosedal, el lago, esas solas palabras ya son un consuelo.

Cruzan Libertador y Figueroa Alcorta, y caminan hacia el hipódromo. Los envuelve el atardecer, se miran con más coraje, cede la desazón y empieza a inflarse la burbuja o un principio de burbuja. Hasta los mosquitos se vuelven indulgentes. Cuando dejan atrás el Parque Japonés, divisan el puente sobreelevado de ladrillos del

ferrocarril Mitre, el paseo de los Arcos.

—Era detrás de estos arcos —dice él— y como es lógico, nuestra canchita no debe existir más.

—Sí, ahora son todas confiterías —confirma ella.

Ya nadie puede pararse debajo, esperar que pase un tren, pedir deseos. Los locales que han construido entre los arcos son acovachados, penumbrosos. Lugares para la trampa, piensa ella.

—¿Entramos? —dice él.

Por qué no, tal vez debajo, enterrada como el pasado, estuviera la emoción. Todo es bastante posible, salvo ese hombre en la entrada que le provoca un ligero repelús. El saco negro pespunteado, una palidez en la cara, y algo patinoso, inclasificable, en el gesto. Siente el pinchazo leve de algo que el cuerpo y los sentidos registran y nuestra conciencia dormida no.

Se sientan en una mesa apartada. Él cuelga el saco en la silla y lo mismo hace con esa especie de morral indígena que lleva al hombro y que ningún porteño usaría —los indios de Guatemala, le había dicho él —. Le gusta a ella la manera en que lo hace, como desembarazándose de todo lo que no fuera él, como si se despojara o se desnudara ante ella. Un punto a favor. Después se arremanga la camisa, extiende los brazos hacia ella y sí, por fin, le toma las manos y la mira. Brusca subida de puntos y de colores porque ella siente la cara arder como a los quince años. Más de ocho horas les ha costado llegar a ese umbral de intimidad.

Llega el mozo y se sueltan las manos apurados, con culpa, para pedir como entonces una cocacola y un tostado.

Hablan de cuando eran jóvenes, recuerdan su enamoramiento con aire un poco zumbón, pero sabiendo hacia donde van y que ese era por fin el camino que las palabras habían prometido a lo largo de un año.

Cuando te vi, cuando me viste, cuando te dije, cuando me dijiste, cuando fuimos, cuando volvimos, se arrojan con gracia los recuerdos, coinciden y disienten y festejan. Hablan incluso de aquel beso. Él tenía tanto miedo y se recordaba tan paralizado como ella y vio que ella no había cerrado los ojos, y superó el instante de ridiculez para enfrentar dos narices que… Se ríen, se ríen y se enternecen. Y de tanto hablar de

aquel antiguo beso parece inevitable ir hacia el nuevo beso. Es una cuestión de instantes. Él le toma la mano y le dice:

—Pero vayámonos de aquí.

¿Pero? ¿Por qué "pero"?, piensa ella, que todo lo piensa.

Hay que buscar un lugar para el nuevo beso, hacer otra caminata por algún otro tipo de muelle. Y así, los ojos en los ojos, la mano en la mano, un gesto apenas para llamar al mozo. El mozo, que trae el ticket. Un instante de banalidad. Él, que descuelga su morral y busca la billetera. Busca. Busca. Busca. Algo de inquietud se empieza a encender en su cara. Ella lo mira impaciente, teme que se rompa el encantamiento. Él la mira con aire desvalido, sin decir ni una palabra. Por fin, pálido, exangüe: No tengo la billetera, dice.

Todo se desmorona. Ella puede escuchar los sonidos atronadores del derrumbe. Buscan en el piso, entre las sillas, en los bolsillos del pantalón, pero no, la billetera no está. Ni la billetera ni los mil dólares, agrega él. ¿Cómo mil dólares? Sí, los que acaba de cobrar aquella mañana en la facultad. Estaban en un sobrecito blanco, así, dice él, y hace un gesto con las manos que, un poco, le tiemblan. ¿La habría perdido antes? No, fue aquí, dice él, seguro.

Y entonces ella recuerda al tipo de la entrada, esa cara blancuzca inclasificable. El tipo que los habría fichado enseguida, dos tortolitos, dos viejos pajarracos reeditando una escena amorosa. Una presa fácil. Y él, americano descuidado. Ahora sí que se iba a ofender.

Ella saca su billetera y paga. Se levanta de la silla con el peso de los mil dólares robados sobre los hombros. Consigue ponerse en pie, despegarse de la mesa. Una catástrofe irremediable.

Salen al aire fresco y caminan cabizbajos, avergonzados, por un sendero de grava. Cric, cric, cric, bajo sus pies suena nuestro terruño con un chirrido burlón. Mil dólares, piensa ella con un sobresalto cada vez. Y qué pensaría él. No era dinero suyo, era dinero que le había confiado su universidad. Y él como un boludo coqueteando con una vieja novia. Quién podría superar esa burla atroz. Ella quiere enterrar pronto esta humillación, salir corriendo. ¿Pero cómo? ¿Cómo siquiera despedirse? Hasta pronto, nos escribimos, ¿eh? Que tengas buen viaje, si te he visto no me acuerdo.

Él va unos pasos más atrás, las manos en los bolsillos. Ella abre la

boca para decir algo, pero qué decir, qué conjuro imposible. Entonces él se acerca, la toma de los hombros, la empuja contra un árbol y le da el beso más largo, más valiente y extraordinario de toda su vida.

No te hagas ilusiones

En ese barrio la ciudad es otra cosa. Tiene sus propias leyes. Edificios con porteros de uniforme, veredas más cuidadas, tiendas más elegantes, hasta perros diferentes tiene, piensa Lea, cuando ve pasar a una especie de pomerania enano. Deambula por allí con la liviana euforia de un turista, se siente casi un poco más joven. Se detiene en vidrieras que nunca ha visto. ¿Una juguetería? Algo parecido, sí, pero no una juguetería: todo es blanco o de colores pastel, de madera o de paño, una especie de boutique ecológica para niños, o más bien para la mirada de un adulto que desea cierto tipo de niño. Lea entra y pregunta por una casita de muñecas blanca con animalitos esculpidos dentro, como si salieran de las paredes, y no, no está a la venta, es decorativa; las muñecas de trapo son imposibles de caras, cada una está firmada por un diseñador de renombre, por eso el precio, le explica la empleada. Una cuadra después entra a una casa con objetos tan dispares que no termina de entender de qué se trata. Cuando le pregunta a la empleada, una chica de pelo negrísimo con un arito en la nariz, cada pregunta es un error. ¿Estos son individuales? No, señora, son manteles de tarot. ¿Estos son vasitos de licor? No, son cuencos tibetanos. ¿Estas son lentejuelas? No, son glitters corporales. Pasa después por una cafetería de nombre francés que exhibe tortas de arquitectura rocambolesca, por una casa de decoración con sofás de terciopelo blanco y lámparas como pájaros, un bazar que se llama Epicuro, con objetos originales que no se encontrarían en un bazar cualquiera. Algo de eso es lo que ella quiere, piensa, para eso se trasladó hasta aquel barrio. Busca un regalo para los abuelos que han venido del extranjero a conocer al nuevo nieto. Porque ahora tiene consuegros, y la palabra, a Lea, le resulta siempre excesiva, un poco absurda, pero así se llama ese parentesco inopinado que acaba de aparecer en su vida. También tiene nuera, y dentro de poco, un yerno.

¿Quién quería cargar con tantos títulos? A estas alturas ya ha agotado todo el espectro de lazos familiares, piensa, y también todos los estados civiles: soltera, casada, separada, viuda…

Entra a mirar. Remueve una ensalada fantasma con unos cubiertos que semejan manos, mira a contraluz unas copas globulosas azules, se detiene en algunos objetos curiosos dedicados a hacer operaciones minúsculas como extraer carozos de aceituna…

¿Qué de todo esto podría resultarles atractivo a sus consuegros, teniendo en cuenta que viven en Europa? De pronto ve algo sencillo: un portarretratos repujado de plata, y entonces se le ocurre la idea. Su hijo acaba de mandarle por WhatsApp una foto de Torito que es la imagen más conmovedora que ella ha visto en su vida. Torito es un bebé hermoso, plácido, con unos ojos azules tan llenos de luz y de inocencia que algo disuelven dentro de ella —en sus articulaciones o en su alma— y la dejan otra vez blanda y permeable, dispuesta a creer como la primera vez. Torito. Así le dicen porque es fortachón y porque su verdadero nombre —Vicente— parece fuera de lugar, desproporcionado para un bebé de tan pocos meses. Ella habla cada mañana con su nieto, habla con su foto, porque ellos, su hijo y la mujer, viven en un país vecino y no puede visitarlo tanto como quisiera. Cada vez que se deprime, que le duelen los huesos o que la recorren pensamientos macabros, mira las fotos de Torito y le habla, con esa voz trastornada de madres y abuelas que parece volver naturalmente a los primeros balbuceos donde la voz no dice, solo arrulla. Puede evocar el aliento a leche y el cabeceo tierno de Torito contra su hombro cuando lo alza y lo apoya sobre su pecho, y en la yema de los dedos sentir el durazno tierno de su nuca. No, si la especie sabe jugar bien sus cartas, piensa, pero qué le importa a ella. Puede hacer imprimir esa foto preciosa de Torito, ponerla en un portarretratos, no en ese demasiado ostentoso, en alguno más simple y ¿qué mejor regalo de abuela a abuela? Sale decidida de la tienda. Para eso, piensa, no le hacía falta haber ido hasta allí, en su humilde barrio de Villa Crespo hay varias tiendas de fotografía. Pero los caminos del conocimiento pueden ser largos rodeos. Como el de aquel hombre de El Cairo, recuerda, que después de salir de su tierra y llegar a Ispahán en busca de un tesoro, lo encuentra en el jardín de su casa.

Dobla por una calle lateral para retomar la avenida y encontrar la parada de los colectivos, pero justo en la esquina siguiente ve un cartel de Kodak. Cruza y se acerca a la vidriera: soluciones digitales, fotos carnet, revelado, ampliaciones, etcétera. “Tus fotos cuentan la historia de tu vida”.

En el mostrador hay un hombre ordenando unos sobres y una mujer trabajando con una computadora. ¿Atendés, Ingrid?, dice el hombre, y entonces la mujer levanta la cara hacia ella con parco gesto interrogativo.

—¿Ustedes hacen copias de una imagen digital?

—Claro —dice la mujer. Y la hace sentir un poco estúpida.

—¿Y cómo sería?

—Tiene que mandar su imagen a nuestra dirección.

—¿Nada más? —Ella le busca la mirada, pero la tal Ingrid usa anteojos negros. Y pocas palabras.

—Nada más.

Lea se la queda mirando: tiene la piel muy blanca, la cara medio desdibujada. Al mismo tiempo, se da cuenta de que tiene la foto allí mismo, en su teléfono, en su cartera. Ah, qué fácil.

—Se la puedo mandar ahora mismo.

—Claro —dice la mujer. Lea empieza a irritarse. Mejor se va a Villa Crespo, donde las cosas no parecen tan claras. Además, tendría que volver a buscar la foto.

—¿Cuánto tardan? —pregunta para ganar tiempo.

—Un minuto o dos —dice la mujer.

Podría salir corriendo. Pero está atrapada. Además, están los marcos. Puede resolver todo allí mismo, y en minutos, así que mejor declina el malhumor.

—OK, OK —dice cabeceando con docilidad—. Deme la dirección que le mando la foto ya.

La mujer le señala la enorme cenefa que está sobre el mostrador.

Otro ligero anonadamiento. Pero se recupera y toma nota. Después abre su WhatsApp y recupera la dirección, busca la imagen, cliquea y allí va Torito navegando por la red con su sonrisa y sus ojos de milagro.

A los pocos segundos la cara resplandeciente de su nieto ilumina la

pantalla de aquella desconocida. El dedito gordezuelo en la boca, la piel de pétalo, los ojos inefables. Por un instante se retrae espantada, como si se lo hubieran arrebatado. Después pega un suspiro de amor y de admiración. La otra teclea a gran velocidad. Ni una sonrisa ni un comentario. Nada.

—¿Tamaño? ¿7 × 15? ¿10 × 20? ¿Brillante o mate?

Vacila.

—10 × 20 —dice al fin—, y brillante no. Mate.

La mujer se levanta y desaparece detrás de una cortina.

Entretanto ella elige un marco blanco, liso, para que lo único que brille sea la imagen de Torito. La mujer emerge a los pocos segundos con la foto que deposita sobre el mostrador. No se le mueve ni un músculo de la cara. Lea recuerda todos los aaaahhh de encantamiento y los gorjeos que arranca esa foto cada vez que se la muestra a cualquiera. A cualquiera. Esta, que no es cualquiera, saca un cúter de un cajón y lo esgrime sobre la foto.

—¿Qué hace? —se sobresalta Lea.

—Adaptarla al marco —explica ella, y empieza a manipular la foto.

Esta vez, piensa Lea, no puede dejar de advertir la luz de esos ojos, las comisuras que dibujan la sonrisa, la ternura de las cejas...

—Qué foto, ¿no? —dice cuando no aguanta más.

—Hmmm, está un poco fuera de foco —se atreve a decirle la otra y sigue rebanando los bordes de la foto, roza casi la mejilla de Torito.

Ahora abre el portarretratos con destreza, calza la foto contra el vidrio, hace presión, atornilla, movimientos precisos de operario, la gira y se la ofrece para que dé su aprobación final.

—Está muy bien —dice Lea con una voz pálida.

Sale del local apurada, con el retrato de Torito apretado contra el pecho como si tuviera que defenderlo de algo. Va caminando ensimismada, un poco perdida, un poco confusa. Otras vidrieras pasan a su lado, pero ya no las mira.

Cuando llega a la Plaza Las Heras, se sienta en un banco, más sola que nunca.

Saca de su envoltorio el retrato y la consuelan los ojos azules. Sin embargo, el mal ya está hecho. Hay chicos jugando en el arenero y en las hamacas. Cada uno de ellos la estremece. Piensa en los álbumes de

fotos que tiene alineados en un estante de la biblioteca, la evidencia innegable del crecimiento de sus hijos. ¿Cuántas fotos tendrá allí? ¿Cien? ¿Doscientas? ¿Mil? ¿Y cuántas pasarán por las manos impiadosas de aquella mujer? Bebés sonrientes, con el dedito, el piecito, el pelito, el culito, y chicos jugando, corriendo, andando en bicicleta, soplando velitas, y chicas de quince de ojos entornados y peinados de peluquería, y jóvenes con su título o con su trofeo en alto, novios de clavel ensartando anillos en dedos de novia, y novias con su ramo, su torta y su vals, y parejas mirándose a los ojos, jugando con nieve, brindando, bailando, besándose, y bodas de plata, de oro, de platino, cada uno enarbolando su certificado de felicidad, sus ilusiones. (¿No debería haber también álbum de desdichas, desesperanza, indiferencia, aburrimiento?). Uno cree y desea tantas cosas como teme. Todas te acechan desde su vidriera insidiosa. Te echan su anzuelo. Con sus puntillas, estampados, arabescos, marcos, marcas, formitas, ingenios superpuestos para amortiguar toda crudeza. Ella ha caído todas las veces como un chorlito. De lejos le llega un recuerdo muy lejano, de infancia. Están ella y su hermano Miguel en el caserón de la calle Belgrano, donde pasan fines de semana con sus abuelos. Una tarde su abuela española, la abuela amarga y consumida que había pasado la Guerra Civil, los encara y les dice: Niños, ¿les gustaría una torta de chocolate bien rellena con merengue, crema y frutillas? Y los dos corren iluminados tras ella. ¡Sí, abuela, sí! Ella sigue avanzando por la galería mientras riega las plantas, y ellos detrás como pollos. ¿Les gustaría?, vuelve a preguntar. Sí, sí, abuela, repiten a coro. Entonces ella gira y les dice cortante: ¡Pues no la hay!

Nuez de Adán

Arrastramos los parlantes de un cuarto al otro, enormes columnas de una marca de audio que resultó más valiosa de lo que imaginábamos.

Los arrastramos —digo— torpes, enojados, gritando consignas contradictorias y detestándonos un poco como cada vez que teníamos que coordinar esfuerzos —dos personas tan distintas—: levantá aquí, no sueltes allá, cuidado. ¡Y ojo con el cablecito! Porque había un cablecito. Una lengüita maligna que emergía por uno de los orificios del panel delantero como si estuviera controlando nuestros movimientos. Según me explicó Leo, el otro extremo, el que no veíamos, estaba soldado al cuerpo interno del panel acústico. Poco a poco fuimos avanzando por el pasillo que salía de la cocina rumbo al hall de entrada donde los parlantes esperarían a su comprador. Porque, pese al escepticismo corrosivo de Leo, yo había conseguido, con un solo y tímido aviso en internet, al candidato perfecto: un coleccionista fanático de aquella marca y un estudioso de los fenómenos del audio: el señor Marcutti, cuya vocación bien podía estar inscripta en la sonoridad de aquel apellido. Y ahora no podíamos creer que, gracias a él, los dos armatostes que hasta entonces habían dormido en el polvo del cuarto del fondo fueran a transformarse en tanto dinero. Como la lecherita, yo cantaba por toda la casa “Marcutti, Marcutti, Marcuuuuuttti”, y hacía planes para pintar nuestro cuarto, arreglar la mesada de la cocina, pagar deudas y comprarme ropa. ¡Para todo eso iba a alcanzar!

No sueltes, no sueltes, insistía Leo. Yo no soltaba, pero la cosa era muy pesada, las manos me traspiraban y un panel del frente se deslizaba de a poco hacia abajo porque el perfil lateral no estaba bien ajustado. ¡Viste! —gritó de golpe Leo, señalando el cablecito que antes emergía como un periscopio y ahora yacía lánguido—. ¡Te dije que podía soltarse por dentro! Al parecer, yo tenía la culpa. Levanté los

hombros, era un cablecito de nada, si se había despegado se volvería a pegar y punto. En eso sonó el teléfono. Largué el parlante que me tenía harta y fui a atender. Era mi amiga Lilian, que tenía a su madre internada. Se había salvado de un infarto y estaba en terapia intensiva desde hacía varios días.

—Le van a hacer una traqueotomía —dijo Lilian con una voz exangüe—. Es como empezar a decapitar a alguien —agregó (a Lilian nadie la superaba en dramatismo). Traté de tranquilizarla, de explicarle que la traqueotomía era un procedimiento sencillo, una vez se la habían hecho a mi tía Coca.

—Es un corte de apenas un centímetro debajo de la nuez de Adán. No es nada y permite ni más ni menos que respirar.

—Pero ella no tiene nuez de Adán, boluda.

—Sí, las mujeres también tenemos.

—¿Y por qué le pusieron de Adán?

—Viste cómo son —dije, mandándole de paso una mirada torcida a Leo—, también tenemos trompas de Falopio…

—Machistas de mierda —dijo Lilian.

—¡Podés volver a ayudarme con esto! —vociferó Leo desde lejos. Así que le prometí a Lilian hablarle más tarde, de paso reforzaría mis argumentos sobre las virtudes de la traqueotomía.

Después de dejar los parlantes bien estacionados, Leo resopló por enésima vez, las cosas que se te ocurren, dijo por lo bajo, y se encerró a ver el partido. Yo fui al escritorio, busqué en internet y me leí todo un artículo que se llamaba “Traqueotomía casera”. Era el último recurso para desatascar un atragantamiento. Venía bien enterarme, porque era algo que me pasaba con frecuencia en los últimos años. Hasta me atragantaba con mi propia saliva. (Según me había explicado el médico, con los años se pierde elasticidad en la laringe. Un detalle más que se sumaba a la larga lista). La nota se subtitulaba: “Cómo hacer una traqueotomía en trece pasos”. El número trece no parecía augurar nada bueno. Lo más difícil era acertar con el bisturí (o el elemento cortante que se tuviera a mano) en el lugar preciso: un huequito ubicado entre la nuez de Adán y el cartílago cricoides. Había varios dibujos ilustrativos que traté de entender, pero la traqueotomía de la mamá de Lilian, pensé con alivio, la iba a practicar un equipo

médico, y no con un tenedor ni con un cúter.

Estaba por hablarle a mi amiga cuando me empezaron a entrar mensajes de Marcutti. Me pedía que le hiciera una breve filmación de cada parlante, de arriba abajo, de adelante y de atrás. Él ya había depositado el dinero y ahora estaba un poco nervioso por el "real" estado de los parlantes. Empecé a sentirme inquieta, vagamente estafadora, y me apuré a cumplir con su pedido. Dudé sobre qué hacer con el cablecito, pero no lo iba a ocultar, yo era una persona honesta, así que fui filmando los parlantes por todas partes y hasta me tiré en el piso para lograr una imagen más espectacular de la altura de las dos columnas (que entonces me parecieron elegantes y poderosas, como dos árboles robustos, dos tótems dormidos), y le mandé a Marcutti los videos.

Fue el principio de la pesadilla. Marcutti abandonó el WhatsApp y habló por teléfono. "Ahhh, no", fueron sus primeras palabras: si el cablecito se había soltado por dentro, dijo, el parlante se volvía inservible. Habría que cambiar todo el panel frontal ¡y eso era muy costoso! Pero, Marcutti —me defendí—, con semejante tecnología no me va a decir que todo depende de un cablecito de morondanga. Marcutti se descargó con una lista de tecnicismos incomprensibles. Yo insistí con mi sentido común: ¡es como si me dijera que un avión se cae porque tiene un tornillito flojo! Nueva andanada. Además, arriesgué, ya un poco golpeada, es un solo parlante, el otro está impecable. Que uno solo era lo mismo que nada, dijo él. Los parlantes funcionan en pareja, de forma solidaria. El sonido de uno está casado con el sonido del otro. Así que se vuelven los dos inservibles.

Marcutti siguió hablando y hablando. Yo le pedía auxilio a Leo con gestos desesperados. Pero Leo se limitaba a sacudir la cabeza y a decir "es todo una cuestión de plata". Y seguía viendo el partido.

Conseguí sacármelo de encima a Marcutti con la promesa de hacerle una contraoferta. El resto del día, o sea unas ocho horas desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche en que empezó mi insomnio, me ametralló con artículos técnicos que hablaban de estatores, procedimientos de más de cien pasos, perforaciones milimétricas, disparos de 575 grados Fahrenheit para fundir nylon y acero, aislamiento crítico, dispersores de sonido curvilíneos,

diafragmas de polietileno teraftilato (PET), plasmas ultraligeros…

¡Basta, Marcutti, cómo quiere que yo entienda de qué me habla, soy profesora de español! ¡Y jubilada!, le contestaba yo, mientras Leo por lo bajo murmuraba: es todo una cuestión de plata, negociá, negociá.

¿Y por qué no negociás vos?, arremetí. Ah, pero yo era la que había inventado venderlos. Yo, la ambiciosa. Yo, la responsable del cablecito suelto. Y ahora todo se derrumbaba como un castillo de naipes, por puro brutos. O peor, pensé avergonzada, por candorosos, una vez más corriendo detrás de una zanahoria, a nuestros años.

A las doce de la noche le bajé los parlantes a mitad de precio, él aceptó a regañadientes, y yo me fui a dormir agotada. Intenté dormir. Pero no era el cansancio lo que me mantenía despierta, sino una apabullante sensación de culpa, de error y torpeza. Leo y yo, como dos chimpancés viejos arrastrando esos dos parlantes por toda la casa, ignorándolo todo sobre estatores, plasmas y soldaduras curvilíneas. Y de golpe, paf. Cántaro roto, lecherita desolada. No podía dejar de revivir el instante en que el cablecito se había soltado, el segundo fatal en que yo había aflojado la mano. Me imaginaba una y otra vez dando marcha atrás en el tiempo, recomponiendo nuestros pasos, nuestros diálogos, agarrando con firmeza —solidaria— los laterales, impidiendo a toda costa que. Daba vueltas y más vueltas en la cama y no terminaba de entender por qué me atormentaba tanto. Y ya estaba por levantarme a tomar aunque fuera medio Rivotril cuando, con una oleada de pánico, recordé a Lilian, la traqueotomía, el corte de un centímetro. Recorrí mi garganta con un dedo tratando de localizar la nuez de Adán. Y después el cartílago cricoides. Probé varias veces, pero todo era bastante incierto en aquella geografía desconocida: había que adivinar por fuera lo que había por dentro. Apenas palpaba dos o tres bultitos mínimos, nada destacable, ninguna prominencia digna de bautismo. ¿Y si Leo me tenía que hacer una traqueotomía de urgencia qué? ¿Sería capaz de acertar con el huequito? Leo dormía al lado mío, su nuez de Adán estremecida por algún ronquido, pero bien erguida y belicosa. Volví a tocar mi garganta lisa. Tal vez el instinto lo guiara. Al menos él, como arquitecto, era diestro en el manejo del cúter y tenía buen pulso. Y si fuera a la inversa ¿qué? Mi mano temblorosa buscando la tijera del costurero, o el cuchillo del pan…

Antes de rebanarle la garganta me levanté en silencio, salí del cuarto y bajé la escalera en puntas de pie. Allí estaban otra vez ellos. Dos fantasmas oscuros, agazapados contra la pared. Con valentía, palpé la superficie opaca del traidor del cablecito y apoyé el oído en los orificios de su panel. ¿Qué esperaba? ¿Un mensaje de consuelo? Ellos estaban mudos, inconmovibles, muy lejos de las proezas sonoras con que soñaba Marcutti.

En la cocina me serví un vaso grande de agua helada, me tomé un Rivotril de un miligramo y volví a la cama. Me arrebujé bien junto a Leo y traté de dominar mi agitación, de inspirar y expirar de forma solidaria con él, como dos buenos parlantes, y concertar así una respiración única y balsámica que le devolviera a la noche algo de su bondad.

Me rompe el alma, dice

Pese a su nombre, me decidí por el mármol “negro africano” para la nueva mesada. (¿Acaso había un mármol “blanco caucásico”?). Después tenía que comprar la pileta. Nada como despertarse una mañana con un objetivo claro. Cada instante se colma de sentido. Había que descubrir primero y visitar después varias casas de sanitarios. Yo navegaba de casa en casa y me mezclaba feliz con los plomeros, los instaladores y sus preguntas técnicas. Hablaban de la boya universal, del collar de derivación, del adaptador macho, el racor o la entrerrosca. Algunos nombres parecían dejar mensajes en clave, como el flexible —que paga su flexibilidad con baja resistencia: tarde o temprano hay filtraciones—, o el prisionero —¡usted necesita un prisionero!, me asestó un ferretero como quien comprendía mis vicios más secretos. Y, para colmo, agregó: de cabeza cuadrada—. Sería aburrido contar todo lo que trajiné, escuché y pregunté, pero aquel era un mundo lleno de certezas. Y cada cuestión ofrecía su dilema y su enseñanza.

Había dos marcas para el tamaño de pileta que yo buscaba: si usted lleva una JH se lleva una Ferrari, dijo el vendedor; la UltraR es apenas un Fiat Uno, un Wolkswagen Gol, ¿me explico? ¿Pero para qué querría yo una Ferrari? ¿Qué tipo de carrera pensaba iniciar dentro de los confines de una pileta? ¿Velocidad de lavado por plato? ¿De rasqueteo de cacerolas? Advertí entonces que la pileta, vista así, tan pulida, con su orgullo de acero inoxidable, parecía muy ajena al pegote, a las grasas con las que debería vérselas en el futuro. Eso sí, no le eche lavandina, agregó el vendedor. Contrasentido. Es como si me dijera que la Ferrari no tiene acelerador, contraataqué. Visto así, la MP es más gauchita, aceptó el hombre muy a su pesar. Salí de allí contenta, pero asustada. Fernando estaba en contra de la movida. Siendo arquitecto, se había negado en redondo a cambiar la pileta y la

mesada que, según él, tenía la nobleza de la madera, y la que da el desgaste de los años. Recordé la mesada de madera, al principio. Como nuestro amor: lustrada, brillante, parecía bien dispuesta a soportar golpes, calores excesivos, estocadas. Pero con los años demostró lo que en verdad era, una invención decorativa que no estaba preparada para el trajín de una cocina. Un arrebato de juventud y de ilusiones. Al principio llevábamos a los invitados a conocer la casa —estábamos tan orgullosos, tan ávidos de mirarnos y admirarnos—, lo hicimos durante demasiado tiempo.

Tiene que cambiar esta mesada, me advirtió un día Wilma con el temple y el sentido común de los humildes. Lo vio antes incluso de que la madera empezara a agrietarse. Primero en los bordes donde convivía con la pileta y después hacia el centro desgranándose en añicos negros o verdosos. Hubo un primer remiendo. Un segundo remiendo. Después, una resignación. Hasta que los remiendos se hundieron y sobrevino la pudrición. Fernando hacía caso omiso, insistía en defender la madera y hacer nuevos y mayores remiendos. (También había empezado a matizarse el pelo con un shampoo plateado que disimulaba las canas). Yo, como otra gota que horada la piedra, lo hartaba con mis argumentos hasta que un día me dijo hacé lo que quieras. Me tomé sus palabras al pie de la letra. Mis amigas arquitectas me alentaban, me mandaban dibujitos, soluciones radicales. Pero yo no me animaba a tanto. Avancé entonces con culpa y con pánico de cometer errores. El primero fue con los grifos. Porque el grifo que sale de la pared tiene que acordar con la pileta para que el agua caiga efectivamente sobre ella y no donde se le cante. Yo había elegido uno que se quedaba corto, condenado al fracaso. Lo que se dice en criollo mear fuera del tarro. Nueva lección: vivimos en un mundo esclavo de dimensiones euclidianas. Admiré entonces las aberturas de las puertas, la altura de muebles y ventanas, los diseños de manijas y picaportes y el tamaño de mi mano, de mis brazos y mis piernas. Todo había sido creado en consonancia y yo apenas me había dado cuenta. Empecé a mirar con respeto los metros, las reglas, escuadras y escalímetros de Fernando. Ese era su mundo.

Estuve a punto de pedirle que me ayudara, pero apenas abrí la boca y dije ¿podrías por lo menos…?, me miró de tal manera que me

asustó. El “por lo menos” había sido un error.

(Tal vez yo estuviera dando la estocada final a nuestro matrimonio, que ya había resistido muchos embates. Habíamos superado la granizada que destrozó el techo del auto por su imprevisión, y hasta el serruchado de nuestro viejo colchón por mi locura).

* * *

Pude resolver el error y comprar por fin una pileta bien casada con su grifo. Ya podíamos retirar la mesada podrida y abrir el espacio para la nueva pileta. Los de la marmolería eran como joyeros exigentes: llegaban recién después de que todo el terreno estuviera preparado.

Vino Eliseo con su hijo. Primero rompieron con una maza. Romper es fácil. Arrancaron la vieja mesada con sus dos piletitas y la tiraron en el jardín.

Después se abocaron a cuestiones peliagudas de cañerías y de conexiones.

Los veía cabizbajos, sumidos en meditaciones profundas, señal de que no encontraban la solución. Eliseo, imploraba yo, ¿se puede o no se puede? Ya vamos a encontrarle la vuelta, me decía él, y hablaba por lo bajo con su hijo haciendo extrañas volteretas con los dedos. Después se quedaban los dos mirando fijamente la cañería como esperando que de allí fluyeran las respuestas…

Estaba tan perturbada que salí por el barrio para distraerme. Entré a varios negocios y maltraté a todo el mundo. Me ensañé sobre todo con Bután. Un lugar nuevo de comidas que habían abierto en la calle Bucarelli. Bután, subtítulo: “La seducción del dragón”. Me acerqué a la vidriera: las paredes estaban pintadas con geishas y dragones. Por fin algo diferente, pensé, comida asiática. Me puse los anteojos para leer el menú y encontré, otra vez, lo de siempre: la seducción de la pizza, la fainá y la empanada. Entré furiosa para hablar con el dueño. ¿Por qué le ponían Bután a una pizzería? ¿Por qué prometían geishas y dragones? ¿Sería por la acidez que me iba a dar la pizza? El dueño no estaba. Apenas me pude descargar un poco con el pibe que atendía, un venezolano lleno de tatuajes. Salí cantando para mis adentros las peores groserías (Bután se prestaba a todas las rimas). A las dos

cuadras, arrepentida, volví atrás y me disculpé. Bután era —según había visto en un documental— el país número uno en el ranking de felicidad. Tal vez fue eso, el aire límpido de una mañana después de la lluvia, o la descarga de adrenalina de la pataleta, pero me sentí purificada. La gracia, por algún caprichoso camino, obró también sobre Eliseo y las cañerías porque cuando volví a casa los problemas estaban resueltos, el agua había encontrado su camino. Solo quedó en el jardín la vieja mesada, como la osamenta de un animal extinguido.

El fin de semana fue el golpe de gracia para aquellos restos. Pasó en su camioneta el comprador de muebles usados. El hombre, apenas los vio, se quedó mirando el conjunto con escepticismo y, después de remover mucho la cabeza, me dijo que solo le servían —y hasta porai nomás— las viejas piletitas. Empezó a patear la mesada de forma brutal y así, a los golpes y a las patadas, consiguió desprenderlas de su encierro. Ya podía llevarme a la basura las maderas deshuesadas.

¿Qué hiciste con la mesada?, me preguntó Fernando. No le contesté. Me había dejado sola expuesta a la intemperie del mundo.

Llamé por fin a los marmoleros, cantando victoria. Llegaron, midieron de un lado al otro y me miraron con lástima: qué picardía, el hueco practicado es un poco chico, faltan dos o tres centímetros para poder insertar la nueva pileta. Una cosa de nada. Las cinco guitas para el mango.

Pero entretanto Eliseo se había ido a trabajar a Tigre. ¿Quién iba a venir a casa a hacer ese recorte mínimo?

Es una pavada señora, me alentó el marmolero, con una moladora se hace en un ratito. Seguro, confirmó Wilma. Vos conseguite una que yo te la manejo.

* * *

Es una mañana plomiza, de esas que rinden en melancolía. Cae una llovizna fría y voy por la calle Florida llegando a Diagonal. Me distraigo un momento: veo una hilera de personas que se han hecho casitas de cartón y plásticos junto a las vidrieras de Aerolíneas Argentinas. Jamás podrán volar, ellos, nadie tiene los pies tan literalmente sobre la tierra, apenas pueden ocupar ese pedacito de

suelo donde dormir y donde caerse muertos. Menos aún podrían comer las tortas y las masas voluptuosas que se ofrecen pocos pasos más adelante en la vidriera de la London, tan cercanas, parece que bastaría con meter la mano allí y servirse. (La moladora que llevo en la cabeza, replegada un instante, me ha dejado un resquicio para ver la realidad y avergonzarme).

Entonces me choco con una mujer y su paraguas.

Es mi amiga Alejandra, que va al banco a buscar los últimos mil pesos que le quedan en la caja de ahorro. Como tenemos mucha confianza, enseguida le hablo de la moladora. Ella se asusta: ojo con esa herramienta endemoniada, me dice. Me cuenta que la familia de un amigo tenía una, hasta que su hermano hizo un desastre. Entró con la moladora a su casa y rompió todo. Cortó las bibliotecas, las sillas, las patas de la mesa. Si no lo detienen a tiempo, se corta una mano. Desde entonces, la tienen guardada bajo cuatro llaves. Pero la moladora era inocente, dije, la locura corría por cuenta del hombre. O todo lo contrario, reconsideré de inmediato, era un hombre lúcido, un desesperado.

Ella será inocente, dice Ale, pero yo no. Y me confiesa que también ella está haciendo algo tremendo. El albañil que trabaja en su casa acaba de desmontar del jardín el tobogán de su hijo. Como el pibe ya cumplió trece años y las maderas estaban bastante podridas, le propuso serrucharlo y transformarlo en leña. Ella aceptó. Desde ese día tiene insomnio: este invierno voy a quemar en la chimenea la infancia de mi hijo, dice. Pero te va a dar calor, digo para consolarla. Unos días, pero ¿y después? La infancia hecha cenizas. Ale cierra el paraguas y se deja mojar por la garúa que persiste. Pensándolo bien, una ya es una ex madre, me dice. Cuánta razón. Una alumna, le cuento a mi vez, se sacó una foto con los tres hijos el día de la madre, hijos ya grandes, entre treinta y cuarenta años. Cuando después la miró con atención se quedó desolada: algo o alguien faltaba en esa foto. La miró a lo largo de los días, repasando los presentes: Juan Carlos, Margarita, Andrés. Y sin embargo, la sensación persistía. ¿Sería el gomero del jardín del fondo que habían derribado el verano anterior? ¿El perro que se había muerto de viejo? ¿La tía Hilda que siempre los acompañaba? Al fin un día se dio cuenta: lo que faltaban eran los

chicos. Sus verdaderos hijos: los que habían tenido meses, un año, dos, siete, catorce, pero ¿esos hombres y mujeres?

El encuentro con Ale me hizo bien. Ella me entendía. Cuando volví a casa me choqué con Fernando en la entrada. ¿Se volvería otro ex? Ya era una ex madre, pensé, una mujer con ex trabajos, ex entusiasmos y creencias, ex amigos y ex amores, tenía toda una ex vida por delante. La que uno lleva a rastras atada por el hilo cada día más frágil de la memoria.

* * *

¿Y?, ¿conseguiste moladora? Fue lo primero que me dijo Wilma al día siguiente. Yo había dormido mal, me sentía desanimada y recordaba la sentencia final de Ale: "La moladora pone a prueba tu cordura". Sin embargo, obediente, salí por el barrio a buscar obras y algún albañil que quisiera hacer la changuita. Me asomaba con timidez a los pozos de las obras y en todas me decían que no. Cuando ya me iba vencida de mi último intento, pisé una enorme caca de perro. Mientras estaba contra un árbol tratando de desprender la plasta pegada a mi zapatilla y pensando que yo no era alguien del todo normal, oigo un chiflidito. Entonces aparece Dany, mi joven príncipe, musculoso y callado, que sí tiene una moladora y promete venir a casa.

Me sentí llena de orgullo y de esas pelotudas frases célebres acerca del valor de la voluntad, de la perseverancia y la confianza en uno mismo.

Dany no falla. Llega a la tardecita y se encierra en la cocina. Lo espío a través de la puerta vidriada: es un titán empuñando la moladora. Bajo un ruido ensordecedor y, poco a poco, una nube blanca va cubriéndolo todo, como si un alquimista loco hubiera hecho estallar todos sus ensayos.

Voy corriendo a refugiarme en el cuarto. Allí está Fernando, con la cabeza entre las manos, recorrido por unos leves estremecimientos. ¿Está llorando? Me acerco con sigilo. ¿Te sentís mal?, le pregunto. Es como si la moladora me estuviera trepanando la cabeza, el cuerpo, dice. Levanta unos ojos turbios. Me rompe el alma, dice. ¿Qué me

hiciste? Retrocedo espantada. ¿Qué le hice? Miro por la ventana donde se ven las ramas altas y plumosas de las cañas. Hay viento afuera y las cañas se balancean con un suave silbido. Qué ridícula mi aventura de la mesada, qué mezquina. Vuelvo a mirar a Fernando que sigue con la cabeza contra el pecho. Para un arquitecto, su casa es su cuerpo, pienso.

Una hora después, vuelvo a oír el chiflido de Dany. Bajo y lo veo asomarse por la puerta de la cocina. Una estatua cubierta de polvo blanco desde las pestañas hasta los pies. Quiere que entre a ver cómo quedó, así que me interno en la nube blanca tosiendo, medio desorientada. Recuerdo una escena de *Ocho y medio*, el viejo perdido en la súbita niebla de la muerte. Avanzo a tientas y tosiendo hasta el hueco que ahora se ve gigantesco. ¿Se le habrá ido la mano? Dany saca su metro y me muestra. Es justo lo que pedí. Le pagué, se fue silbando y yo me quedé frente a frente con mi desolación.

Fue una noche de insomnio compartido y mudo. Yo trataba de pensar en los veranos y en el mar, en todos los años en que habíamos dormido abrazados, y él no sé en qué pensaría, pero sentí su ira sorda derramándose entre las sábanas durante toda la noche.

A la mañana siguiente, el polvo ya se había depositado y la cocina parecía un paisaje nevado. No entrés, le pedí a Fernando. Es insoportable. Vos sos insoportable, dijo en voz baja.

Me encerré a limpiar y a pasar la aspiradora llorando. Es increíble la voluntad del polvo, su ductilidad para meterse en todos los resquicios, en cada superficie y en cada objeto casual que se encontrara allí: una llave, una tacita, una manzana, la cuenta del gas. Todo queda unificado por su finísimo manto. Después de varias horas de limpieza conseguí liberarme de gran parte del polvo, pero fue casi peor. Bajo el manto blanco, la cocina tenía un aspecto irreal, brumoso, con su aura poética. Y ahora, más limpia, mostraba con crudeza la devastación. Quedaban a la luz las entrañas de hormigón, las varillas de hierro oxidadas y amenazantes y un nudo de cañerías en el que parecía difícil volver a confiar. Sentí una especie de vahído y sentada en un banquito me arrepentí de mi obstinación. ¿Aquel desastre tendría arreglo?

Me pasé todo el fin de semana con el corazón en la boca y sin cruzar palabra con Fernando. Cada tanto él hablaba solo y yo pescaba

algunas palabras sueltas —“en la cabeza”, “mi casa”, “idiota”, “mortificar”, “jubilado”— que después me complacía en rellenar hasta dar con las frases más hirientes. Lo único que podía hacer era resistir. Busqué unas sábanas viejas y cubrí con ellas los agujeros. Un cadáver bien amortajado no es lo mismo que un cadáver desnudo.

* * *

El lunes temprano llegaron por fin los marmoleros y volví a sentir esperanzas.

Los dejé trabajar tranquilos y me fui al living a leer el libro de Haddon que me había mandado un alumno. El primer cuento trataba sobre un muelle que se desplomaba. Un muelle gigantesco en la costa de una ciudad inglesa. Y todo sucedía por la traición silenciosa de unas maderas podridas. El misterio de las coincidencias. (¿Yo había buscado ese libro?, ¿el libro me había buscado a mí?). Volví a ser presa de las medidas, de las dimensiones y sus engaños. La Ferrari y la pileta JH, mi triste mesada y aquel muelle gigantesco, uno y el universo. Pero ya se sabe, hay que olvidar nuestra insignificancia para poder vivir. Leí el cuento del muelle hasta la mitad y lo abandoné, agobiada por el recuento minucioso de las decenas de muertos y heridos.

Unas dos horas después, los marmoleros me llamaron.

Entré a la cocina temblorosa y quedé extasiada. Allí estaba ella, deslumbrante como una reina. La nueva mesada de mármol negro africano, generosa y pulida. Cerré los ojos e hice un esfuerzo por contener las lágrimas, al menos hasta que se fueran los marmoleros y me dejaran gozar tranquila de tanta felicidad. Porque eso era la felicidad. Pasé la mano una y otra vez sobre aquella superficie imperturbable, con minúsculos brillos de cuarzo que hacían más intenso el negro. Y en el centro, engarzada la joven pileta con su marido el grifo. Era el primer día de su amor.

No sé cuánto tiempo estuve allí, deleitándome. Perdida en la ensoñación casi no escuché los pasos de Fernando, que había entrado a la cocina. Se acercó despacio a mí, carraspeó y después de un momento dijo: te quedó muy bien la mesada. Pasándome el brazo por la cintura, lo dijo.

Corazón traicionero

No se sostenga de la barra, dice la técnica, úsela solo como un punto de apoyo. Y trate de caminar derecha y relajada, como lo hace en la calle.

Aflojo las manos tal como me indicó y me paro lo más derecha posible mientras ella me toma la presión. Vuelve a mirar mis pies desnudos y sacude la cabeza en mudo reproche. ¿No había leído el instructivo acaso? Tenía que haber traído calzado deportivo, me lo dijo en cuanto me vio. Pero yo me planté en mis trece, que ni loca pedía otra hora para la ergometría y que siempre hacía gimnasia descalza. Así que gané el primer round.

Ahora ella recita con voz neutra el funcionamiento pavote de la cinta. Tiene tres velocidades, dice. Como la licuadora de casa, pienso. Vamos a empezar con la más lenta y, cuando yo le avise, pasaremos a la segunda y después, si es posible, a la tercera. Asiento con la cabeza como un alumno aplicado y la cinta empieza a moverse. Parece bastante fácil. Al principio, parece. Desde el box vecino llega otra voz femenina, usa ese tono mimoso y escalofriante que las enfermeras les dedican a los viejos: "No se me asuste que ahora voy a aumentar la velocidad, ¿si?". Debe ser la paciente a la que llamaron unos minutos antes que a mí: una mujer de unos sesenta años de cara abotargada a la que le sobran por lo menos veinte kilos. Pobrecita, pienso, va a soltar los bofes enseguida. Envalentonada, respiro profundo y camino a trancos largos y cancheros, venciendo ese sentimiento como de desajuste que me provoca la escena, esa cosa artificial de hacer "como si" caminara. Suspiro. Si se cansa, me avisa, interpreta mi técnica. "Morales", dice en la plaquita que lleva prendida al delantal. Reconozco que las plaquitas me producen un cierto efecto: me hubiera gustado, alguna vez, prenderme una así en el pecho, la confirmación de que uno es alguien, que ha hecho algo, o que tiene algo importante

para hacer. La de celador del colegio, la primera que envidié, era redonda como una condecoración; se la daban a los mejores alumnos, o a otros no tan buenos pero que demostraban una particular habilidad o picardía para tratar con el mundo. Pero yo era una alumna de siete de promedio como mucho, y así fue el resto de mi vida. En cuanto a la picardía, una sonrisa irónica me sube al pecho y se transforma en un resoplido malhumorado. Miro de reojo a Morales: es rubia, con el pelo muy cuidado y está bastante maquillada para esta hora de la mañana. No se incline hacia delante, me recomienda sin despegar los ojos de la computadora, y apoye primero los talones y después las puntas de los pies. Oigo en paralelo la voz de la vecina. ¿Va bien eso, querida? "Querida" le habrá contestado que sí en medio de los jadeos, pero no alcanzo a oírla.

Sigo caminando, trato de ser natural, elegante, pero a medida que avanzan los minutos me voy retrasando y tengo que hacer unas corriditas atropelladas para compensar. Siento un intenso calor en los pies y en la columna. Una gota de traspiración, como una lágrima, me recorre la mejilla.

Ahora pasamos a la segunda velocidad, me anuncia Morales, y la cinta se acelera. Doy pasos más rápidos. Trato de adaptarme. No haga fuerza con las manos, me recrimina Morales. Empiezo a detestarla activamente. Es fácil dar instrucciones mientras uno empieza a sudar la gota gorda aquí. Hago un esfuerzo de abstracción, camino apurada y con ritmo. No sé cuántos minutos pasan, pero la respiración se me acelera cada vez más y siento en los tímpanos ruidos submarinos. Nunca fui una campeona, pero tampoco era la peor en destreza física. Dale, te juego una carrera hasta aquel árbol, decía Teresita, y me ganaba casi siempre. En cambio a Pilar le ganaba yo, aunque terminaba con la lengua afuera y con una puntada en un lugar que los grandes llamaban "el vaso". Así me lo imaginaba: un vaso metido dentro del cuerpo, qué cosa tan extraña. Pero también era extraño eso de tener líquidos circulando por dentro, como sangre o saliva en la boca. Noto las manos patinosas sobre la barra de la caminadora y cada tanto los pies se me entrechocan. ¿Está muy cansada?, pregunta Morales, contengo un bufido que me llega desde el alma y hago que no con la cabeza, lo que precipita varias gotas de sudor que me caen

desde las cejas. La muy turra, qué necesidad de subrayar así el “muy”. En el box vecino han pasado a la tercera velocidad. “Pero muy bieeen”, alienta a su corredora la técnica mimosa.

Me enderezo lo más que puedo, respiro profundo por la nariz y por la boca, me preparo mentalmente para superarme. El corazón late desbocado en el pecho y me trae otro recuerdo: estoy en el borde del tobogán más alto de la plaza y miro hipnotizada hacia abajo. Vamos, nenita, me apura la de atrás, ¿te tirás o no te tirás?, hay una que no se anima, les dice a los otros que la siguen, y entonces zas, me largo de cualquier manera y bajo dando tremendos topetazos en los costados hasta caer desbaratada en el suelo de arena.

Tenga en cuenta que puede bajarse cuando quiera, dice Morales.

¿Bajarme?, todos los chicos agarrados como monos a la campana metálica y clang, clang, la cosa que va y viene, golpeando cada vez la barra central. Hay que aguantar hasta el final. Nunca bajarse. Ni del campeonato de natación de la escuela. Ni de la plomífera carrera de actuaria. Ni del famoso puesto en Tribunales con lo difícil que fue conseguirlo.

Voy a retroceder a la primera velocidad, amenaza la rubia. Hago que no con la cabeza, nada de castigos, me prometo hacerlo mejor. “Una campeona”, dice la mimosa de al lado. Casi por milagro recobro el ritmo, acelero, los pies como dos pistones enloquecidos. ¿Cuánto llevo así?, ¿un minuto, dos minutos, tres? Debe haber pasado una eternidad. Me está haciendo trampita, me tira Morales, está muy inclinada hacia delante, y tiene muy atrás esa cola. ¿Y yo que culpa tengo si la cinta no se queda quieta? De pronto me veo: colgando desesperada de la barra delantera, tratando de impedir que la cosa avance. Hago un supremo esfuerzo y me enderezo. Siempre se puede un poco más de lo que uno piensa, hay que tenerse confianza. Y entonces llega él, el fantasma preferido de los peores momentos. Estoy “casi” enamorado de vos, había dicho. Sus palabras susurradas contra la garganta, qué importa lo que digan, importa solo aquel aliento tibio bordando en su oído, encrespando la piel, aunque la razón gruña desde su cueva: ¿por qué “casi”?, ¿eso no es mezquino?, ¿por qué no enteramente enamorado o locamente enamorado? “Casi”, la palabrita venenosa lo había llevado de cajón a irse con otra mujer. El recuerdo

se deshilacha, se desvanece, pero todavía conserva su perfume, un fantasma eficaz después de más de veinte años. Se me nublan los ojos. Casi consigo al hombre de mis sueños. Casi gano la beca. Casi me dan la cátedra. Casi tengo dos hijos. Claro que hubo otros hombres, y también hubo un hijo. Uno solo, y viviendo en Canadá. Pero ya se sabe la vida, los altibajos, la de cal y la de arena, la cuestión es seguir corriendo, no quedarse en el camino. En un movimiento arriesgado suelto una mano de la barra para enjugarme la cara empapada. El corazón golpea en rebeldía, la sangre choca contra las sienes.

Cuidado, dice Morales, no suelte la barra. Voy a reducir a la primera velocidad para que el ritmo cardiaco vaya bajando, y enseguida detenemos la prueba.

Con los brazos entumecidos y las rodillas temblorosas doy todavía dos o tres pasos inútiles sobre la cinta que ahora por fin se ha quedado inmóvil. Hemos concluido, me dice Morales. Otra palabrita: no dice "terminado", dice "concluido" como quien te crucifica. Ahora se levanta de su trono junto a la computadora, se alisa el guardapolvos sin mirarme. Tiene que hacer reposo unos diez minutos por lo menos, me aclara. Después me ayuda a bajar de la cinta. Cuando apoyo los pies en el suelo estoy a un tris de caerme, pero consigo llegar hasta la cabina donde tengo mi ropa. Me calzo a duras penas los zapatos y el tapado y vuelvo a levantarme. Mis pies están raros, dos desconocidos, como si hubieran perdido la forma plana solicitada por el suelo y estuvieran en plena metamorfosis. Avanzo trastabillando hasta la sala de espera y me derrumbo sobre la primera silla que encuentro. Unos minutos después se abre la puerta del box vecino y aparece la "campeona", que se sienta frente a mí. No hace falta hacer muchas cuentas: entró unos minutos antes que yo y salió unos minutos después. Miro sus pies, o tal vez sean mis pies atormentados los que miran a los suyos. ¿Y qué ven?: dos zapatillas que parecen diseñadas por la NASA, con cámaras de aire, tabiques y tornillos de goma.

Me sonríe cómplice: no fue tan terrible, dice. Le contesto con una mueca desmayada. Está ansiosa por comentar sus hazañas: aguanté mucho más de lo que esperaba; eso sí, debo haber adelgazado por lo menos un kilo, dice, y se ríe con ligero temblor de papada. Después mira la hora. Me viene a buscar mi esposo, anuncia, y esta declaración

parece hacerla levitar. Bastaría con soplarla para que se elevase como un globo feliz.

¿Usted vino sola? No espera que le conteste. Siempre recomiendan venir acompañado. Porque el corazón es muy traicionero, remacha.

Voy a abrir la boca, pero justo entonces entra el marido que se la lleva del brazo. Es un hombre alto y robusto. Se alejan los dos por el pasillo del hospital, lentos y majestuosos como un transatlántico.

Sí que es traicionero, pienso. Cualquiera se cree un campeón y de pronto zas, te olvidás las zapatillas y te da un infarto. O el hombre que "casi" te adora se va con otra mujer.

La verdad desnuda

Algún día la verdad saldrá del pozo para fustigar a los mentirosos.
JEAN-LÉON GÉRÔME

Salgo de clase y Tato me lleva a Plaza Italia para que tome el 39. En otra época, en la época heroica de nuestro amor, me hubiera llevado hasta Colegiales. Pero el amor se acorta y se acortan en forma proporcional sus dádivas. También se apagaron el cielo y las estrellas prometidas en la infancia y en la adolescencia. (La metáfora celeste cada vez más pobretona frente a la proliferación de las galaxias). Lo cierto es que Tato, al principio, me quería hasta Colegiales, incluso hasta Chascomús o Mar del Plata, donde muchas veces íbamos con la familia. Ahora solo me quiere desde el centro hasta Plaza Italia, hasta una pizzería de Plaza Italia donde aprovecha para comerse una porción de fainá mientras yo corro a la parada del colectivo. Con ese ánimo pensativo, vengativo y matemático me subo a un 39 repleto. Al instante paso de la especulación celeste a la bellaquería porteña. Hay que avanzar por el pasillo hacia el interior del coche, con esa violencia inevitable de desplazar a los otros para conseguir un lugar mejor. Arremeto hasta donde puedo y quedo varada entre un hombre flaco con aspecto de galán antiguo y una chica joven que lleva abrazadas contra el pecho varias carpetas. El galán es alto y yo le llego justo a la altura de la solapa donde lleva un anacrónico escudito. *Virtus et veritas* alcanzo a leer, rodeado por una filigrana de laureles. En la parada siguiente, consigo despegarme de la solapa y acercarme, como a una orilla salvadora, a la hilera de los asientos individuales. Atrapo una manija y allí quedo establecida. Suspiro con alivio, reacomodo el cuerpo a la nueva libertad y miro con envidia a la mujer que ocupa el

asiento. El hombre virtuoso ha quedado a mi lado y también la observa. Difícil escapar a ese subrayado de lo femenino: jeans apretados y una blusa celeste escotada bordeada de lentejuelas. Tendrá unos treinta, treinta y cinco años y no llega a ser gorda, pero le sobran algunos kilos. Lo más llamativo es el pelo teñido en mechitas muy definidas que van del rubio oscuro al platinado. Hacen el efecto de un casco luminoso. La cara se mantiene por ahora semioculta porque ella está inclinada sobre su celular, leyendo mensajes.

Cuando termina la lectura, con un dedo de uña larga y manicurada, marca un número.

Martita, tesoro...

Inclino la cabeza hacia ella para escuchar mejor, porque habla con voz apagada.

¿Me hacés un favorazo? Llamá al trabajo y pedí por Gladys que yo de acá no consigo. Decile de mi parte que estoy muy descompuesta. Sí, sí, la vesícula, como siempre. Y que no voy, que mañana me quedo un rato más y pongo todo al día, que no se preocupe. No, nada grave, pero quiero ir a averiguar por el crédito. ¡Gracias, dulce! Un besote para vos y los chicos.

Corta y casi sin respirar pone nuevamente en acción la uña nacarada.

Tic tic tic tic:

Amorcito, ¿todo bien? Escuchame, voy a llegar más tarde a casa, me pidieron unas horas extra. Te exprimen, sí, y encima están cada vez más estrictos. ¡No!, ¡ni se te ocurra! Ahora prohibieron las llamadas personales. Es que estoy en la calle, salí a fumarme un cigarrillo, por eso. ¿Los chicos? No te preocupes, yo arreglo con mami o con Norma... Bueno, Nesti, ¿vos todo bien? Bueno, nos vemos a la noche entonces. Ay, me parece que me estoy quedando sin batería, así que te corto. Un beso, amor.

Eso, pienso con regocijo, justo lo que necesito: entretenimiento para dejar de hacer cálculos absurdos sobre las medidas del amor y sus variaciones.

Levanta un poco la cabeza del celular y alcanzo a ver algo más. Una carita redonda un poco insulsa donde ningún rasgo parece destacarse. Por eso tal vez las mechitas, que ella se acomoda ahora con mano nerviosa haciendo sonar los dijes de una pulsera. Después se queda pensativa un instante. Parece que lo principal ya está hecho.

Y de pronto, otra vez: tic tic tic, las teclas del celular, y cling cling cling, los dijes de la pulsera.

Hola, mami hermosa. ¿Cómo estamos hoy? Ah, es que hay mucha humedad, tomate un Ibu. Decime, mamita, ¿podrás ir a recoger a los chicos y darles la leche? Tengo hora en el médico, el gineco, pero es de rutina, no te preocupes. Y sí, más tarde, como a las ocho. ¿La nena? Con Marta. Sí, claro. Bueno te corto, mami, que no puedo seguir hablando. Un besote.

El del escudito y yo intercambiamos una mirada cómplice y resistimos el avance de los otros pasajeros —un flujo constante hacia los asientos y la puerta del fondo— para mantenernos junto a Mechitas. ¿Cuál será su próximo llamado? No tenemos que esperar demasiado para saberlo.

Hola, dulce, ¿me reservaste un turno? No, tesoro, no puedo ir más tarde, tengo que ir a acompañar a mi mamá, que está medio pachucha. Dale, haceme el huequito, ¿sí? La completa como siempre. Bueno, aunque sea bozo y pierna entera. Genial, sos un amor. ¡En quince estoy ahí!

El colectivo empieza a vaciarse, el hombre antiguo y yo seguimos inmóviles, pegados a la tela que va tejiendo Mechitas. Y de pronto recuerdo a Ridder, el viejo profesor de Filosofía del colegio. Una clase acerca de la verdad, o de las verdades (al parecer había muchas, y todas estaban en discusión). Yo, como todos entonces, vivía en la nebulosa y los torbellinos de la adolescencia. Sin embargo, recuerdo bien la imagen que nos mostró: una mujer desnuda y preciosa saliendo de un pozo con un látigo en la mano. La desnudez nos había arrancado del sopor de la clase. Una alegoría de la verdad, había dicho Ridder, pintada por algún francés. Miro a la pobre Mechitas: algún día, como auguran los creyentes, ella, la verdad desnuda, saldrá furiosa del pozo para fustigar a los mentirosos. Pero la verdad que ella defiende debe ser muy poderosa porque pronto se inclina sobre su celular y vuelve a marcar.

Hola, Martita, ¿todo bien? Yo acá, trabajando. Vos quedate hasta las cinco y apenas llega mi mamá te vas, ¿sí? Bueno, pasame con la nena. Hola, bichito, soy mamá, ¿te estás portando bien? Va a ir la abuela, ¿sabés?, yo tengo mucho que hacer... sí, lo antes posible. Mandame un besito. Muá muá muá, te mando un montón de besitos, guardalos debajo de la almohada, ¿si? Chau, bichito de luz.

Corta y pega un suspiro que hace sonar los dijes de la pulsera otra vez.

De pronto, conmoción, suenan los acordes y la voz de una cumbia:

Ella se agita, por las noches mueve la cinturita…

¡Es el Bombón asesino en el celu de Mechitas! Ella se queda inmóvil, calcula riesgos, vacila, deja que siga sonando.

Y pa colmo usa pollera cortita

El meneo la levanta todita…

El hombre virtuoso me levanta las cejas, casi se menea.

Por fin ella se decide y atiende:

Cristi amorosa, cómo estás. Noooo. Le dije a mamá para que me haga la gamba. Lo que pasa es que… (un instante de duda) quiero ir a comprarle el regalo a Néstor. No vas a contar, ¿no? Tiene que ser una sorpresa. Che, te corto que me tengo que bajar, a la noche te hablo, chaucito.

El colectivo está llegando a Álvarez Thomas. Mi compañero testigo tampoco le saca los ojos de encima a nuestra musa que, tras cortar con Cristi, empieza a marcar otro número.

Hooooola, ¿chu?

La voz emerge como de un tarro de miel.

Estoy en camino, ¿eh? Y, llegaré como a las tres. Yo también, Chu. ¿Como siempre? Bueno, ¿a vos qué te parece? ¡Aaaay, no me digas eso zalamero! Yo también…

Mechitas corta, guarda el celular exhausto en la cartera y se levanta para bajarse.

Más que levantarse, parece que se despliega. No era bajita, ni tenía kilos de más. Y nos lanza una mirada. Yo, al menos, bajo los ojos avergonzada. Y tal vez el hombre a mi lado haya querido tragarse el escudito. Ella se acomoda la cartera en el hombro y se lanza vigorosa hacia la salida. Nos ha dejado solos. Cuando nos recuperamos, el hombre que creía en la virtud y la verdad me cede el asiento. Y yo hago algo que no debía haber hecho. Acepto el nido tibio que ella acaba de dejarme. Por la ventanilla veo cómo se aleja apurada y siento una desazón. Después una olita de pánico. ¿Y si el marido llama al trabajo?, ¿la madre a la señora que cuida a los chicos?, ¿la amiga Cris a la madre? Mechitas está a merced del azar, cualquier movimiento imprevisto puede desmoronar el magnífico tinglado. Hace falta una

valentía, pienso, ¿qué es aquello?, ¿envidia?, ¿admiración? ¿Qué es la verdad desnuda pese a su cara preciosa? ¿Qué oculta en su pozo? El galán antiguo también se ha quedado pensativo, desolado, diría, porque parece ahora más flaco y más viejo. Pero después de unos minutos se recupera, saca un pañuelo del saco y se suena la nariz con un estruendo innoble. Por eso no escucho enseguida mi celu que suena y suena. Atiendo apurada. ¿Será Tato? Es Tato.

—Amorcito —dice.

El arte de perder

No es difícil dominar el arte de perder.
ELIZABETH BISHOP

La dicha de un verano hubo que pagarla con un relojito Omega de oro, regalo de mi padre. Estaba sobre la mesa de luz de un hotel y desapareció. Yo tenía entonces ocho años, cuando todavía no existe la medida del tiempo. Fue el primer regalo importante que él me hizo, tal vez acosado por la culpa de la separación reciente, y la primera pérdida material de la que tengo memoria. Recuerdo cómo lloré. Pero mi padre siguió haciéndome regalos. Hasta que se detuvo su propio reloj y se le acabó el tiempo, prematuramente.

A los diez años me regalaron un proyector de películas infantiles con el que yo había soñado mucho tiempo. Se llamaba Cinegraf. Tal vez estuviera fallado, o yo no sabría usarlo bien: en cuanto el fotograma de papel se proyectaba sobre la pared, la lámpara empezaba a quemarlo. Y así pude ver, como en un milagro invertido, cómo desaparecían ante mis ojos las imágenes del Pato Donald o de Mickey, carcomidas por el avance veloz de una aureola negra que las reducía a fragmentos carbonizados y volátiles. La decepción se descargaba en el mismo instante en que se daba el placer. ¿Una advertencia?

Mi bicicleta azul desapareció un verano en Chascomús. Era una bicicleta usada y bastante deslucida, pero era de un azul inconfundible. Yo le había atado un banderín al manubrio y mientras pedaleaba, soñaba con fugarme lejos de esos veranos aburridos e interminables. Pero en mis paseos solitarios solo llegaba hasta el último extremo de la laguna, donde no había pescadores. Volví otro

verano y ya no estaba.

Me gusta pensar que cada pérdida trae aparejada algún tipo de reparación, que existe algún equilibrio bondadoso y no la pura contingencia. Pero de la pérdida de la bicicleta azul solo me quedó un sobresalto doloroso cada vez que la recordaba.

A los dieciocho años, un novio me regaló un reloj pulsera Old England, enorme. Estaban de moda entonces. Fue como si me devolviera multiplicado por diez mi primer relojito perdido.

El chaleco bordado con perlitas era mi preferido y mi cábala de la suerte. Lo dejé olvidado en un taxi, un día de exaltación en que me descubrí enamorada de M. También ese amor se fue olvidando hasta desaparecer.

El tapado de piel que me habían regalado mis suegros me incomodaba, era un poco ostentoso. Fue justo que me lo robaran, y yo puse mi grano de arena, dejándolo en un auto abierto. Creo que aquello fue una lección de moral.

La máquina de coser alemana, sin estrenar, con la que pensaba hacer tantas cosas, la perdí cuando entraron ladrones a nuestro departamento. Solo había alcanzado a leer las instrucciones. Manteles y sábanas y ruedos y bordados: adiós proyectos. Yo era muy joven entonces. No era una gran costurera, pero iba a aprender. Tampoco era una gran cocinera, ni una gran ama de casa ni una buena amante. Pero con esa máquina que hacía frunces y zigzags, puntadas invisibles y nidos de abeja, dobladillos, vistas, ojales y ojalás, vaya a saber. (¿Tal vez hubiera remendado ese primer matrimonio?).

Si no hubiera sido un regalo de mi tía Male, nunca hubiera tenido un pellizco de perlas. Nunca quise perlas. (Y aunque hubiera querido…). Pero a mi tía Male sí la quise y aquel anillo la representaba tanto: su soltería de joyas tardías, su placer antiguo por las piedras preciosas y las tradiciones familiares. Era un anillo elegante y simple, con un nombre de juego infantil y secreto. Desaparecido. O

Robado. O atascado en algún desagüe. También mi tía Male y sus historias románticas desaparecieron, pero quedaron lanzando su brillo discreto en mi memoria. No sé si recibí algo a cambio de él.

(Para perder hay que tener, lo sé. Ahora que hago este listado, me alegra al menos no haber perdido del todo la vergüenza de tener).

Ay, cuánto lamenté la pérdida de mi impermeable negro. Cuánto lo extrañé y lo extraño todavía. Estaba forrado con una suave lanilla azul que te abrigaba y parecía ronronearte sobre el pecho, como un gato. (Lo compré en varias cuotas en una época en que tenía un muy buen trabajo). Quedó sobre una silla, en la sala de espera de un hospital donde tenía que hacerme un centellograma. Con él quizás haya pagado un corazón saludable, porque el estudio salió muy bien.

Perdí un enorme perro ladrador, color miel. Creo que él se perdió solo, quería ser un perro libre. Simplemente lo dejé ir. También perdí un cachorro a mi cuidado, pero lo busqué con tanta desesperación, rastreé tantas calles y toqué tantos timbres que al final lo encontré. ¿O fue solo un golpe de suerte? Perdimos otros perros. Perdimos gatos, pájaros, hámsteres y tortugas. Por cada uno de ellos sufrí y pagué con dosis variables de culpa y aflicción. Adoptar un animal y que nos acompañe por muchos años es un largo aprendizaje.

Con la entrada de la electrónica a nuestras vidas, se amplió el horizonte de lo perdido.

Perdimos en inglés. Por ejemplo, una notebook y un e-reader. Fue un verano en que entraron ladrones por el fondo de la casa mientras comíamos con amigos en el jardín de adelante. Pagamos el mar, los asados, las risas de ese verano y también la buena noticia de la traducción de un libro.

Los teléfonos celulares se volvieron cada vez más inteligentes, pero no tanto como para evitar el robo. Llevo perdidos dos o tres. El último era nuevo y fue por pura torpeza mía. Quedó abandonado en medio de un parque donde yo había estado tirada en el pasto, mirando las

nubes, tal vez pensando un cuento. Cuando volví corriendo a buscarlo, apenas unos minutos después, el teléfono ya no estaba. Hay cosas que ocurren en instantes. Otras no. Ese mismo día supe del regreso de una hija que casi se queda a vivir muy lejos de mí. Así que fue pura ganancia.

Perdí un arito que me había regalado una amiga muy querida. Fue cuando otra amiga muy querida me regaló otros aritos. Al probármelos, se me habrá caído o habrá quedado en la mesa de aquel bar donde las tres tomábamos café. Como si hubiera que elegir una amiga o la otra.

Perdí mi tijera de podar (¿una conjura de mis plantas que crecen salvajemente?), tres cucharitas de plata que habrán ido diligentes a la basura. Y ahora no me quedan más que nueve.

Cuanto más cercanas al cuerpo, más queridas parecen ser nuestras cosas. Queremos el roce de nuestra ropa, de nuestras sábanas, nuestros muebles, nuestras paredes. Apegos, nidos sucesivos, pieles que la piel reconoce.

Perdí un tomo de cuentos de Nabokov que siempre añoro. Lo perdí cuando volví de España, y justo cuando lo estaba descubriendo. Pero los libros no se pierden nunca, se quedan siempre con uno, por afuera del tiempo.

Perdí todas las cartas de mi adolescencia y una caja de fotos de infancia cuando se incendió el garaje de mi casa. No fue pérdida. Fue un alivio no tener que cargar con ellas, que releer, que volver a mirar esas fotos de desconocidos, que despertar esas nostalgias brumosas, como estar revolviendo huesos muertos.

Paraguas perdidos hubo montones, y guantes y bufandas y llaves y horquillas y anteojos…menudencias a cambio de otras menudencias: la última entrada para un recital, un asiento libre en un colectivo, un buen peluquero. Pequeños gestos del destino para hacer más amable la

rutina.

En sueños pierdo a mansalva: pierdo valijas y documentos, pierdo aviones y trenes. Pierdo el rumbo en ciudades desconocidas. Muchas veces pierdo bebés que debo alimentar, pero que no sé dónde me los he olvidado. Una vez abandoné a uno y lo dejé en una bolsita de papel en el cordón de la vereda.

Claro que también sucede lo inverso. Vistas las cosas desde el otro extremo, se puede pensar que es mucho lo ganado. Y entonces las pérdidas sobrevienen después. En suma, solo se trata de la otra cara de una misma moneda. El orden de los factores no altera el producto. Pero alguien dijo que la desgracia es más sincera que la buena suerte, te muestra nuestra fragilidad sustancial.

Ahora sigo perdiendo cosas. Cosas menos tangibles: el placer del sexo, el buen humor, la curiosidad por los otros, los hijos que se van afuera, los amigos que enloquecen, se enferman o mueren.

Pierdo la memoria. El exacto sabor de las fechas, de los detalles y los contornos. Tal vez haya algo ladino en ello, algún tipo de ahorro de dolor. Debo conformarme con la borra de los recuerdos.

A estas alturas parecía que ya conocíamos todas las pérdidas posibles, o, al menos, imaginables. Ya habíamos perdido pañuelos, amores, autos viejos, órganos, convicciones, oportunidades, plata, la elasticidad, el sueño, el tiempo, el rumbo, los dientes, el pelo, la cintura o la bicicleta azul…

El campo de nuestras pertenencias es tan variado como volátil. Algunas certezas tenemos. Por ejemplo, que se debe entrar desnudo a una sala de operaciones, desnudo ir hacia el aniquilamiento.

Sin embargo, siempre se puede perder más.

Perdimos ahora la libertad de tocarnos, de susurrarnos, de acompañarnos, de andar a tu aire porque tu aire ya no es tuyo, está contaminado. Perdimos las ideas que traíamos del mundo, la medida de nuestras desgracias. Ya no se hace camino al andar, ni estelas en la

mar. Perdimos el sueño, la modorra, la confianza, la cueva. Ya no sabemos cómo llamar a esto que nos pasa. Hasta la palabra perder parece perdida. No te ilusiones siquiera con disponer de tu último aliento.

Buenas mascotas

Cuatro abuelos se desviven por la atención de sus dos nietos que viven afuera: Jim y July, dos mellizos de cinco años. Los chicos vienen de visita dos o tres veces por año y entonces se desata la competencia. La cosa empieza desde que llegan a Ezeiza. En cuanto los nietos salen de la aduana, los A empiezan a agitar en el aire chupetines gigantes y paquetes enmoñados de formas estrafalarias. Los chicos corren hacia ellos. La abuela B arde de rabia. Es que los abuelos A son ricos. Los B son más simples y caseros, pero muy cariñosos. En verano siempre pierden: la Pelopincho del balcón no tiene nada que hacer ante la superpileta del jardín de los A. En invierno los B ganan un poco de ventaja gracias al ingenio de la abuela B. Día por medio, les manda un cuento por WhatsApp. Se los inventa ella y, para ilustrarlos, se costea hasta el zoo y les saca fotos a las jirafas, a los elefantes y a los monos, según el caso. Algunas noches el abuelo (Braulio) la sorprende despierta en la cama, insomne. Sucede cuando los chicos piden cuentos con pulpos gigantes o con ligres o con delfines rosados. Pero la abuela B siempre se las arregla para salir del paso. Si no hay ligre, lo dibuja o hace un collage fotográfico con una técnica que le enseñaron en el centro de jubilados.

En cada nuevo viaje, se repite la misma contienda. En esta oportunidad los abuelos A van a regalarles a los chicos una guitarra eléctrica y un teclado. Los abuelos B se agarran la cabeza. La abuela B no se da por vencida y se le ocurre la idea salvadora: ¡mascotas! Va a la veterinaria y compra una tortuga mediana. Los chicos corren a la casa de los B y se abalanzan sobre la tortuga. Después de inspeccionarla por todos lados, se sientan a pensarle un nombre. La abuela B tiene por fin a su alcance a July, al menos por unos minutos. No se cansa de mirarla, le acaricia la frente, las mejillas, su piel tersa y fresca como una copa de leche. Pero la chica se impacienta, le aparta

la mano con un gesto desdeñoso. Tenés los dedos feos —le dice—, parecen patas de araña.

Los chicos deciden llamar a la tortuga Cienaños, la pasean con una cuerdita por toda la casa, le golpean el caparazón como si fuera un bombo, se lo pintan con sus témperas, le cortan las uñitas con un alicate y cuando se van a dormir la meten dentro de una zapatilla. A la mañana siguiente, ni rastros. La tortuga ha desaparecido. Los chicos se aburren. La abuela, para consolarlos, les enseña a dibujar sus manos y sus pies sobre una hoja de papel. Los chicos le piden que también ella dibuje sus pies. Cuando la abuela se descalza y los muestra, ellos se matan de risa. ¿Te animás a tocar eso?, dice Jim. Uy, qué asco, dice July. Se llaman dedos en escalera, o dedos martillo, se defiende la abuela. Suena el teléfono. La abuela, avergonzada, se apura a atender. Son, por supuesto, los A con una propuesta genial: llevarlos a los toboganes acuáticos.

Una tortuga no es suficiente, reflexiona la abuela B: pasemos al gato.

Los primeros días de gato son gloriosos para los B. El abuelo B camina más derecho y la abuela B vuelve a cantar boleros mientras hace las tareas de la casa.

Los chicos no se despegan de casa de los B ni del gatito al que obligan a participar de los juegos más insensatos. Pero a los pocos días el gatito se rebela.

Se metió debajo del aparador, protesta July.

Los chicos le tiran bolitas, pelotas de lana, traen una percha para tratar de arrastrarlo hacia afuera, hasta la abuela jadeando se tira al piso con un platito de leche y trata de atraerlo, pero el gato es irreductible.

Entonces llaman los A diciendo que compraron un juego completo de arquería.

Cuando por fin los chicos se vuelven a los Estados Unidos, el gatito sale de su escondite rengueando. Los abuelos B lo dejan en el Botánico. ¿Para qué quieren ellos un gato?

En los meses siguientes los abuelos se marchitan. La abuela B mira las fotos de los gemelos y les habla. ¿Por qué tienen que vivir tan lejos? ¿Por qué los necesita tanto? Y acaricia las fotos con sus manos viejas. Entretanto, no deja de pensar estrategias.

Un mes antes de la siguiente llegada, los B deciden volver a probar suerte con un gato y hasta con dos. Cuando ya están por cerrar trato con la dueña de dos gatos siameses, reciben la mala noticia: los A compraron un perrito salchicha.

De la tortuga al gato, del gato al perro, ¿qué deben hacer?, ¿comprar un poni?

Consigamos un perro más grande, propone el abuelo B: un ovejero alemán.

Pero no podemos comprar semejante perrazo, opina la abuela B.

Podemos alquilar uno, asegura el abuelo B. Uno adiestrado. Eso es mucho más divertido que un salchicha, los salchichas son malhumorados.

Así, cada uno provisto de su perro, los abuelos esperan la llegada de los nietos.

Del salchicha sabemos poco, pero Titán come un kilo de carne por día y ocupa un espacio desmedido en el pequeño departamento de los B. Sin embargo, vale la pena tropezar con él todo el día. Titán es un perro extraordinario: da la pata, se hace el muerto, se arrastra cuerpo a tierra y camina marcha atrás. Los B se regodean con una victoria que creen segura. Más todavía cuando, pocos días antes de la llegada de los chicos, la abuela A tiene un ACV. Nada mortal, pero requiere reposo y recuperación. Los abuelos B se miran sin animarse a confesar su alegría culpable: los A han quedado fuera del juego. Los chicos van directo a casa de los B y se fascinan con Titán. Le dan de comer, lo llevan a la plaza, le hacen repetir cien veces cada una de sus gracias. Hasta que al fin, un viernes, los padres deciden que los chicos visiten a los A. Los mismos B deciden acompañarlos. Tal como están las cosas, pueden permitirse un poco de piedad: los A deben necesitar a sus nietos tanto como ellos.

¿Y la abuela?, preguntan los chicos cuando llegan. (¿Y el salchicha? Seguramente lo han regalado porque ya nadie puede ocuparse de él).

Hablen bajito, se está recuperando, explica el abuelo. Entran al cuarto y llegan hasta el borde de la cama. ¡Hola, abuela!, saludan. La abuela abre la boca torcida y emite algunos sonidos inconexos. Tal vez estuviera diciendo hola, July; hola, Jim, pero solo se escucha un murmullo confuso, algún hipo cada tanto. Jim empieza a reírse:

—¿Abuela, por qué tenés la boca torcida?

—Y el ojo también —chilla July. Nuevo murmullo.

July empieza a dar saltitos y a palmear.

Chicos, interviene la abuela B, la abuela Alicia está muy cansada, denle un beso y mañana volvemos un ratito. Quiero quedarme acá, dice Jim con los ojos brillantes.

Yo también, dice July, sin dejar de mirar a su abuela A con los ojos llenos de regocijo. Y así empieza el nuevo juego.

La renuncia

Primero leé, había dicho Miguel, y había puesto debajo de mi nariz el escrito. Después lo firmás. Una firma al final, y otra en el margen de cada una de las hojas.

Nunca había estado en la escribanía de Miguel. Me distraje con el aspecto de las bibliotecas y los muebles. Estanterías colmadas de libros idénticos, ordenados con precisión milimétrica. Libracos, no libros.

Me removí incómoda en aquel sillón de respaldo obispal. Me sentía minúscula. Volví a repasar los muebles oscuros y las paredes llenas de títulos y de grabados antiguos. La ley tenía que impresionarnos, pensé, revestirse de todos los signos posibles de autoridad, majestad y varios de esos sustantivos altisonantes terminados en dad, con tal de que cumplamos, firmemos y paguemos rapidito.

Miguel se había apartado un momento con discreción y hablaba en voz baja con su secretaria. También él, traje con chaleco, bigote gris y calva lustrosa, se camuflaba de escribano. Sin embargo, en algún momento de su vida había escrito poesía y había sido un pianista bastante inspirado. Pero no tanto como para abandonar la seguridad del estudio heredado de su padre.

El lunes sin falta tenés que ir a la escribanía, me había dicho él. Miguel va a tener todo preparado. Todo preparado era esa hoja doble, tamaño oficio, espesa, con sellos y troqueles por todas partes (más firuletes amenazantes). “Todo preparado”, pero él no estaba allí para acompañarme. Me había mandado sola a la escribanía. Debía envenenarlo, de alguna manera, lo que estaba por perpetrar. Cobarde.

Yo enroscaba y desenroscaba rítmicamente el capuchón de mi lapicera. Ida y vuelta siguiendo el runrún de mis pensamientos.

Una cosa era esgrimir los argumentos razonables, comprensibles, que había puesto sobre la mesa la tarde del sábado en que me lo pidió. Y otra cosa era esto.

—Ella tiene solo tres años —me había dicho—, ¿entendés?

Claro que entendía y así se lo hice saber con cabezadas llenas de comprensión. ¿Cómo iba a perjudicar a una nenita de tres años?

—Vos sos grande, tenés tu vida hecha, un marido rico…

—Claro, papá, es lógico.

—Y yo estoy en una edad en que…

—No exageres —lo interrumpí.

—Sabés que tengo hipertensión, ¿no?

Yo ignoraba por entonces qué era la hipertensión. No sonaba mal, parecía algo vinculado al estrés, algo enérgico o intenso.

—Y además Magda —dijo y suspiró tratando de encontrar alguna manera de decirlo—. Magda no se lleva muy bien con la vida práctica.

No, ella era una arañita poética, pensé. O sea una idiota encantadora, siempre lo había sido. ¿Qué puede hacer una arañita en el mundo más que cosquillas?

—Sos inteligente. Más de lo que creés. ¿Te acordás cuando te enseñé a nadar?

Hice que sí con la cabeza.

—No solo aprendiste a nadar, ¿no?

Nítido me llegó el recuerdo, el instante en que sentí que el agua estaba abajo y yo arriba sin peso y sin miedo, y lo mismo cuando andando en bicicleta supe que él ya no me estaba llevando desde atrás y que iba sola pedaleando contra el viento.

—Se puede más de lo que uno cree —dijo—. Y a veces menos.

—Sí, pero no —dije.

—Se quedó mirándome y yo, para no recordar más, me tomé con aplicación toda la cerveza que quedaba en mi vaso.

—¿Querés comer algo?

—No, pero me tomaría otra cerveza.

—Te va a dar dolor de cabeza.

—Bueno, una Seven Up, entonces.

—Mejor, mejor —dijo.

Chasqueó los dedos para que viniera el mozo y agregó con la mirada perdida a lo lejos, como si ya estuviera viajando:

—Yo ya no voy a volver al país.

El mozo se acercó y él le hizo su pedido. Después suspiró y volvió a

mirarme:

—En algún momento pensé que sí, que tal vez, pero me doy cuenta de que es un deseo, la nostalgia interminable, el elefante que quiere volver a su tierra para morir.

—En ese viaje a su tierra —dije— es la elefante hembra la que lleva al rebaño, ¿sabías?

—Sí, lo debo haber leído alguna vez. Son animales notables. En fin, siempre puede suceder algo inesperado, pero no lo creo. Hace más de veinte años que me fui.

—Yo tenía trece, me acuerdo perfectamente.

—Siempre lamenté que no te decidieras a seguirnos. Que te hubieras quedado con Mecha.

Meneó la cabeza con un gesto grandilocuente, como si pudiera abarcar así toda la locura y la inestabilidad de mi madre. Para elegir mujeres no había sido brillante él, no.

—Pero armaste bien tu vida y podemos vernos en cada viaje. Por lo menos una vez por año.

—Cierto.

—Ahora, entonces, tengo que resolver esto. No voy a estar tranquilo hasta que lo haga. Lo de allá queda dentro de mi vida de allá. Y lo de acá, acá.

—Allá y acá, repetí. (Y yo en el medio, oh Salomón).

—Un criterio geográfico si querés, pero que resuelve las cosas de una forma razonable.

Acá significaba su vida joven, inexperta y errada; allá, su madurez bien cumplida.

—La Argentina siempre me entristece. Pero lo que más me importa del país sos vos —dijo.

Yo era la excepción, yo no lo había defraudado y tampoco lo iba a hacer ahora, por más que lo de acá fuera un departamento de un ambiente y lo de allá fuera un piso en París.

—Y no se trata de dinero —agregó como si se adelantara a algún pensamiento turbio de mi parte—. Lo de allá ni siquiera es del todo mío. Todavía no. Pero si me pasa algo, la hipoteca se cancela y la casa les queda limpia de deudas. La muerte puede ser un buen negocio, ¿te das cuenta?

Sí, me daba cuenta. Un buen negocio para ellas.

—No es muy grande, pero estamos cómodos. Pusimos un diván cama en el escritorio para cuando vengas. El problema es convencerla a Magda de no seguir agregando muebles, ni adornos, ni…

—Ni tejidos, ni alfombritas —agregué.

Y, por primera vez desde que estábamos hablando, nos reímos. Nos reímos más de la cuenta. Seguramente, ya no era por Magda.

—¿Tu casa cuántos metros tiene?

—Unos ciento veinte, sin contar el jardín.

—¿Te das cuenta? El espacio es uno de los lujos del subdesarrollo.

Sí, yo también subdesarrollada, pensando y sintiendo con mi cerebro reptiliano. Mientras que él, él estaba haciendo las cosas con lógica, tenía razón. Había que proteger a los más débiles.

Así que ahí estaba yo, hundida en el sillón obispal, enroscando y desenroscando mi lapicera. Miguel me lanzaba cada tanto alguna mirada, como pensando por qué tardaba tanto.

—Si tenés alguna duda —me dijo desde lejos—, preguntame, hay mucho blablá jurídico.

Volví la mirada al blablá.

Yo, es decir mi nombre y apellido, mi documento de identidad y mi dirección, se presentaba ante él y decía que, por este acto, siendo legítima heredera, y no siendo de mi conveniencia, por razones de índole moral, por mi propio derecho, por voluntad solemne y expresa, sobre los derechos que, los bienes por él habidos, por decreto que rige número, en el extranjero, la abajo firmante venía a renunciar, de mi finado padre, para que sean cedidos a …

Ella, la firmante, renunciaba a todo lo de allá. Pero ¿yo renunciaba? ¿Yo, la dicente, la sedente en dicho sillón obispal, la casahabiente de ciento veinte metros con jardín, la comprendiente de los conflictos morales del padre, la hija viviente a catorce mil kilómetros de distancia, la visitante anual al sitio en que él fijare residencia, la mujer madurante, renunciaba? ¿Y qué con los deliciosos juegos bruscos, las manzanas peladas y los merengues de la San Agustín, las tardes de cine, los días de laguna y mar en el verano, el vestido rosa de fiesta y la bicicleta azul, la mano en la nuca para cruzar la avenida o para aclararme una idea? No renuncio a nada. Quiero todo. Minga con la

renuncia.

Miguel abandonó su charla con la secretaria y se acerco nuevamente hacia donde estaba.

¿Todo bien?

Sí, todo bien, dije. Entonces la abajo firmante firmó de un solo trazo. Y yo pude escuchar hermoso y casi imperceptible el sonido de un papel que se desgarra.

Como la primera vez

Parada en una esquina, dejo pasar varios taxis libres. Siento, cada vez, el tironcito del azar. ¿Dónde me iré a meter? Hay esos taxis con olor a humedad (en el mejor de los casos) y otros impolutos, con el plumerito de colores en la luneta, listo para combatir cada mota de polvo. Aunque eso no es garantía de nada. Están los taxistas felizmente callados (tal vez felizmente casados) y los habladores. Entre los habladores es donde se encuentran los mayores peligros. Una enorme variedad de taxistas que son, fueron o van a ser —cuando pase la actual crisis— otra cosa: cantantes de tango, futbolistas, gastronómicos o millonarios. Cualquier porteño lo sabe. También hay correspondencias misteriosas entre taxistas y pasajeros. Ante la intimidad —también pasajera— que propone el taxi, algunos se repliegan con horror (como yo), otros encuentran la oportunidad de quejarse, explayarse, dar cátedra o extraer una lección de moral. Confesores y penitentes de diversas religiones. A veces la conversación funciona como una especie de I Ching, el azar de los encuentros provoca una suerte de revelación, o de inminencia de revelación, como diría un grande de nuestras letras. Bueno, me decido y paro a un Renault (o tal vez un Chevrolet) que parece recién lavado y lustrado.

Subo apurada, doblegando esa culpa económica que siento cada vez que tomo un taxi, cuando me rebelo contra los colectivos repletos, o contra la inconstancia de sus frecuencias, quince minutos de espera y justo cuando uno se sube a un taxi, ve llegar a través de la ventanilla un cortejo: tres colectivos uno tras otro que si uno hubiera esperado un instante más...

Pero me voy por las ramas.

Me instalo en el taxi, entonces y, como cada vez que se abre un blanco en mi tiempo en estos últimos días, aparece Tato y el vértigo de su propuesta de mudanza. Pienso en nuestro amor y el extraño

animalito (¿o bicho?) en que se ha ido transformando. Animalito que uno sigue alimentando: le das agua, le das croquetas, lo tapás por las noches, pero ya no sabés muy bien de qué se trata aquello, qué son aquellos ojos saltones, esas orejas inesperadas, ese olor constante que ocupa el cuarto. ¿Y trasladar todo aquello al interior? ¿Enjaularlo? Para detener los símiles crueles que se me van ocurriendo, inspecciono la ficha del conductor. Es curiosa también esa forma de conocimiento. Uno solo ve la nuca del taxista. Esta no tiene ningún hilito de sangre que le manche la camisa, pero sí dos pliegues profundos y gordezuelos que dividen el cuello ancho de una primera franja de pelo hirsuto. (¡He comprendido hace poco el significado de hirsuto!). La cara se puede ver en la foto de la ficha y, cada tanto, en retazos de miradas a través del espejito retrovisor. Así vamos componiendo nuestro Frankestein. El mío se llama Gregorio Liberato.

A Roseti y Dorrego, le digo. ¿Qué camino quiere que tome?, me pregunta con gentileza. Levanto los hombros. Eso de tirarle a uno la responsabilidad de sus decisiones es una avivada. Solo uno es el artífice, etcétera. Le tiro la pelota afuera. Le digo que me da igual, que elija él, para qué se llama Liberato si no, que se haga cargo. Yo tengo que seguir pensando en el animalito, en la posibilidad de abandonar a la mascota o de seguirla a donde vaya, moviendo la cola. Definiendo así, de una buena vez, quién es la mascota de quién. Claro que esto no se lo digo. All right, me contesta él en inglés. ¿Le molesta si pongo la radio bajita?, me pregunta a continuación. No, no, me apuro en contestarle. All right, vuelve a decirme. Dos veces en dos minutos, así que, sin poder evitarlo, le pregunto si habla inglés. Sé que acabo de pisar el palito, de abrir la caja de Pandora. Gira un poco la cabeza para mirarme encantado. Me sobresalto porque el auto pega un ligero barquinazo. Pero Gregorio contiene la euforia y vuelve a mostrarme la nuca gordezuela. ¡Que si hablo inglés!, resopla. Señora, viví cinco años en Miami. Le sigue un silencio fúnebre y después un sonido difícil de catalogar entre suspiro y gemido. Cinco años, repite, como si no se resignara a enterrarlos.

Es mucho tiempo cinco años, digo. Yo hace diez que estoy con Tato, dos veces cinco. Por mí, hubiera sido toda la vida, dice Gregorio. ¿Y yo, toda la vida con Tato? ¿En un campito perdido de la provincia?

Pienso si hay manera de evitar lo que vendrá. Qué tráfico, lanzo al azar, mire lo que es Córdoba. Y eso que ahora está el puente, dice él. Se abre un breve intermedio de comentario vial. Pero dura un suspiro, los años de Miami están allí agazapados, pugnando por saltar sobre mí.

¡Me iba tan bien!, dice. ¿Tenía un taxi?, pregunto con ingenuidad. Sacude la cabeza con una fuerza que me asusta. No, madam, security. ¿Seguridad? Me estremezco. Esa palabra suelta puede casarse con cualquier horror. Cualquier palabra suelta, en realidad. Cajas de seguridad, especifica Gregorio. Ah, digo aliviada. No sé nada de cajas de seguridad. Cajas de zapatos sí, caja de música, cajita con el primer diente de leche de la nena también. Pero de cajas fuertes no sé nada, salvo que hay una marca que lleva el nombre de, otra vez, el prócer de nuestras letras. ¿Y qué hacía usted con las cajas?, pregunto. Control de calidad, me contesta. Se me despierta la curiosidad. Olvido por un momento a Tato y pienso en cajas fuertes. Grandes riesgos, me explica. Hay usos familiares, comerciales y después grandes riesgos. Ajá, digo impresionada, imagino bandas armadas irrumpiendo en un banco, incendios, terremotos... Son las cajas de máximo nivel de seguridad. ¿Combinaciones muy difíciles?, pregunto, recordando más escenas del Far West, de James Bond, de explosivos que revientan cajas... ¿Usted es de los que saben descifrar las combinaciones? La nuca se mueve complacida. Eso pasó a la historia. Había que tener un oído muy fino, dice. Como un médico, pienso, un oído capaz de interpretar los mínimos soplidos, quejidos o latidos del corazón de una cerradura. Mi archivo de cine sigue trabajando, ahora aparece Lino Ventura (¿o era Totó?). ¿Cuántos engranajes, tuercas, rueditas, resortes tiene dentro una de esas cerraduras? ¿Tantos como los delicados engranajes del amor? Básicamente son juegos de discos, de pistones y de aberturas que hay que alinear, está diciendo Gregorio. Claro, claro, digo y pienso en aberturas, en posturas y fluidos que hay que hacer coincidir, contorsiones del amor. Pero eso de abrir de oído una caja fuerte ya es folklore, me previene él. Ahora los mecanismos son más sofisticados. Imagínese lo que avanzó la electromecánica y la electrónica. Y no son solo los mecanismos. Está la dureza de los materiales. Y el tamaño, digo, y pienso en la puerta monumental que vi en *La casa de papel*. Sin

embargo, no habría que dejarse impresionar. Solo se trata de más tamaño, más peso, más juegos de cerrojos, pero, en el fondo, la misma cosa. La misma codicia. Cajas fuertes con una lógica brutal como las armas del medioevo: un magual con su pelota pinchuda, una maza, una catapulta.

Las grandes, está diciendo Gregorio, soportan ataques con soplete oxhídrico, son blindadas, ignífugas. Ignífugas, exclamé, qué hermosa palabra.

La cabezota gira hacia mí, pero no llego a ver más que un cuarto de perfil.

Quiere decir que soportan altísimas temperaturas, señora, me explica un pelín indignado. Después saca un pañuelo de su bolsillo y se lo pasa por la frente, por las mejillas, humores con que habla el cuerpo, ¿traspiración o más bien lágrimas? Porque no parece el recuerdo de lo ignífugo lo que lo conmueve, sino más bien el de toda su historia.

Yo empecé aquí en Buenos Aires, dice, trabajando para una firma americana, Stappler Sec. Inc. Eran los mejores. Cuando vino la crisis del... —vacila un instante pero enseguida retoma—, uh, da igual cualquier crisis, ¿no?, siempre tenemos alguna, la empresa decidió mudarse a Miami. Y me llevaron con ellos. Mi señora se resistió al principio, pero imagínese qué oportunidad. Así que levantamos nuestra casita de Morón y nos fuimos. Hace un gesto con la mano como de avión que despega. El embotellamiento de Córdoba, en cambio, persiste obstinado.

Miami es maravilloso, dice. Y sí, Miami debe ser mejor que un campito en Bragado.

Pero Bragado, insiste Tato, es el corazón de la pampa fértil, y él es ingeniero agrónomo, mejor que no me olvide.

Qué playas, qué vida hermosa, qué casa teníamos, oh Gosh. Era otra vida. Otra vida. La palabra vida se queda retumbando en la cabina.

¿Y sabe lo que ganaba? Bue, imagínese, en dólares. Pensar que aquí se matan por un dólar. En cambio allí. Precios estables, bonus anual, coche último modelo siempre.

Abre la guantera y rebusca entre unos papeles hasta que encuentra lo que quiere: una foto que me extiende. Ese soy yo con el Corvette

azul, qué me cuenta. Me quedo mirando unos instantes la foto que está bastante sobada. Se ve un joven de cara redonda y mirada exultante. Tiene la mano sobre el techo del auto y el mentón levantado en gesto orgulloso como un cazador que acaba de cobrar su presa. A cuántos pasajeros se la habrá mostrado ya, la foto testigo de una felicidad perdida. Y mi señora, dice, no se privó de ningún electrodoméstico. Hasta máquina de hacer el pan y de preparar sopa teníamos. Toallas así de gordas y levantó una mano del volante para mostrarme el espesor con los dedos. Y las sábanas, nunca sentí sábanas más sedosas. Pero sobre todo, un trabajo que me gustaba. Tenía diez personas a mi cargo. Yo, agrega con un dejo de incredulidad. Pan y sopa —pienso—, sábana y mantel deberían ser bastante para ser felices. Lo demás se resuelve con internet. Ay, Tato.

Yo me despertaba cada mañana, salía al jardín y daba saltos de felicidad, ¿me cree? El destino me había tocado con su varita mágica. Imagínese lo que era nuestro país en aquel momento. Y lo que siguió siendo. El "¿y?" se imponía. Se dio vuelta y me mostró al fin su cara completa: una cara un poco abotargada y perpleja, dos cejas que le armaron como un techo sobre los ojos descoloridos, nostálgicos.

¿Y?, repitió. Y mi señora extrañaba. La casita de Morón, que, con perdón, era una casita de morondanga. ¿Casita de morondanga en pueblito de morondanga? ¿Polvaredas? ¿Gallos estridentes a la madrugada? Ah sí, pero también cielos infinitos y grillos nocturnos, y pan casero y vida serena y Tato, solo Tato.

Pero algo tendría la casita, dije vacilante. Sí, tenía un patio con sus macetas. Y a la hermana de ella que vivía en la esquina. ¿En Miami no tenían un patio? Teníamos playas doradas, mar esmeralda, autopistas, mansiones. Y jardín claro que teníamos. En Miami, ahí donde usted tiraba una semillita se le hacía una selva. Pero ella extrañaba sus malvones. Malvones, una flor tan estúpida que ni perfume tiene. Extrañaba al gato, ella. Extrañaba a Tito, el de la verdulería. Extrañaba los mates con su hermana. Todos los días era un llanto.

Claro, dije, así somos las mujeres, nos apegamos a las macetas, a las mascotas. Solo que las macetas hacen menos daño.

¿Daño? Ah sí, los gatos son muy dañinos. ¿Usted tiene gato?

Hmmm, tengo a Tato, dije. O él me tenía a mi.

Estuvimos así, cinco años a los tirones. Al final, ella ganó y nos volvimos. La cabeza pareció hundirse en los hombros de Liberato.

Hubo unos instantes de silencio oscuro.

Pregúnteme cómo me fue aquí, propuso al fin, con voz dolida.

Ah, no. Ni pensaba preguntarle. Pero él hizo caso omiso de mi rebeldía y levantó una mano del volante mostrando los cinco dedos que después fue bajando, uno a uno, a medida que enumeraba sus desgracias.

Yo no conseguía trabajo, solo changas.

La casita de Morón, que estaba a cargo de la hermana, tenía una deuda de cinco años de impuestos. Nos habían metido un juicio.

El famoso gato se murió.

Mi suegra estaba internada y se había quedado sin obra social.

Los ahorros me los llevó el corralito.

Bajó la mano, con los cinco dedos de las desgracias encogidos.

Eso, para mencionarle solo algunos de los desastres. Que si no...

Eso sí, los malvones sobrevivieron.

Si ahora le hubiera aparecido algún hilito de sangre en la nuca, no me hubiera extrañado.

Me removí en el asiento, no veía la hora de llegar. Cuánta desgracia ajena es capaz uno de tolerar. Sentí una oleada de bronca contra Gregorio. Y después contra ella. Él podría haber resistido, ¿no? ¿Cómo se dejaba arruinar la vida por una idiota?

¿Doce horas encadenado al volante por un malvón? ¿Atravesar pánico económico tras pánico por un gato? Y ella podría haberse adaptado, resignar su patio, buscarse una amiga para tomar mate, comprarse un canario, aprender inglés, ¿no? Hay tantas cosas. Pero no, le tiró al pobre tipo las cajas fuertes por la cabeza. Ah, sí, ¿y yo qué iba a hacer? Más y más preguntas. Me voy hundiendo en el pozo que cava la falta de respuestas. Hasta que al fin me rescata la voz de Gregorio. ¿La dejo en esta esquina señora?

Ahora que le pago, se da vuelta por completo y mirándome a los ojos con su cara cansada, me dice ¿sabe qué pasa? Yo la amo a mi señora. Cada noche, cuando ella se desviste, a mi me agarra un temblor aquí —y se señala el corazón—, como la primera vez.

Animales perdidos

Desde que él se fue, sale todas las mañanas con sus dos perras: Pila y Capi. Ahora, con la pandemia, cada día hay menos gente en la calle y más silencio. Ella va atenta a los carteles donde todavía respira la voz humana. Hoy, el primer mensaje que encuentra —pegado en un árbol y escrito en tipografía gigante— la arranca de la inercia.

Vecino no sea tan roñoso
menos en plena pandemia
levante la materia fecal
de SU MASCOTA o la
encontrará estampada en
la puerta de su casa

Ahh, se eriza. Qué productivo es el odio, cuánto caudal de revancha dormida despierta. Lo relee. El vecino es considerado roñoso desde la primera línea. Mucho más amable es el tratamiento de la caca a la que el autor llama "materia fecal", elevándola así a cierta dignidad. Una "materia" a la par de otras: materia gris, materia oscura, materia de estudio, etcétera. Pero enseguida vuelve a saltar sobre el apacible vecino con la amenaza de estamparla, o sea arrojarla con furia en la puerta de su casa. Se pasa de materia fecal a material bélico. Pero ¿cómo saben él o ella cuál es la puerta de la casa del vecino infractor? ¿Espionaje? ¿Sospechas? ¿Delaciones? (El mensaje tiene una voz aguda, ella supone que lo ha escrito una mujer. La cruzada contra la roña suena más a ama de casa corroída por años de limpieza que a otra cosa).

Qué fácil detonar la ira, piensa, cómo se crece, se enrosca y se perfecciona en sí misma. "Más roñosa será usted", empezaría una respuesta posible, "usar un árbol inocente, el de la puerta de su casa

que, si conociera su calaña, no le daría ni una hojita, ni una pincelada de sombra para sostener su inmundo mensaje. Me dan arcadas de solo leerlo, podría estampar en la puerta de su casa un vómito bien espeso. Más roñoso y pandémico que la más pútrida caca de cualquier can". ¿Algo así? Sigue rumiando respuestas tortuosas, plagadas de adjetivos asquerosos e insultantes que hace tiempo que no recordaba. Pero en la cuadra siguiente le sale al encuentro, como bálsamo, el vecino gentil, de pocas palabras: *Señor, por favor recoja la caca de su perro. Hay bolsitas en el árbol.* Y, en efecto, el autor se ha tomado el trabajo de inventar un recipiente atado al árbol que contiene bolsitas de supermercado. Dan ganas de barrerle la vereda, de regarle las plantas del cantero, de lustrarle la chapa de la numeración.

¿Ven?, les dice a Pila y a Capi, acá pueden hacer pis y caca sin ningún problema. Pila la mira con sus ojos egipcios, se agacha y deja en el árbol una breve meada, solo para darle el gusto, para darle a entender que no está sola y que sigue sus razonamientos. Capi desdeña el árbol y corre adelante sola, siempre más independiente.

Ella sigue recorriendo el barrio, atenta a los carteles.

Uno ingenioso: *Señor perro eduque a su amo: ¡aquí no!*

Otro, porteño, zumbón: *Tu perro, tu caca. No te hagás el boludo*.

El evangélico: *Pagamos justos por pecadores. ¡Recogela como lo hago yo con los míos!*

Y hasta el universitario: *¿Sabías que…? Las personas que no levantan la caca de su perro son más tontas. Un estudio de la Universidad de Quebec (UQAM) demostró que las personas que no levantan la caca de sus perros tienen efectivamente un coeficiente intelectual más bajo. Entonces no seas tonto, levantala.*

Hay más carteles, cada dos o tres cuadras. Además de los dedicados a la caca del perro hay muchos que buscan a sus gatos y perros perdidos. Todos la entristecen.

PERDIDO
Parque Chas-Villa Urquiza
Gris, ojos verdes, 4 años, macho, castrado,
flaco y súper mimoso
Bruce 15 59 497254

Se queda mirando a Bruce, trata de memorizar su imagen, su mancha negra entre las orejas. Puede que lo encuentre en sus caminatas.

SE PERDIO MANCHI
En Parque Chas
Tiene puesto collar de River
Manchita blanca en el pecho (señalada con
flecha naranja)
Si lo viste comunicate. Lo extrañamos mucho.

Se va pensando rimas:
Se perdió Manchita
por las calles de Parque Chas
¿qué habrá ido a buscar Manchita?
¿Una mancha de otro color?
¿Una gatita con aquel olor?
Unas cuadras más adelante, ni perro ni gato, el reclamo es vegetal:
No sea ortiva, no me robe hojas del áloe vera, toque timbre que yo le regalo.

Se detiene dudosa. No sabe si enojarse por lo de ortiva o ponerse contenta por la oferta de regalo. Surge otra vez la misma pregunta. El áloe que rodea el árbol de la vereda —y que seguramente plantó algún dueño de casa— ¿le pertenece?, ¿es lícito comer una mandarina del árbol de la calle Ballivián?, ¿y la palta caída del jardín de la esquina de Bucarest? Meandros del derecho de propiedad difíciles de definir. Ella tuvo tiempo atrás una discusión con un vecino: el árbol no es "su" árbol, sostenía ella. El árbol es de la vereda, por tanto de los que se pasean y, diría que por derecho natural, de los pájaros que le cantan, los gatos que lo trepan y los perros que lo mean. Con qué pasión defendía él su árbol, una adyacencia de su "Propiedad Privada" y su "Cuidado con el perro" y su "Cámaras vigilan".

En todo caso, los carteles se dirigen a ella y ella puede responderles como le parezca mejor. Eso va pensando cuando, en una esquina, encuentra un cartel de Dalí.

Dalí es un gato blanco, de ojos azules, hermoso y altanero como un príncipe oriental. Lo conoce desde hace más de un mes.

Dalí se escapó de casa el 15/6 a la madrugada,
entre la Av Los Incas, Bucarest, Turín y
Burela-Parque Chas.
Macho de dos años.
Por favor si lo ves comunicate al...

Es admirable la persistencia de Dalí. Llueve, sale el sol, vuelve a llover y los carteles se mojan, se borronean pero siempre reaparecen mejorados: en color, en primer plano, enfundados en plástico. Rebrotan como una primavera. Entonces, al llegar a una esquina, se topa con una mujer. Una mujer que despega un cartel de Dalí de un árbol. Ella se detiene. La mujer gira y la ve. Debe ser de los últimos que despego, dice, con los ojos llorosos. ¿Lo encontraron?, pregunta ella con cautela. (La gente con la pandemia está cada vez más esquiva). Pero ella necesita contar y le cuenta. Lo encontré, dice. Pero ahora ya no es Dalí. ¿Se habrá peleado con otros gatos, estará sucio, tal vez tuerto? Pobrecito. ¿Se lastimó?, pregunta. No, está hermoso como siempre, responde la mujer, solo que él eligió otra cosa. Lo encontré en una casa abandonada. ¿Casa abandonada? Pasa rápida revista a las casas del barrio. Debe ser la de Pampa, un caserón junto a la parada del 108. La casa de Pampa, confirma la otra. Está llena de gatos. Y hay vecinas que les dejan comida y agua. Ahí me lo encontré una mañana tomando sol, dice mientras enrolla y desenrolla el cartel inútil como si estrujara un pañuelo. Imagínese mi alegría. Dalí, lo llamé, Dalí… El se levantó y me miró erizado, como si yo fuera el enemigo. Sacude la cabeza incrédula, mueve las manos como perdidas en el aire. No es que no me reconociera, no. Cuando vio que yo no avanzaba, se tranquilizó y me mandó una mirada desafiante. Después parpadeó varias veces, giró hacia la casa y volteó a mirarme. Su mensaje me resultó tan claro que tuve que aceptar. ¿El mensaje?, dice ella, tratando de mantener un tono neutral. Ahora no soy más Dalí, dice la mujer que le dijo. Yo, ahora, gato. No Dalí. Gato. Y de un salto se trepó a una de las cornisas de la casa, donde lo esperaba otro gato.

Me miró entonces con lo que me pareció que era agradecimiento, una despedida. Y nos separamos. Yo tan triste como me ve ahora. Y quiero creer que él también, algo en su mirada había, una lucecita de nostalgia o de cariño. El también, un poco, me va a extrañar.

Deja a la dueña de Dalí con su pena y sigue caminando. Ve, cada tanto, las huellas de los carteles faltantes. Mira a Pina y a Capi, ellas nunca se irían, su amor es incondicional, han entregado hasta el último vestigio del lobo que alguna vez fueron. En Burela se detiene a mirar una casa, toda de piedra gris, con ventanas alargadas y estrechas. No tiene carácter, piensa. Podría ser una casa de familia, un laboratorio o una sucursal de la DGI. Se oye un gruñido —grrr, grrr— y una ventana se desliza sobre su riel. ¿Qué pasa, señora?, la encara la mujer que se asoma. Le clava dos ojos como alfileres, ávida de alguna peleíta. Nada, le dice ella, estoy mirando la arquitectura de la casa. Un poco carcelaria, ¿no? La mujer cierra de un ventanazo. Yo también tuve un marido arquitecto, dice ella, pero ya nadie la escucha. El ojo enorme de una moto amarrada con cadenas al árbol vecino la mira amenazante.

Llega a la plaza Alfredo Nobel y se sienta a descansar. Los juegos están cerrados y contra las rejas hay una cartelera con anuncios sobre la pandemia. Alguien ha escrito con marcador negro: *Te espero en la Torre del Infierno. Ugu.*

Las dos perras empiezan a jugar, se mordisquean y se gruñen, se revuelcan en el pasto. Vienen corriendo dos nenitas. Rulos, ojos azules, tendrán entre cinco y siete años y parecen hermanas. ¿Se pelean?, pregunta la más chiquita, señalando a los perros. No, juegan, dice ella. Esta es la madre, y la señala a Capi, y esta la hija, y la señala a Pila. Las dos se asombran. Parece al revés. Capi, la madre, es ágil y curiosa; Pila es más gorda, tiene lagañas, y camina lento oliendo todo a su paso. Y sí, les explica ella: ¿ven cómo las apariencias engañan? A ellas les importa poco la enseñanza y le miran fijo el dedo que tiene vendado. ¿Qué te pasó en el dedo?, preguntan. Me corté con un cuchillo, dice. Ah, mi mamá se cortó con un pelapapas y mi papá, agrega sin transición la más grande (como queriendo distraerla de la torpeza de la madre), es doctor en leyes. Y mamá también, agrega la chiquita, es doctor en leyes. Qué raro, dice ella, ¿no son abogados? No,

doctor en leyes. Igual se cortó el dedo con el pelapapas, piensa. Ahora las nenas la miran con desconfianza y se van corriendo. Como ninguna de las dos tenía tapabocas y le hablaron a los gritos y se rieron, tal vez la hayan contagiado. Si esa fuera la última escena de su vida, no estaría mal.

Esa noche sueña con sapos, escuerzos, ranas, están por todas partes en el cuarto, abre un cajón en la mesa de luz (es el de él, todavía aparece allí un atisbo de su olor), busca un tapabocas, pero hay más sapos. De distintos tamaños y apariencias. No entiende cómo viven fuera del agua. Hay uno muy feo que se supone que tiene que ser una mascota, ella tiene que jugar con él como si fuera un perro.

A la mañana siguiente sale con un marcador, hojas de papel y cinta de pegar para dejar sus propios carteles.

Señor vecino:

Él se fue hace más de un año. Lo entendí porque se enamoró de una mujer joven y hermosa. Pero después ella lo dejó. Y él fue decayendo. Ahora tiene una novia de mi edad, bastante mala y mandona, y parece que suele escaparse por ahí (él). Se llama Armando, y está casi pelado. Esta es la foto más reciente que tengo. Si lo encuentra, por favor, dígale que lo perdono y llame al 15 46 7234.

Mi perra y yo

Mi perra es un poco asustadiza.

Vamos por la calle y ella va detrás de mí. A veces algunos olores, algunas veredas, algunos pastitos verdes la envalentonan, pero si no, va siempre detrás de mí. Yo hago un ruido al caminar, el ligero soplido de las suelas contra la vereda. Ella no, sus pasos son afelpados, pero no hay nada de furtivo en eso. Andá un poco por tu cuenta, sé más independiente, le digo, algo irritada por su sumisión. Pero ella no me hace caso, solo se detiene y me mira con sus ojos de egipcia, después yo retomo la marcha y ella el seguimiento. Cuando me distraigo unos minutos, temo perderla, me doy vuelta y ahí está, a centímetros de mí, pisándome casi los talones: a veces un poco a la derecha, otras un poco a la izquierda. Si me doy vuelta varias veces seguidas, se establece una sensación extraña de continuidad, parece que ella formara parte de mi cuerpo. Pienso en dobles, en fantasmas, en otras vidas. Si miro hacia delante, no soy más que yo, pero si giro la cabeza dos veces y las dos veces la encuentro, entonces soy yo y ella. No es que yo sea un poco perro y ella un poco humana, somos una misma cosa. Yo la llevo como si fuera una cola blanca y ondulante, y ella me lleva a mí como si fuera su mascarón de proa. La unidad se altera cuando pasa cerca otro perro. Entonces mi cola se encrespa y ladra furiosamente. Yo debo ir atenta para evitar el cruce con los otros, sobre todo con perros grandes como los policías alemanes. Es mi función de mascarón de proa ir surcando las veredas y advirtiendo de los posibles peligros. No soy muy buena haciéndolo, porque me distraigo, ya lo dije, y no veo muy bien de lejos. Confundo una señora arrastrando su changuito con un pastor alemán, las zapatillas blancas de un muchacho con un caniche toy, el triciclo de un chico con un cachorro, algunas plantas en un cantero con perros que están echados o sentados mirando pasar a la gente. Veo perros todo el tiempo. Y a veces no los veo venir porque me

sorprenden en una esquina. Otro problema son los gatos. Debo evitar las ventanas con gato o los autos con gato debajo. A ella le producen un frenesí total, un instinto peleador y cazador inmanejable. Se desprende entonces de mi cuerpo, yo grito como si me la hubieran arrancado, pero ella ya salió corriendo para abalanzarse sobre su presa de manera muy imprudente: podría atropellarla un auto o una moto en la calle. Entonces yo quedaría mutilada. Y culpable por haberle sacado la correa.

Cuando llegamos a casa nos separamos, cada una recupera su individualidad. Pero yo me quedo extrañándola y se ve que ella también porque no deja de controlarme. Empiezo a trabajar en mi escritorio y ella se echa a mis pies. Se hace un poco alfombra: está claro que yo soy el ama y ella el perro. Me complace ese poder y también me humilla: yo humana, ella can. Pero hasta cierto punto. Porque ella de pronto mueve la cola y afloja los cables de la computadora, o algún enchufe, y entonces la computadora se apaga y ya no puedo seguir escribiendo.

A la noche volvemos a unirnos. Ella duerme bajo mi cama, es mi ancla. Medio dormida oigo una respiración acompasada, algún gruñido, un suspiro. Y ya no sé de quién es. Sonrío en sueños. Sé que ella está allí abajo, tendida en forma paralela a mí. Como dos capas geológicas de una misma vida.

Incendiar una fábrica

Estoy seguro de que ella me contagió. Yo apenas me moví de casa. Fui un día al chino a comprar dos latas de tomates y otra vez al veterinario para vacunarlo a Catón. Pero ella, que fue muchas veces al centro, me mira convencida de que fui yo quien trajo el virus a casa. Sin embargo, no es la amenaza del covid lo que nos corroe, es otra cosa. Eso de contagiarse uno al otro de algo que no es amor, contagiarse de nuestras pestes, de las partes más corruptas que escondemos, eso no estaba previsto todavía. Hasta hoy nuestro amor era nuevito, discurría sentimental, sin tropiezos. Por eso, aunque el médico no fue terminante, cuando ella insistió en que mejor era internarme, no me resistí. No podía tolerar eso que crecía entre los dos como un hongo. Ella puede quedarse en casa. Es asintomática y mucho más joven.

No me olvido de su mirada cuando me entregó a los robots. La recuerdo y me hiere cada vez, aunque no soy capaz todavía de descifrarla.

Ahora estoy aquí, sin los anteojos, rodeado de contornos difusos, con un ridículo camisolín, en un cuarto blanco hasta la náusea. Solo, con pensamientos estériles que rebotan una y otra vez contra las paredes de mi cerebro. Solo, por más que en la cama vecina, separado por unos dos metros, haya otro hombre. Una especie de bulto del que solo veo una cabeza, o más bien un artefacto hundido contra la almohada. Después están los robots o los astronautas. No sé cuántos son. No tienen cara, no tienen nombre, no tienen cuerpo. Hay solo uno que se diferencia de los otros por su altura: un robot gigante que camina siempre un poco encorvado como queriendo disimular. Hoy, que es el primer día, ya entraron tres veces. Los escucho apenas porque sus palabras chocan contra sus máscaras, se transforman en un murmullo apagado, un idioma como de delfines o de pulpos. Así que nos

arreglamos por señas. Me piden que me ponga el oxímetro, que tome unos comprimidos, que les pase la chata.

No me siento demasiado mal. Apenas un poco afiebrado y sé que el porcentaje de los que se agravan es muy bajo, así que me mantengo bastante tranquilo. Usted es un "adulto robusto", eso me dice siempre mi médico. Me hace gracia porque si algo no me sentí nunca es "robusto". Se puede ser, o no, muchas cosas sin tener conciencia de ello. Digo que estoy bastante tranquilo, pero cada tanto una oleada de pánico me atraviesa el cuerpo de arriba abajo, y me deja los huesos doloridos. También siento una curiosidad desapasionada. Una curiosidad de turista, como un viajero recién desembarcado en un planeta nuevo. Mi vecino, otro como yo, todavía está hibernando, hasta ahora no lo escuché decir ni mu.

Duermo de a ratos con sueños hospitalarios. Me despierto como si siguiera dentro del sueño. No podría decir si es de noche o de día, ni cuánto tiempo llevo aquí. Se van borrando las referencias del tiempo y el espacio, todo lo que sucede es extraño, esférico, pi por radio al cuadrado, y de alguna manera excitante. La propia conciencia desbocada, libre de las imposiciones de lo que llamamos realidad, empieza a ocupar cada vez más lugar. Ocupa todo mi cuerpo y se expande, toma todo este cuarto, desde el techo hasta el piso, incluyendo al hombre de al lado. Es extraordinario y miserable eso de ser yo. Por momentos me agobia, no me deja dormir, pero tampoco pensar con claridad. Y así estoy, sin voluntad, absorbido por el siseo constante del oxígeno, cuando oigo de pronto una agitación seguida de un carraspeo y después un murmullo que se vuelve grito ronco:

"¡Vos me incendiaste la fábrica!".

¿Soñé?, me despabilo y vuelvo a escuchar:

"Sí, vos, vos, hijo de puta, ¡me incendiaste la fábrica!".

El rugido proviene de un extremo de mi conciencia, es decir, de mi vecino, que se debe haber arrancado la máscara para acusarme. Tiene una pesadilla, pienso, y vuelvo a cerrar los ojos.

"Por qué, por qué", oigo después, "¿por qué la incendiaste, maldito traidor?".

Le sigue un gemido largo que culmina en un acceso de tos.

Pasa un rato y regresa la calma.

Tal vez volví a dormirme, pero me despierta violentamente, otra vez, un grito corto y ronco:

"¡Vos me incendiaste la fábrica!".

Yo no hice nada, le contesto, en otro intento de grito que me queda atrapado en la máscara y me llena la cara de humedad. Me la corro un poco y agrego en un susurro indignado: nunca tuve una fábrica. Por suerte entra robot G al cuarto, tal vez atraído por los gritos. Trato de explicarle que mi vecino tiene alguna pesadilla, pero él se limita a asentir con la cabeza, se acerca a la otra cama, observa los monitores y anota algo en una planilla. Intento llamarle la atención otra vez, hago mi oficio mudo, pero él sacude la cabeza, se va flotando en su equipo hacia el exterior como arrastrado por su propio pánico. Robots se limitan a hacer lo indispensable. Así que si mi vecino está loco, me lo voy a tener que aguantar.

"¡Vos me incendiaste la fábrica!", vuelvo a oír ahora en un soplido medio asmático.

Durante el resto de lo que llamo provisionalmente "noche", la acusación se repite varias veces, aunque cada vez más resignada.

Caigo en una especie de sopor acosado por imágenes de incendios —tal vez sea la fiebre que me está subiendo— y el recuerdo de Álvarez, mi ex socio y la historia de los cheques. Pero nada que ver con incendiar una fábrica. Lo mío fue algo menor. Seré robusto, pero no piromaníaco.

Hoy me sacaron del cuarto para hacerme una tomografía de tórax. Se agradece el paseo. Nunca hubiera pensado que me resultaría interesante un largo pasillo con paredes pintadas de verde agua, con puertas y cartelitos que leo con fruición, entrecerrando los ojos —hemoterapia, tomografía, laboratorio—, y con otros robots que pasan apurados llevando sillas de ruedas vacías o carritos médicos. Solo se oyen los susurros de sus túnicas rozándose apuradas. La tomografía, aunque brevísima, también supuso una aventura en mi rutina. Aunque no sé si debo llamar a esto rutina. En la rutina hay una ruta que se

recorre, aquí no hay ruta, solo un espacio siempre idéntico y elástico por donde transcurren mis horas.

El loco insiste con lo de la fábrica. Pero ahora noto que sus gritos se preanuncian: unos carraspeos, unos sonidos inarticulados y a veces algunas palabras previas tipo “a ver, a ver”, o “claro, claro, sí”, como los primeros temblores de un terremoto o el aura de un dolor insoportable, después se desencadenan casi materiales en el espacio, describen formas, te atacan.

Anoche me sorprendió, ya no era la fábrica. Era Hugo, al parecer su hijo.

Primero pregunta con cautela: “Hugo, Hugo, ¿estás ahí? ¡No te escondás! Está con vos mi hijo, ¿no?”. Después me acusa feroz: “Hugo está con vos, está con vos, claaaaro, ¡contestame, cobarde!”.

“¡Vos me lo sacaste!”, ruge varias veces en la noche.

Me está hartando el viejo, no me deja dormir. Trato de concentrarme en otra cosa, me canto un tango: uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños… la lalá lalaláá, pruebo con los cantitos de la tribuna, con los muchachos peronistas, pero me canso y casi enseguida me olvido de la letra, así que me quedo alerta, esperando el próximo grito para que no me sobresalte y me reactive el pánico.

Pido el celular y le escribo a Carla para que proteste, encima que me está costando respirar tengo que escuchar al loco. ¿Y mi hijo?, le pregunto a Carla, ¿te llamó? Al rato Carla me contesta con evasivas, se ve que Fernando no llamó.

¡Mi hijo tampoco me llama!, le grito esa noche al viejo, ¡los hijos se van, idiota!

Vuelve a entrar robot X y nos mira a uno y al otro, no sé lo que estará diciendo, si es que dice algo, tal vez solo nos mira con severidad. Después se lleva un dedo enguantado a la boca, pidiendo silencio.

Yo le hago gestos de que me falta el aire. Se va y al rato entra otro robot con él, debe ser el robot jefe por la manera de moverse y dar instrucciones. Deciden ponerme boca abajo.

Te pronaron, me dice Carla en un mensajito del celular. ¿Me qué?

Quiere decir que te ponen boca abajo para que respires mejor.

No dice mucho más. Antes me ponía te amo y ahora me pone te pronaron.

“Hugo, Hugo”, gime mi compañero toda la noche. Al menos parece que no me acusa.

Pero al rato vuelve a gritar, y ahora la acusación es doble:

“¡Yo sé que estás ahí, Hugo, no te escondas!”, “¡vos lo escondés a Hugo, vos, eh!”.

Tengo el cuello acalambrado, pero miro dentro de la cama hasta donde puedo. Claro que no está Hugo, a duras penas alcanzo a verme una mano y una rodilla.

Y Fernando, mi hijo, sigue sin llamar. ¿Acaso no me va a perdonar nunca? Si me viera ahora, tal vez.

Me deben haber sedado porque dormí muy profundamente hasta que empecé a oír los carraspeos y el “a ver, a ver”.

Después arranca en voz baja: “¡Los re cagaste!”. Toma impulso parece, y pasa al grito, o al intento de grito porque la voz sale jadeante, estrangulada: “A los dos los cagaste, ¡traidor!”.

Intento seguir durmiendo y me asaltan imágenes de pesadilla. Fernando, que me mira acusador; Amalia insultándome, tirándome la ropa por la cabeza.

“Los cagaste, traidor, los cagaste”, sigue gritando el viejo. No puedo más.

Yo no los cagué, hay cosas que simplemente pasan. Y eso fue hace mucho tiempo.

A la mañana siguiente, cuando abro los ojos veo a dos robots. Es notable cómo de a poco, pese a los trajes impenetrables, algo de ellos empieza a mostrarse. Robot J tiene gestos cortitos, nerviosos, que imponen un ritmo a las cosas; robot X es más laxo. Entre los dos me

levantan y me llevan hasta el baño. Me pasan una esponja por todo el cuerpo y me cambian el camisolín. Cuando vuelvo al cuarto, veo que el vecino no está, se lo deben haber llevado. Qué alivio, ojalá no vuelva, ojalá el virus lo reviente a él primero.

A mí me ponen otra vez boca arriba, parece que la oxigenación ha mejorado, pero tengo un dolor tremendo en el cuello que no logra volver a su posición normal y queda, a mi pesar, inclinado hacia la cama del loco.

Después entra un robot femenino, lo sé por la manera de caminar, hasta me parece sentir el rastro de un perfume, ¿me estará volviendo el olfato? ¿O es apenas un recuerdo de olfato, un olfato imaginario, un fantasma como el dolor de los mutilados en el miembro ausente? No importa. La miro evolucionar y siento una oleada sensual de agradecimiento. Algunas mujeres se las arreglan para hacerse notar en cualquier circunstancia. Como la novia de Fernando, una verdadera provocadora esa piba. Pero Fernando está ciego, por eso no puede ver los hechos, lo turrita que fue ella. Robot F trae un carrito con una máquina, se me acerca y me abre el camisolín con dedos de látex. Igual puedo adivinar la suavidad de sus dedos y se me pone la piel de gallina. Siempre tuve debilidad por las mujeres jóvenes. Son cosas que pasan, accidentes. ¿Qué tendrá debajo del mameluco?, ¿ropa de enfermera o estará en bolas? Ella desenrolla unos cables, me planta unas sopapitas en las tetillas y tengo una erección inmediata. ¿Se dará cuenta? Se concentra en la máquina y el papelito garabateado que va saliendo de allí. Mira los picos que suben y bajan y mueve su cabezota de muñeco de carnaval: lo vamos a repetir, me dice por señas. ¿Será la erección que alteró todo? ¿Se notará? Máquina ortiva, trato de controlar mi agitación. Pero la chica insiste con las sopapitas aquí y allá, pego un suspiro grande y ella asiente complacida. Debe ser señal de que tengo más aire como para darme el lujo de suspirar.

Paso unas horas bastante tranquilo. No sé cuántas. Me estiro para agarrar el celular. Y mientras tanteo sobre la mesita, zas, se abre la puerta y vuelta a instalarme al viejo en la cama de al lado. ¿O será otro? Este está muy tranquilo. Muy quieto. ¿Será buena o mala señal?

Como si lo hubiera invocado, empieza a farfullar. Es el mío, pero debe estar más débil porque no llega a gritar. Afino el oído y oigo algo así como “pre… te… te… gador… gador… gador”. Palabras terminadas en “gador”: jugador, ganador, matador.

Por fin, consigue articular: “Cagador, siempre fuiste un cagador”.

Cambiamos de repertorio, digo.

Ahora sí, se debe haber bajado la máscara porque oigo clarito: “¡Siempre fuiste un cagador!”.

Pero yo me estoy curando y vos no, le digo, vos te vas a cagar muriendo.

“Ya te van a cagar a vos también”, me lanza al rato.

Esa noche no me despierta, pero sueño con Martín. ¡Martín! Desde el secundario que no sé nada de él. Estamos jugando al rugby y yo corro tras él, que va con la pelota, me tiro encima y antes de estrellarnos contra el suelo me despierto. Es una escena muy lejana, algo que había olvidado totalmente. Tendríamos doce o trece años. Él se destrozó la rodilla y el árbitro me suspendió por un tiempo. Yo no tuve la culpa. Son cosas que pasan, accidentes.

Hoy, ¿hoy?, todas las palabras me dejan un poco perplejo, como si fueran extranjeras. Tal vez no deba decir hoy, “ahora” sería mejor, todo el tiempo es ahora, en fin, hoy-ahora me trajeron una bandeja con comida. Me parece que es la primera vez. Se ve que estoy mejor, al menos del covid, porque la cabeza la siento enorme, como la de los robots, y como si estuviera rellena de gelatina. Pero otra vez estoy boca arriba y cumpliendo algún rito normal como almorzar o cenar. Todo viene envuelto en papel film, un puré de zapallo y un caldo, seguro que todo muy insulso como es la comida de hospital, pero ahora que recupero algo de los olores y de los sabores comer me parece una experiencia casi psicodélica.

Esa noche el viejo vuelve con lo de la fábrica: “¡Vos me quemaste la fábrica!”.

Si tuviera fuerza, me levantaría de la cama y le chantaría un buen

sopapo.

Pero ensayo otra táctica, la disuasión: no, viejo, no te quemé la fábrica, solo cobré dos cheques por mi cuenta, por las dudas. Tu fábrica se hundió solita. Yo no tuve nada que ver. Capaz que vos también hiciste alguna manganeta, como Álvarez, que para mí nunca fue trigo limpio. Cosas que pasan entre socios. Accidentes de la vida.

Se queda en silencio como si calibrara mis argumentos.

“Pero vos me quemaste la fábrica”, repite con lo que le queda de voz.

Y vos me quemaste las pelotas, le grito, y el esfuerzo me deja medio ahogado.

A la noche me despierto traspirado y con la cara húmeda, como si hubiera llorado. Otra vez tuve pesadillas. Me quedan algunas imágenes sueltas. Fernandito lloraba y me señalaba algo, algo que era horrible, pero yo no lo veía. Me despierto a medias y veo que no era Fernandito el de los llantos, es el vecino que grita : “Qué me hiciste, qué me hiciste”.

Ya estaba por putearlo cuando se abre la puerta y entra robot J para hacerme un hisopado. Siento que me rascan hasta el cerebro, donde está la gelatina. Más tarde recibo un mensajito de Carla lleno de corazoncitos, aplausos y bailarinas flamencas. “El hisopado dio OK”, dice, “Mañana te dejan en observación y pasado mañana te externan. ¡Volvés a casa, amor!”.

Miro a mi derecha en un gesto automático y veo que mi vecino no está. ¿Cuándo se lo llevaron? Doble buena noticia. Ja, me hubiera gustado despedirme de él, de su fábrica incendiada y de su hijo Hugo, el que desaparece. Me atormentó todos estos días, pero me siento magnánimo: si yo zafé, él también podría.

Esa noche casi no duermo, me da un poco de miedo volver a casa, y Carla con tantos corazoncitos y tantos aplausos... no sé.

¿Qué habrá pasado con mi vecino? Muy temprano, entra robot F y otro que me parece nuevo, los dos me hacen grandes gestos con la cabeza, señas de pulgares para arriba, de aplausos. Después me quitan el camisolín y me ayudan a levantarme y a vestirme. Qué extraña se

siente la ropa normal sobre la piel. Qué absurdo todos los botoncitos que tiene una camisa. Y qué vergüenza el calzoncillo con un Mickey con el que salí de casa. Me devuelven los anteojos y de pronto las cosas y sus contornos me hieren con tanto filo. Entrecierro los ojos, mejor así. Me sacan del cuarto caminando hasta una silla de ruedas para llevarme a la salida. Entonces robot Nuevo se levanta un poco la máscara y me dice: lo felicito, usted se va de alta. Me ha mostrado por primera vez la cara y una sonrisa que me parecen tan inexpresiva como antes, cuando tenía la escafandra. Su mujer lo está esperando afuera, dice. Mi mujer. Carla. Ya no sé si es tan mía como antes. ¿Y mi vecino?, me animo a preguntar.

¿Qué vecino?, dice, yo soy nuevo. Tal vez esté en terapia intensiva, aventura, y pone una cara que quiere ser de preocupación, pero es otra escafandra.

Carla corre hacia la silla de ruedas y me abraza y me llena la cara de besos. Falta que toque unas castañuelas como los emoticones que me mandó. O serán ideas mías, no sé, porque estoy alterado, tengo que reconocerlo, este covid te ataca por todas partes.

En casa hay flores y un acolchado nuevo en la cama. Catón está recién bañado y me recibe a los saltos y los lengüetazos. Carla me cuenta que también ella tuvo miedo durante el aislamiento. Que aprovechó para ordenar y limpiar y para avanzar en varios artículos que estaba preparando. Que no tiene noticias de Fernando. El que habló en cambio casi todos los días es Álvarez. Más que preocupado, me dice Carla, parece impaciente. Tal vez Álvarez haya movido alguna nueva pieza del tablero, pienso, pero no tengo fuerzas para imaginar ninguna estrategia. Me siento agotado y extranjero en mi casa. Ya me dijeron que los primeros días son así, confusos. Tal vez por eso no me gusta el acolchado que compró Carla y a ella la noto demasiado maquillada, como si también se hubiera puesto una máscara. Esa noche me prepara una comida liviana y me trae una bandeja a la cama. Tardo mucho en tomar la sopa, el tránsito de la cuchara desde el plato hasta la boca se me hace eterno. Carla me mira. Tesoro, es mejor que descanses unos días, dijo el médico. “¿Tesoro?”. Antes no

me decía “tesoro”, me decía “cielo” y, a veces, “mi rey”. Cuantos más emoticones y más palabras tiernas me dice, más raro me siento. ¿Será que el amor también es un estado de confusión?

Me voy a dormir con un Valium, pero antes miro durante mucho tiempo la pared de la ventana. Juraría que ese sillón nunca estuvo allí. Y esta cama está más alta que antes.

Me despierta primero un gruñido de Catón, que duerme debajo de nuestra cama, después oigo, apagado, pero clarito un susurro furioso: “¡Vos me incendiaste la fábrica!”. Me levanto sobresaltado. Qué te pasa, se asusta Carla. Yo no incendié la fábrica, Carla, apenas fue esa historia de los cheques, pero la fábrica no. Y lo de Fernando... son cosas que pasan, accidentes. Me despejo de a poco, pero la gelatina sigue ahí. ¿Te sentís bien? Carla me mira preocupada. Me duele la cabeza, digo. Del covid estás totalmente recuperado, dice. No te habrás pegado otro virus en el hospital vos, ¿no?

Scrabble

—¿Jugamos? —preguntó Cora en cuanto entramos.

Isa ya me lo había advertido: la conversación con mamá se vuelve muy difícil, lo mejor con ella es jugar al scrabble. ¿Jugar al scrabble con una anciana medio senil? Laura nunca se hubiera imaginado semejante programa.

Pero allí estaba Cora consumida y ansiosa por jugar, antes siquiera de saludarla o de saber quién era ella. Bueno, tanto daba, pensó Laura, era un acto de piedad. Laborioso e inútil como haberse sentado a sostener una conversación llena de lagunas y de falsas sonrisas, algo que sabía hacer muy bien: dominaba los cambios de tema, los desvíos, las maniobras de distracción.

—Siempre jugaste bien —dijo Isa.

—Sí, en una época me dedicaba bastante.

Su abuela Delma le había enseñado de chica y solía encantarla con palabras como oxe, olán o cocorota. Y por si alguien no le creía, ahí estaba, como una biblia infalible, su viejo diccionario de la Real Academia.

Cora, estirando el cuello desde su sillón desvencijado, insistió: ¿Jugamos?

—Mamá, esta es Laura —dijo Isa—, la hija de Martín, tu hermano.

Cora se quedó calibrando la información mientras Laura se acercaba y le daba un beso sobre la mejilla impávida. Como besar una pared, pensó.

—Martín, tu hermano —repitió Isa.

—Ah, Morita.

—No, mamá, Morita era hija de la primera mujer de Martín. Laura es hija de la segunda.

—La segunda —repitió con una voz tan inerte como la mejilla fría donde Laura había dejado su beso.

—Hace años que vivo afuera —la encaró Laura— y nos vimos pocas veces, por eso no me recordás. (Ahora que lo decía se preguntaba por qué se había embarcado en esta visita, por qué esta vez no había seguido de largo como otras veces).

—Claro, claro. Entonces empecemos. Pedile a Cuida que traiga las fichas.

—Cuida es la enfermera —le dijo Isa por lo bajo.

El tablero ya estaba extendido sobre una mesita rodante que la cuidadora acercó al sillón. Después repartió los atriles y les ofreció la bolsita con fichas para que sacaran una cada una.

—¿Ella no juega? —preguntó Laura.

—¿Cuida?, no —afirmó Cora—. No le da —dijo, señalándose la cabeza con dedo tembloroso—. Cuida anota.

Después miró las fichas que cada una había sacado.

—Empiezo yo —dijo, y las mejillas muertas se le sonrosaron un poco.

Levantó una ficha en el aire como si tomara impulso y después la hizo aterrizar en el centro del tablero, lo mismo hizo con una segunda y una tercera. Escribió “Yaz”.

—Yaz de yacer —aclaró—. Cuida, contá.

—Treinta puntos —dijo la cuidadora y anotó.

—Ahora le toca a ella —exclamó Cora señalando a Laura. Después se quedó mirándola con fijeza.

Laura pensaba en el verbo yacer y en sus asociaciones. En la arbitrariedad del alzhéimer, que podía borrar a un hijo pero mantener intacta una conjugación.

—¿Quién es ella?

—Laura, mamá, la hija de Martín. Martín, tu hermano…

—Ah, sí, Martín, mi hermano mayor. Me hacía barquitos con papel glasé.

Se enderezó en el sillón:

—¿Así que sos la hija de Martín? Hizo una larga pausa. Laura se la podía imaginar corriendo por los pasillos oscuros de su memoria. Y, de golpe, la iluminación:

—¡Morita, tanto tiempo que no te veo, qué alegría! —y le dio unos golpecitos en la mano—. ¡Jugá, jugá! —la alentó.

—Laura, mamá —corrigió Isa—, ella es Laura.

—Sí —dijo Laura—, yo soy Laura. Morita era... —Entonces sintió el pisotón de Isa. Se quedó callada, dejando que el recuerdo de Morita la atravesara hasta perderse en esa zona barrosa de la conciencia donde iban a parar los desastres.

Tenía que escribir algo rápido. Puso "yoga" debajo de la "i" griega de "yaz". No era una muy buena jugada, pero al menos se deshacía de la g, una letra a la que no le tenía simpatía.

Cuando levantó los ojos del tablero, vio los de Cora acusadores.

—Me usaste la "y" —dijo.

Laura levantó los hombros a modo de disculpa.

Volvieron a concentrarse en el juego.

Isa usó la g de Laura y escribió "germinas".

—Scrabble —exclamó—, setenta puntos.

—Perra —dijo Cora.

Laura pensó que había escuchado mal. Pero no, Cora estaba rabiosa, con sus pocas fuerzas daba pataditas al suelo.

—¿Germinas? ¿A vos te parece, Morita?

—Mamá, ella se llama Laura.

—Callate vos, "germinas".

—Bueno —intervino Laura—, en sentido figurado está muy bien, alguien podría decirle a una planta: "Tú germinas en primavera".

—Podría. Alguien bastante raro, ¿no le parece?

—¿Un jardinero tal vez? —agregó Laura por decir algo, pero Cora no la escuchó y, olvidada de la breve pataleta, se dirigió a Isa.

—Decime, nena, esta mujer, la que le habla a las plantas, ¿quién es?

—Laura, mamá, la hija de tu hermano mayor, Martín.

—¿Martín? —Cora volvió a quedarse en suspenso.

También Laura se quedó pensando en Martín, en por qué lo había llamado siempre así. Como poniendo un límite a todo lo que se pudiera esperar de un padre.

—Martín —dijo de golpe Cora, que algo había pescado en el jardín reseco de su memoria—, Martín era bastante sonso.

—Pero era bueno —matizó a continuación.

—Basta, mamá, jugás vos ahora.

Cora volvió a concentrarse en el tablero y usando su "z" escribió

“zarcos”.

—Treinta y dos puntos —dijo Cuida.

Laura puso “boda” por apenas dieciocho puntos.

—¿Boda? —dijo Cora—, ¿no le germinó nada mejor?

—Yo también soy un poco sonsa —se defendió.

Pero Cora, cambiando de frente, le clavó un dedo en el brazo a la cuidadora.

—Llevame —le dijo.

La cuidadora la trasladó desde el sillón a la silla de ruedas y se la llevó.

Las dos primas se quedaron en silencio, pero se lanzaron miradas elocuentes.

—Está cada día peor —dijo Isa.

—¿Y qué es eso de “Cuida”?

—Es el único nombre que consiguió retener. Imaginate que ya pasaron por aquí una docena de Olgas, Martas, Yaninas, Wilmas…

—¿Y no sabe nada de Martín y de Morita?

—Lo supo en su momento, pero al poco tiempo se lo olvidó. Y cuando se lo recordábamos era un drama. Cada vez era como la primera vez. Entonces optamos por no insistir.

—El olvido es más piadoso —dijo Laura—. Cada uno arma su propio álbum, ¿no?

—Justo lo que decís. Ahí están juntando polvo todos los álbumes de la familia —dijo Isa y señaló un estante de la biblioteca—. Ella no quiere mirarlos. No le interesan, dice.

Las dos primas se quedaron en silencio porque la silla de ruedas ya regresaba y se iniciaba la maniobra del traslado al sillón.

—No me estarán haciendo trampa, ¿no? —dijo Cora y se inclinó sobre el tablero amorosamente, como una madre sobre la cuna de su bebé.

—Estas son las fichas de antes —dijo—, fichas de madera, no la porquería que hacen ahora. ¿No le parece? —le preguntó a Laura y se quedó mirándola con extrañeza—. Perdón, ¿yo a usted la conozco?

—Es Laura, mamá, vos sos su tía.

—¿Tía de esta mujer? —dijo señalándola como si ella fuera un ornitorrinco.

—Claro, Laura es hija de Martín.

—Martín, sí, me hacía barquitos de papel glasé. A veces barquitos y a veces la mano negra.

—¿La mano negra? —preguntó Isa.

—Él la recortaba y me la metía dentro de la cama.

—Entonces no era tan bueno —dijo Laura. Y no pudo dejar de pensar que la mano negra también se la había metido en su propia vida. ¿O acaso había otros responsables?

—Martín era bueno, pero también era malo —reconsideró Cora.

Estaba exaltada, como si temiera que le arrebataran el hilo del recuerdo que había conseguido atrapar.

—Y, sobre todo, era bruto. Siempre con los codos y las rodillas peladas.

—No te distraigas, mamá, y jugá —intervino Isa.

—Le toca a la señora —dijo Cora—. La señora que todavía no me presentaste, Isa.

—Soy Laura —dijo Laura—, pero le toca a Isa. Miró el reloj con impaciencia. Se odió por haberse metido sola en aquella trampa. Visitar a su única tía viva. ¿Y? ¿Con eso qué? Como si estar vivo fuera un mérito. Si era por eso, ella se colgaba una medalla.

—Rompía todo —agregó Cora con entusiasmo—. Era destrozón.

Qué novedad. Laura quiso suspirar y se atragantó. Empezó a toser y a congestionarse.

La enfermera le dio unos golpecitos en la espalda.

—Ya está, gracias, ya se me pasó.

—¿Quién era destrozón…? —preguntó Isa distraída mientras evaluaba sus fichas.

—Se me fue —dijo Cora—. Pero no me cambiés de tema y jugá, nena, no seas mamerta.

Isa dio vueltas con varias fichas en la mano y escribió “quemo”.

—No se vale —dijo Cora con un chillido—, aquí te queda “on”, y ¿qué es “on”?

—Aumentativo —dijo Isa.

—No vale, no vale, ¿cierto, Cuida?

—Bueno, no te sulfures que te sube la presión, dejo “que” y listo.

—Hm. ¿Cómo vamos, Cuida?

—Usted, ciento veinte; Isa, noventa y ocho, y Laura, sesenta.

—¿Quién?

—Laura. Mamá, la hija de Martín.

—La hija de Martín se llama Morita. Morita, ¡jugá!

Jugar, jugar. Lo que ella quería era patear el tablero y salir corriendo. Por primera vez encajaba exactamente con el sentido de la metáfora "patear el tablero". Aunque no quiso hacerlo, se dejó llevar por una risa descontrolada.

—¿Qué te pasa? —inquirió Isa.

—Si vieras las letras que tengo —dijo Laura. Y era cierto, tenía un conjunto de consonantes imposibles: pdrttzs. Así se sentía ella: pdrttzs, la más pdrttzs del mundo.

Pero se limitó a ponerle una "s" a "boda".

Cora se quedó mirándola otra vez. Abrió la boca como para decir algo, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo que más rompía era sus autitos —dijo.

Después escribió sobre el tablero "pasmosa".

Laura pensó en el aeropuerto, en el avión que abordaría al día siguiente, en lo lejos que se iría de allí, de los recuerdos, de la familia, de los errores.

—Scrabble, Cuida, anotame.

La partida prosiguió en silencio.

Cora hizo dos scrabbles más: "inútiles" y "secretos". Cada tanto volvía a mirar a Laura con curiosidad y le susurraba algo al oído a Isa. Ella le repetía: "Laura, mamá, Laura" y a los pocos minutos volvía con el "jugá, Morita, jugá!".

Cada vez la misma descarga dolorosa que Laura tenía que dejar pasar. A esa altura solo la retenía un reflejo solidario con Isa. Así que cambió fichas y siguió adelante escribiendo, como única rebeldía, las palabras más idiotas del mundo: peine, topo, caldo. Cada tanto, para soportar el agobio, se entretenía imaginando frases con las palabras del tablero, algunas absurdas como "boda pasmosa" y otras que parecían sugerir algún mensaje como "secretos inútiles".

Por fin, cuando ya la había llamado "Morita" una docena de veces más, Cora dijo eso de "catrasca".

Inclinada sobre el tablero, se inmovilizó, con los ojos entrecerrados:

—Catrasca, le decía mamá. —Se rio con una risita débil pero prolongada.

—¿Qué es “catrasca”? —preguntó Laura.

Isa la miró con pena.

—¿No sabés?

—No

—Cagada tras cagada —dijo y se rio.

Laura no se rio. Pensó en el poder de las madres. En lo que saben o en lo que, en muchos casos, deciden hacer de los hijos desde el primer día.

Cora se había quedado inmóvil con una ficha apretada entre los dedos. Un instante después, notaron el suave silbido.

Se había quedado dormida.

Cuida asumió el mando. Dijo que dieran la partida por terminada y leyó los puntajes.

—La señora Cora les gana por más de cien puntos —anunció—. Segunda, Isa y cola, Morita.

—Laura —dijo Laura por enésima vez—. Me llamo Laura. Soy la otra hija de Martín. Morita no sabía jugar al scrabble.

Última salida

Ella se detiene otra vez frente a una vidriera: es un negocio que vende artículos para el pelo. Apoya la mano con firmeza sobre el bastón, como si echara un ancla en la vereda, y adelanta la cabeza para ver mejor.

—Mirá el tamaño de ese secador —dice—, parece un cohete espacial.

¿De todo se puede hacer algún comentario?, ¿hay algo más inexpresivo que un secador de pelo?, ¿que unos ruleros de plástico? Sin embargo, ella considera cada objeto con atención.

—¡Y fijate la cantidad de accesorios que le podés agregar! —Empieza a contarlos—. Siete —dice azorada—. ¿Ese con pinchos para qué será?

—Supongo que para esponjarse el pelo —digo, tironeándola un poco del brazo para que avance.

—Ah, esperá —resiste ella—, ahí dice: “boquillas de modelado”.

Estamos solo a doscientos metros de su casa y apenas hemos avanzado un cuarto de cuadra desde que salimos de la consulta del médico. No quiso tomar un taxi, insistió en caminar. Son muy pocas las veces que sale de la cama y se anima a dar una vuelta, así que acepto, me pliego a su avance vacilante y lentísimo. Un esfuerzo enorme para lo apurada que estoy.

Nos alejamos de la vidriera para peluqueros y pasamos frente a dos edificios. Dos construcciones estándar de la calle Santa Fe, mármoles oscuros por fuera y entrada pretenciosa por dentro, con sillones de cuero y cuadros anodinos contra las paredes. Se detiene.

—En uno de estos vivía una amiga mía —dice y se queda pensando —. Pero no me acuerdo el nombre. Tal vez fuera Zoraya, o tal vez una preceptora del colegio.

—Sabés quién te digo, ¿no?

—Cómo voy a saber, mamá, si vos no te acordás siquiera si era una amiga o no.

A esa hora la calle Santa Fe está llena de gente que va y viene apurada, que nos sortea con falsa cortesía, un bloque de anciana con bastón y su malhumorada acompañante, que si no...

—Vamos, mamá, que estamos en el medio del paso —digo. Falsa también yo, como si estuviera a favor de la gente.

Arrancamos otra vez. Un pasito, otro pasito, otro, un ligero bamboleo. Miro como una condenada hacia delante: pronto llegaríamos a la mitad de la primera cuadra, pero cada centímetro ganado parece hacer más lejano el destino final. Ahora se abre ante nosotras la maravilla del Mundo del bebé. Un mundo diminutivo, pero pródigo para inventariar: cochecitos, andadores, cunas, sillitas de paseo, sabanitas. Vengo visitando tantas casas de ortopedia en los últimos tiempos que la asociación es inevitable. Ruedas, manijas, barandas, mecanismos para empujar, sentar, alimentar, sostener cuerpos en formación o cuerpos en decadencia. Ella está diciendo algo de las veredas, de esos cochecitos ingleses pensados para otras ciudades, no para la nuestra, llena de trampas y desniveles y pozos. No hay amortiguador ni bastón que alcancen. Suspiro y retomamos la esforzada marcha. Uno es según la velocidad que desarrolle, pienso. Un pasito, otro pasito. Bebé o anciano, hay que llevarlos de la mano, violentar el propio ritmo biológico. Las madres lo hacen con una entrega demencial. Yo no. Todo mi ser está en rebeldía, quiero salir corriendo, volando, tomar un taxi, volver a mi casa donde tengo que terminar de escribir un informe, hacer las compras, preparar la comida, hacer llamados, ordenar la ropa. Siento el hormigueo de la urgencia en todo el cuerpo, pero allí estoy con un grillete de hierro en cada pie, rehén de mi madre, de su mirada y de todo lo que va recogiendo por el camino. Algo está diciendo ahora del Big Ben, de la puntualidad de los ingleses. Yo miro inútilmente mi propio reloj, hago cálculos, pero es ella la que doblega el tiempo, hace girar el mundo a su medida. Dejamos atrás los dos edificios y caemos frente a una tienda de ropa. De ahí no la despego ni en media hora. Cuánto hace que no me compro una buena pilcha —dice ella a modo de introito— y se dispone a observar (sí, porque hay una previa complacencia en el

gesto, una inclinación afable de la cabeza, una distensión en el cuerpo, minúsculos movimientos preparatorios) y después a comentar y dar vida imaginaria a cada uno de los modelos a la vista. Cada pollera, cada blusa, cada abrigo ondulando en la vidriera le tira sus lazos, le despierta una lejana oleada de deseo y recuerdos, otra vez es joven con la pollera por encima de la rodilla —"bombonazo, si esas piernas son las vías lo que será la estación", eso le habían dicho un día, contaba—, otra vez elige la blusa del escote atrevido, la tela untuosa color verde agua como sus ojos. Me gustaría probarme esa pollera blanca plisada, dice. Otra vez parecerse a Marilyn. Tiemblo: probarse es un operativo descomunal. El cuerpo, tan indócil ya, tan inmanejable. Uno comprueba hasta qué punto la ropa sigue siendo una armadura medieval, hay que forzar el pie en el zapatito, retorcer el brazo para entrar en una manga que está tan atrás. Pero hoy no, dice ella lanzando la frase salvadora, como si fuera simplemente cuestión de posponerlo un día. Claro, otro día con más tiempo, digo yo, la muy hipócrita. No nos olvidemos que Gladys te espera en la puerta. Pero ¿vos viste la cara que le pusieron a este maniquí? Hm, digo, no le veo cara de nada. Sí, cara de negra, o de mulata. Y el vestido también es medio ordinariote. "También", ha dicho. Flores demasiado grandes, dice. Colores demasiado chillones. Nada sentador ese estampado, salvo para mujeres muy altas, concede. No es su caso, no. Entonces vamos mamá.

—¿Por qué estás tan apurada? —dice y se cuelga más sobre mi brazo, su cartera inútilmente grande se incrusta en mi cintura.

—No estoy "tan" apurada —miento—, es que Gladys nos está esperando en la puerta.

—Que espere —dice ella, pero igual se aleja del vestido y logramos avanzar unos pasos hasta el negocio siguiente: ¡una heladería! Maldigo a Freddo y sus cien mil sucursales. Quiere, por supuesto, un helado de chocolate.

—¿No te hará mal? —intento como débil defensa—. La última vez…

—Uno chiquito —contraataca. De manera que la siento en una mesita de la heladería, saco el ticket y compro el helado.

Lo lame con lentitud y el helado empieza a derretirse por los costados. Se le chorrea entre los dedos. Se los chupa uno a uno. Con

dedicación, lo que le da tiempo al helado para seguir derritiéndose. Observo alucinada el avance del enchastre. Suspiro y recontrasuspiro. Cuando por fin termina hay que traer servilletitas de papel, un vaso con agua, tratar como sea de lavarle las manos. Todo el operativo lleva por lo menos veinte minutos.

Salimos de allí, es decir, vamos saliendo. Me revuelvo impotente, un caballo que tasca el freno. La empujo un poco hacia delante para que se apure.

—No puedo ir tan rápido —protesta.

Después me muestra la mano libre, abre y cierra los dedos que, pese al lavado, se le pegan entre sí y se ríe.

Pasamos frente a un edificio neutro que no merece ninguna observación. Estamos casi llegando a la esquina cuando se nos cruza una mujer con un perro salchicha. Ay, qué divino. Nos enteramos del nombre —Berlín—, de la edad, la raza, y de algunos destrozos que hizo de cachorro. Después de una media docena de anécdotas traviesas la mujer se despide y sigue su camino. ¡Llegamos a la esquina!

Esperamos que la luz del semáforo de peatones se ponga verde. Cruzamos lentas como una carreta. A mitad del cruce ella levanta la punta del bastón y da un golpe bastante enérgico en la trompa de un auto.

—¿Qué hacés, mamá?

El conductor baja la ventanilla y protesta:

—¿Qué hace, señora?

—Usted está pisando las rayas blancas —dice, señalando la senda peatonal con el bastón.

Le hago un gesto al conductor para calmarlo.

Con la discusión, la luz ya se ha puesto amarilla y ahora sí hay que apurarse.

La arrastro hasta la otra acera mientras los autos empiezan a pasar zumbando detrás de nosotras.

Iniciamos la segunda cuadra, un avance notable. Hacemos medio metro. Pasito, pasito, otro pasito, descanso. Me recargo de paciencia, una cuadra más, me digo, y ya está. También yo podré salir zumbando como los autos con la luz verde.

Recuerdo con temor que esta segunda cuadra trae una peligrosa

variedad de negocios. Hay una casa de bijouterie, una de pastas, dos o tres tiendas de ropa. Hay un Frávega con su universo de lavarropas, computadoras, aires acondicionados…

—Qué cara rara tenés —me dice—. ¿Qué pensás?

Pienso en condenados que van arrastrando sus cadenas, en barcos enredados en un mar de sargazos, en los pobres peces atrapados en una pecera diminuta, en carreras de embolsados, cosas así. También pienso que todo puede ser la última vez.

—Nada, mamá, nada, es que tengo que resolver un montón de cosas.

—¿Y tu marido no puede ayudarte?

La pregunta da en el blanco, me tiende sus tentáculos malignos. Pero ya nos atrapa la vidriera de un bazar de regalos y artículos importados. Hasta yo me siento atraída por un grill eléctrico y unos moldes para torta de siliconas de colores. Vos nunca hacés tortas, dice ella, como si me hubiera adivinado el pensamiento. A veces hago. (Ella tampoco hacía, compraba hecho. Un bizcochuelo que decoraba para los cumpleaños).

Salimos de los moldes de torta y las jugueras y los sacacorchos con aspecto de bailarinas y caemos en la Cueva de Alí Babá. Así se llama la bijouterie, dios mío. Pero ella no mira las pulseras ni los anillos. Tengo ganas de ir al baño, dice. Eso sí que es un buen motivo para avanzar rápido. Recorremos unos diez metros a velocidad crucero y algo dentro de mí se descomprime. Ahora se detiene de golpe. La miro alarmada. Pero no hay señales de ningún accidente, solo la vidriera iluminada de una zapatería.

—Mirá —dice entusiasmada—, vuelve la moda de las plataformas…

—Mamá, no te distraigas, ¿no querías ir al baño? (Lo sabía, ese helado de chocolate…).

—Se me fueron las ganas —dice, y sigue mirando—. Los negros son divinos. —Señala una sandalias negras de tacos altísimos.

Ella hubiera querido ser alta, imponente como la Garbo, pero no. Era más bien bajita y usaba siempre tacos desmedidos. En casa, cuando se los sacaba, seguía caminando de puntas de pie. No condescendía con su estatura ni ante ella misma. Sacudo la cabeza, recuerdo nítido el repiqueteo de sus tacos en el hall de entrada cada vez que llegaba o salía de casa, el anuncio musical que deja a su paso

una mujer hermosa. Ahora usa unas zapatillas grises con taco de goma que compré en una casa ortopédica (para mayor seguridad, había dicho el médico). El recuento de los zapatos lleva larguísimos minutos y también la lencería que está a continuación y un maxiquiosco donde después de descubrir la novedad de los minialfajores, las diversas barras de cereales y unos caramelos de goma que se llaman Mogul, compramos tres paquetes de pastillas DRF de menta.

Para mi desconcierto, no se detiene en Frávega, deja pasar un universo que le despierta tantas dudas. ¿Cómo distinguir la pantalla de una computadora de la de un televisor? ¿Y las notebooks para qué sirven? ¿Qué es ese misterioso Koh-i-noor? ¿Me explicás otra vez eso del Netflix?

Pero dejamos atrás la vidriera futurista de Frávega y ahora sé por qué. Una mujer en silla de ruedas está detenida allí con su cuidadora. Ella se niega en redondo a la silla de ruedas: no quiero dar el espectáculo, dice.

—Ya estamos llegando, mamá. ¿No estás cansada?

—No —dice y se planta frente al tenderete del florista—. Estas son mis preferidas —dice y señala unas flores de un rosado pálido bordeadas de rojo—. ¿Cómo se llaman? —le pregunta al florista.

—Astrohmmm —contesta él, y el final de la palabra se repliega en su boca cerrada.

—¿Cómo dice?

El florista repite la palabra, que tal vez sea “astromelias”. Ella me mira:

—El hombre habla en boliviano, ¿vos le entendés?

Decide cambiar de estrategia.

—¿Y estas? —dice señalando unas varas largas con una flor blanca y majestuosa.

—Lilam —dice él.

—Lilium —le traduzco, porque a estas las conozco.

—¿Y esas amarillas con manchitas negras?

—Licantrum —dice el florista, al menos eso entendemos.

Después de la taxonomía, pasamos a los precios. Siento todo el cuerpo entumecido por la tensión de la espera, los dedos de los pies encogidos como garras.

—Decidite, mamá —digo, con una “i” larga y espinosa.

Entonces el florista, que hasta ahora nos atiende con paciencia de altiplano, interviene.

—Lleve la lilam, son las últimas —advierte.

—¿Cómo las últimas?

La amenaza queda planeando sobre nosotras como un pájaro de mal agüero.

—Se estará acabando la temporada, mamá —digo.

Entonces se decide a comprar dos varas de lilium, le pagamos al florista y emprendemos la marcha hacia los últimos metros que nos separan de su casa. Un pasito, otro pasito, otro. Ella lleva las flores altas apretadas en la mano libre, como una bandera.

En el apuro —mi apuro— tropezamos con una baldosa, vacilamos en bloque pero recuperamos el equilibrio. Casi nos matamos, dice ella.

Veo, como un puerto bienhechor, la sonrisa de Gladys, que avanza hacia nosotras y le extiende los brazos. No me toque, dice ella esquiva, me va a aplastar las flores. Iniciamos la maniobra de desacople. Una especie de parto en que me voy desprendiendo de su brazo y del peso de su cuerpo para pasárselos a Gladys.

Ella resiste. Se queda un instante largo vacilando entre las dos hasta que con un pujo final logro que se entregue a Gladys.

Cuando estoy liberada, le acomodo la cartera que lleva en bandolera contra el pecho, le prometo ir a buscarla el domingo, le doy un beso rápido y salgo disparada hacia la esquina. Antes de cruzar doy vuelta la cabeza para ver si ya entró a su casa. Pero todavía está allí, en la puerta, apoyada en Gladys, y me mira.

Después gira la cabeza y mira hacia atrás, todo lo que ha dejado.

Yo me alejo a largos trancos, aspiro grandes bocanadas de aire.

Sigo adelante ciega, sorda y muda.

Agradecimientos

A Abelardo Castillo, a quien le copié uno de sus extraordinarios finales en “Me rompe el alma, dice”. A Bimba Bonardo, Andrea Grun y Maine Pereyra, que estuvieron en la cocina de este mismo cuento con sus consejos de arquitectura. Y a Ale Kamiya, que me espesó la historia con sus propias obsesiones.

A mi amigo Alberto Astorga, que me regaló gran parte de la aventura de “Incendiar una fábrica”.

A mis amigas escritoras que me leen con paciencia, me ayudan a corregir y me inspiran: Graciela Schvartz, Ana María Shua, Natalia Crespo y Ana Victoria Pomar.

A mi editora, Julieta Obedman, que me acompaña nuevamente con su inteligencia y su amistad.

«Ya era una ex madre, pensé, una mujer con ex trabajos, ex entusiasmos y creencias, ex amigos y ex amores, tenía toda una ex vida por delante. La que uno lleva a rastras atada por el hilo cada día más frágil de la memoria.»

Con cada libro, Inés Fernández Moreno nos sacude del letargo cotidiano y nos interpela, con inteligencia y sentido del humor, sobre nuestras vidas al mostrarnos situaciones y personajes que son, ni más ni menos, quienes nos rodean.

Una viajera aterriza en el aeropuerto y de pronto ve una bota dando vueltas por la cinta transportadora, sola, perdida. Un paseador de perros no logra contenerse y le cuenta a su amigo la sesión de sexo salvaje e inesperado que acaba de tener con una clienta. Dos novios de la adolescencia se reencuentran después de décadas, cargados con la enorme expectativa de que esta vez pueda concretarse su deseo. Una pareja decide remodelar la cocina de su casa y él, arquitecto, no puede

evitar criticar cada decisión que ella va tomando. Todos podemos contemplarnos en esa pareja, en esos novios jóvenes o ese paseador de perros.

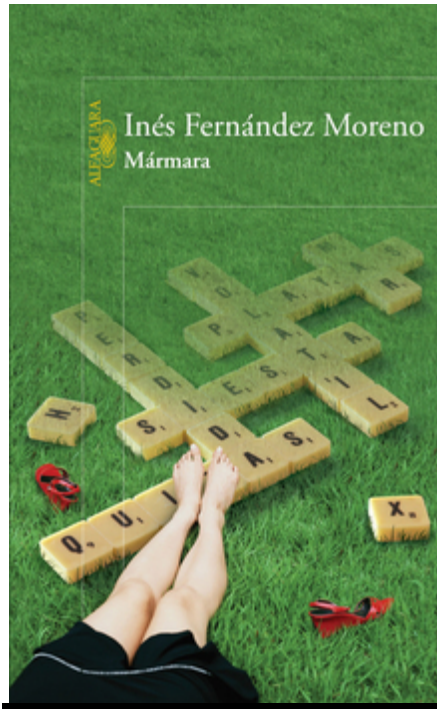
No te hagas ilusiones es el nuevo y magnífico volumen de cuentos de una de las escritoras más destacadas y queridas de la literatura argentina.

INÉS FERNÁNDEZ MORENO

Nació en Buenos Aires en 1947. Es licenciada en Letras y realizó estudios como becaria en España y Francia. Hasta 2002 se desempeñó como directora creativa en agencias de publicidad y de marketing directo. Como periodista, ha colaborado en los diarios *La Nación*, *Clarín* y *Perfil*. Entre 2002 y 2005 residió en España. Actualmente vive en Buenos Aires y dicta talleres literarios. Es autora de los libros de cuentos *La vida en la cornisa* (1993), *Un amor de agua* (1997), *Hombres como médanos* (2003), *Mármara* (2009) y *Malos sentimientos* (2015) y de las novelas *La última vez que maté a mi madre* (1999), *La profesora de español* (2005), *El cielo no existe* (2013) y *No te quiero más* (2019). Su obra ha recibido numerosos premios en el país y en el exterior; entre ellos, el prestigioso Premio Sor Juana Inés de la Cruz, en 2014, por *El cielo no existe*. *No te hagas ilusiones* es su nuevo libro de cuentos.

Foto de la autora: © Ana Bugni

ALFAGUARA
Inés Fernández Moreno
La profesora de español


ALFAGUARA
Inés Fernández Moreno
Mármara

ALFAGUARA
Inés Fernández Moreno
No te quiero más
Narrativa Hispánica

ALFAGUARA
Inés Fernández Moreno
El cielo no existe

ALFAGUARA
Inés Fernández Moreno
Malos sentimientos

Otros títulos de la autora en penguinlibros.com

Fernández Moreno, Inés
No te hagas ilusiones / Inés Fernández Moreno. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8266-46-6

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© 2023, Inés Fernández Moreno
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: abril de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-8266-46-6

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

No te hagas ilusiones
Impar
Deriva
Preguntas raras
El valor de un beso
No te hagas ilusiones
Nuez de Adán
Me rompe el alma, dice
Corazón traicionero
La verdad desnuda
El arte de perder
Buenas mascotas
La renuncia
Como la primera vez
Animales perdidos
Mi perra y yo
Incendiar una fábrica
Scrabble
Última salida
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos